

GOAT
MOUNTAIN

DAVID
VANN



Lectulandia

Un terrible error durante una jornada de caza cambiará la historia de una familia del norte de California.

En el otoño de 1978, en un rancho familiar de Goat Mountain, al norte de California, un niño de once años acompaña a su abuelo, su padre y un amigo en la jornada de caza de ciervos que la familia celebra anualmente. Cada otoño vuelven a este paisaje seco y amarillento salpicado por toda clase de árboles, pero este año será el primero en el que le permitan disparar. Durante la expedición, el padre descubre a un cazador furtivo en los alrededores del rancho y decide mostrárselo a su hijo, invitándole a mirar a través de la mirilla del rifle. De pronto, ese simple gesto dará pie a una verdadera tragedia que obligará a toda la familia a replantearse sus vidas.

Con una prosa hermosa y precisa, David Vann ha escrito una novela inquietante y provocativa que explora nuestros más primitivos impulsos y creencias, los lazos de la sangre que nos definen, así como las terribles consecuencias de algunas acciones.

David Vann

Goat Mountain

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2020

Título original: *Goat Mountain*
David Vann, 2013
Traducción: Luis Murillo Fort

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para mi abuelo cherokee, Roy Ivory Vann (1904-1991),
que cazó todos los años en Goat Mountain,
y para sus antepasados, entre ellos los jefes
David Vann, James Vann y Joseph Vann*

El aire preñado de polvo grueso como la pólvora, un tono rojizo en el día que despuntaba. Olor a ese polvo y olor a pino, olor a gordolobo. La camioneta un insecto segmentado, la cabeza en una dirección y el cuerpo en otra. Una curva cerrada y de poco no salí volando.

De rodillas sobre un colchón atado a la plataforma de la camioneta, los trastos de acampar debajo. 1978, norte de California. Agarrado contra baches y bandazos, el metal ardiendo ya a hora tan temprana. Toboganes montaña arriba. Yo llevaba una caja de zapatos con piedras y cuando enfilábamos un trecho de carretera recto, cogía una piedra y la lanzaba contra un árbol. Proyección y curvatura, la piedra apartada lateralmente, un sonido como de rasgueo, la piedra hendiendo un aire espeso pero impulsada hacia delante por la inercia. Forzada a cambiar de trayectoria, dibujando un arco, impulsada más allá de la primera intención. Yo le tenía cogido el tranquilo, prefiguraba esa curvatura y apuntaba bastante más atrás. Blandiendo un puño si la piedra daba en el blanco. El ruido sordo audible pese al zangoloteo del motor, y a veces la imagen fugaz de un pedazo de corteza que saltaba por los aires.

El cielo bajando ostensiblemente, el día cada vez más caluroso, el aire redoblándose, comprimiendo el olor de todas las cosas. Metal, tubo de escape, aceite, polvo, matojos, pinos, y ahora un largo trecho de reseca hierba amarilla, un valle con pinos de azúcar, valle que señalaba la entrada a una región nueva, lejos del lago. Todos los otoños la misma cacería, todos los otoños el mismo itinerario.

Paramos en Bartlett Hot Springs. Detenidos en el crepúsculo momentáneo de nuestra propia polvareda, mi padre sin esperar a que el aire aclarase, abriendo enseguida la puerta de su lado, apeándose, sombra alta y delgada, el rifle al hombro. Mi padre cincelado y radiante incluso en silueta, cosa aparte del resto de la tierra, su presencia excesiva. Echando luego a andar, vereda allá, hacia el manantial.

Mi abuelo se apeó por el otro lado de la cabina, con los limones. A continuación el mejor amigo de mi padre, Tom, que había viajado apretujado entre los otros dos, presente desde que tengo memoria, siempre como de la familia. Llevaba gafas, y al mirar hacia arriba el sol se reflejó en ellas incluso

en medio de aquel marasmo de polvo. Ya estamos aquí, dijo.

Salté por el lado del conductor, me metí en la cabina y alcancé de detrás del asiento mi carabina Winchester 30-30 de carga por palanca y mira trasera de apertura. El metal frío, de momento. Como no tenía correa, llevé el arma en la mano. Tal como había hecho y, pensaba yo, haría siempre, caminar hacia las fuentes con el rifle bajo en mi mano derecha, el cañón mirando al suelo. Aguja inclinada, aquel rifle, inclinación del planeta mismo, que me hacía avanzar.

Bartlett Hot Springs cerrado desde hacía décadas, verja y valla, abandonado. Reliquia de tiempos pretéritos. El sendero una entrada posterior, vereda angosta entre rocas grises incrustadas de liquen negro, naranja, verde, blanco, pequeñas ruedas y engranajes y rosetas para adivinar futuros y registrar todo lo pasado. El mundo estampado en el mundo y repitiéndose eternamente a sí mismo.

Ramas bajas, secas, quebrándose a nuestro paso. Ojo avizor por las serpientes. Pero el camino terminaba pronto y se salía a una especie de terraza. Antiguo césped invadido de hierba buena o mala, cemento viejo agrietado a discretos pedazos, extensas zonas invadidas. Un lugar con embrujo, para mí y nadie más, porque yo era demasiado joven para recordar y en mi mente aquel entorno podía convertirse en otra cosa.

Mujeres con sombrero de paja, puntillas y volantes, hombres con traje de varias piezas, reloj y bastón. Que iban a aquel refugio para bañarse y tomar las aguas. Así me lo imaginaba yo, y dentro de esa imagen mi familia, todos más viejos y más solemnes. Seguro que había música, una orquestina en su glorieta, y por la noche farolillos colgando de los árboles. Terreno de robles, robles viejos y gruesos y retorcidos pero con claros entre ellos. Seguro que había baile.

Mi abuelo se sentó pesadamente con la espalda contra una pared de hormigón casi invisible bajo la maleza. Un pequeño grifo encostrado de mineral blanco. ¿Listo para un trago?, me preguntó.

Yo con la boca apretada involuntariamente. El agua olería y sabría a azufre. Dije que sí. Mi abuelo un ser enorme, una barriga descomunal bajo la camisa y la cazadora marrón. Siempre llevaba aquella cazadora, aunque hiciera calor.

El abuelo había traído un vaso, cortó el limón y metió dos rodajas dentro mientras yo miraba. Abrió el grifo y dejó que saliera el óxido, primero marrón y después transparente, el agua. Yo siempre era el primero en probarla, y me pregunté si algo habría cambiado desde nuestra última visita, si el agua se

habría vuelto venenosa, dejando aparte el sabor.

Champán Bartlett, dijo mi padre, sonriendo con media boca. Mejillas largas, igual que el abuelo.

Los tres mirándome, divertidos pero procurando que no se les notara. El vaso lleno y brillante a la luz, el agua moviéndose por su cuenta mientras los trocitos de limón se disolvían. Su olor en el aire. Azufre procedente de las entrañas de la tierra.

Cogí el vaso. Tenía un tacto fresco aunque yo me lo había imaginado caliente, radiactivo; acerqué la nariz, tosí y lo lamenté enseguida mientras los tres sofocaban una carcajada. Luego bebí, rápido. El pedo de la tierra, gases concentrados a lo largo de kilómetros de putrefacta caverna tectónica.

Ellos tres con los ojos húmedos de tanto aguantarse la risa, pero yo me di cuenta. Venga, reíos, dije. Sé que os estáis riendo.

Mi padre a punto de reventar, cerrados los ojos, torcido el gesto, pero bajo la sucia camiseta blanca vi cómo le brincaban el pecho y la barriga. Un hipido de Tom al reprimir la carcajada, mirando hacia otro lado. Perdona, dijo al final. Si vieras la cara que pones...

Mi padre se tapó la boca con una mano.

Como una rana intentando tragarse a un caballo, dijo Tom, y luego miró hacia los cielos con el labio inferior estirado en una mueca.

Mi abuelo no pudo más y soltó una especie de resoplido. La tripa se le meneó mientras ataba la bolsa de los limones.

¿Qué haces con esos limones?, dije. Ahora os toca probar a vosotros.

Mi padre con los ojos apretados de tan gracioso como lo encontraba, y entonces entendí que nadie más iba a beber. Muy bien, dije, y cogí mi rifle y eché a andar de vuelta hacia la camioneta.

Subí al colchón y dejé el arma a mi lado, porque a partir de ahora cualquier ciervo que pudiéramos ver era caza legal, y yo tenía muchas ganas de disparar.

Les oía reír desde allí arriba, pero al acercarse dejaron de hacerlo, montaron en silencio en la cabina y partimos de nuevo. El viento frío porque yo estaba empapado en sudor, la camiseta húmeda. Las palmas apoyadas en el techo de la cabina, el rifle sujeto bajo una pierna.

Al acecho de venados. Cuernas entre el ramaje seco en una ladera poblada de matojos, un vislumbre de lomo marrón al pie de un pino, o yaciendo a la sombra. Un ciervo podía ser muchas formas y muchos colores, el resto era solo telón de fondo. La vista adiestrada para separar ese fondo, adiestrada para cribar el mundo y dejar solo el blanco buscado. Yo tenía once años y

hacía dos que disparaba con esa carabina, buscando venados desde que tenía memoria, pero esta vez era la primera que iban a dejarme matar una pieza. Ilegal por edad, todavía, pero al fin mayor a ojos de las leyes familiares.

La región casi un yermo. Yo ya lo sabía. En la mayor parte no había nada. Puro desierto. Pero mi padre contaba anécdotas de patos poblando el lago, de caza en el bosque, y había fotos donde se veían docenas de patos abatidos, docenas de peces capturados, dispuestos sobre la hierba por tipo y tamaño, fotos de mi padre y mi abuelo y Tom y sus amigos posando en grupo con sus venados, dos por cabeza, diez ciervos en un fin de semana, con buenas cornamentas. Por lo tanto, cabía pensar que este desierto estuvo poblado tiempo atrás, y que yo había nacido lamentablemente tarde. Tantos milenios de seres humanos y a mí se me ocurría aparecer veinticinco años demasiado tarde, y eso me tenía irritado pese a ser un crío de once años, irritado por la herencia perdida.

El viento ahora cálido, mi camiseta seca, y sin manera de saber la altitud. Estábamos montaña arriba pero en un valle, el aire era caliente y espeso. Y aunque yo había visto aquel camino año tras año, algunos tramos me sorprendían aún, más largos de lo que yo recordaba. Tardaríamos dos horas en llegar a nuestro terreno, y eso significaba una larga travesía.

Iba de centinela encima de la cabina, cumpliendo funciones de vigía, pero el viento me había secado los ojos y tenía que achicarlos, y durante kilómetros no vi otra cosa que se moviera que algunos pájaros. Los pájaros no se habían marchado. Carpinteros dorados planeando bajo con sus anchas alas de franjas blancas. Arrendajos y charas haciendo más ruido que el motor y los neumáticos. Todos esos pajarillos pardos, anónimos e inútiles, a un paso de la calzada. Palomas de un gris crema, codornices que correteaban junto al camino para después esponjarse. Alguna que otra ave rapaz, señal de que entre la hierba seca vivían cosas, animales pequeños. Las sobras. Yo mataba palomas y codornices, y cuando no quedaban más, mataba ratones de campo y pajarillos pardos.

La camioneta aminoró la marcha y nos desviamos por un barranco hasta llegar a una playa de grandes piedras lisas. Cuando paramos no se levantó polvo. El riachuelo apenas llevaba un palmo de agua, pero era bastante ancho, diez metros como mínimo. Las piedras un brillo de color bajo la superficie, azules y de un granate hígado, un cambio respecto al amarillo de la hierba, al marrón de la tierra y los troncos, al verde de los brotes, al azul claro del cielo. Colores más intensos. Atisbo de oro de los tontos en la arena de la orilla.

Nos arrodillamos en las piedras y olfateamos primero el agua,

desconfiando de lo que pudiera haber muerto río arriba, pero luego bebimos. Fría, transparente, pesada. Cuanto más fría, más pesada se volvía, tan pegada a las piedras, discurriendo como un hilo de mercurio hacia el centro de la tierra. Dentro de nosotros ahora, un peso en movimiento descendente. Yo estaba purgando el sabor del Bartlett al limón.

Cada uno de nosotros una suerte de imán. Yo me lo creía. Cada uno de nosotros sintiendo esa especie de tirón. No hay acto sin consecuencias. Cada paso que damos un paso más hacia algún fin. Eso lo sabía yo desde que tenía memoria.

Montamos de nuevo en la camioneta, cruzamos el arroyo y remontamos el ribazo por el otro lado. Cabina y plataforma inclinadas, y yo agarrándome a un pequeño reborde de una de las ventanillas, notando el tirón hacia atrás. Pensando en caballos, en una época en que esto lo habríamos hecho a caballo, inclinados sobre las sillas, el torso pegado a la crin, y lamenté no haber conocido aquellos tiempos. El mundo moderno, de principio a fin, una aberración. Televisor a cambio de caballo, menudo timo.

La carretera estrecha y hundida bordeando una ladera, en zigzag. Atravesando bosquecillos para quedar nuevamente expuestos al sol. La sensación del aire, más fino en los trechos frescos, un poco más denso a la luz. El día avanzaba y yo asándome al sol. El rifle inmovilizado bajo una pierna, pero de momento sin señales de venados. Rocas, hierba y monte bajo.

El chaparral como un añublo en el terreno, denso e interminable donde en otro tiempo seguro que hubo árboles. Los venados se ocultaban en el matorral durante el día. Secos tallos marrones por doquier, camuflaje perfecto para cornamentas.

El panorama se acortaba pues la carretera discurría de bolsa en bolsa, valles que se abrían y se cerraban, pero por fin empezamos la larga y gradual ascensión a una sucesión de quebradas hasta llegar al rancho. Vistas a otros cerros, otras montañas en la lejanía, sensación de que el mundo y las posibilidades se expandían.

La carretera serpenteaba cuesta arriba y luego parecía hincarse en la falda de un terreno más empinado. Despeñaderos a mi derecha, piedras reventando bajo los neumáticos, y mi padre aflojó, alejándose instintivamente del precipicio, las ruedas del lado izquierdo más elevadas, la camioneta inclinada hacia el lecho de una larga y profunda garganta. Yendo a paso de tortuga para esquivar baches y pedruscos.

Más adelante un desprendimiento, tierra que se había venido abajo fracturando la calzada. Mi padre redujo la marcha y se detuvo a quince

metros. No había espacio para girar. Quizá tendríamos que volver marcha atrás. Miré por donde habíamos venido y el camino era empinado y estrecho. Más adelante la cosa mejoraba.

Mi padre se apeó, Tom hizo lo mismo. Mi abuelo, en el lado del despeñadero, no se movió. Bueno, dijo mi padre. Esto tiene mala pinta.

Yo empezaba a sentir vértigo, de modo que salté por el lado de la ladera, rifle en mano. Piedras resbalando bajo mis pies, cortadas y silíceas y nuevas, de un gris oscuro, sin líquenes, recién desenterradas, caídas desde más arriba de la arañada ladera. Sin vegetación, solo ruinas. Estábamos pasando por un pedregal, atravesando un talud, y eso era algo que poblaba mis pesadillas desde hacía años, ir en coche por la ladera de una empinada montaña con las rocas desmoronándose, esa inercia imparable, aunque en el sueño era más parecido a arena, el grano más fino, y en lugar de una camioneta era el autobús escolar. Con todo, era casi como si el sueño se hubiera convertido en realidad. Sentí lo mismo que sentía en la pesadilla, que seríamos arrastrados cuesta abajo hasta el lecho de la garganta, donde moriríamos.

Mi padre me rodeó con el brazo. Tú tranquilo, ¿de acuerdo? No nos va a pasar nada. No será la primera vez que ocurre.

Poco consuelo podía yo sacar del mero hecho de saber que en la vida real sucedía a menudo, como en el sueño.

Tom mirando hacia la parte alta del talud. Se está viniendo abajo, dijo. Dentro de unos años, ya no habrá carretera.

Mi padre miró hacia arriba y reflexionó. Quizá, dijo. Abrir una carretera nueva no será barato. Pero esta zona depende del Servicio Forestal. Tendrían que hacerlo.

Ya. ¿Qué quieres que hagamos?

Mi padre expulsó el aire e hinchó un par de veces los carrillos. Vayamos a echar un vistazo.

Nos acercamos al desprendimiento, los tres en fila india por la calzada reventada. La mitad del ancho, o casi, había ido cuesta abajo. Tierra nueva a la vista, de un marrón más oscuro, el sol no la había blanqueado aún. La piedra casi negra. Vi que un trecho más abajo había árboles destrozados, arrancados de raíz, desramados y abatidos, los desperfectos visibles más allá del talud, en el bosque. El impacto de una roca arrojada desde cien metros más arriba, no solo el choque sino la irradiación del golpe en todas direcciones, el resquebrajarse de las células en largas líneas pálidas como fichas de dominó. Recuerdo que eso fue lo que pensé, como si pudiera penetrar visualmente la carne de los árboles.

En el lado de arriba hay espacio suficiente, dijo mi padre. Yo creo que la camioneta pasaría.

¿Y la inclinación?, dijo Tom. Hay demasiado peralte.

Ya. Pero volcar no es tan fácil.

Podríamos sentarnos todos en el lado de arriba, para contrarrestar el peso.

Buena idea.

Miré hacia donde había quedado la camioneta y vi que mi abuelo se nos acercaba siguiendo la ruta que habíamos tomado nosotros. No nos miraba, tampoco es que mirara a ninguna otra parte, la vista más o menos al frente. Su cara sin expresión. Poniendo un pie delante del otro, nada más, movimiento lento y pesado que igual podía durar tres pasos que tres días más, un andar que quizá tuviera un destino o quizá no. Sin desviar la vista hacia la destrucción de abajo. Mi propio abuelo tan extraño como pueda serlo cualquier otra persona.

Nos quedamos allí de pie los cuatro un rato más, sin decir nada, y eso fue todo. No hubo más charla. A mí aquello no me gustaba nada. Volvimos a la camioneta. Tom y yo nos sentamos en el lado de arriba del colchón, las piernas colgando por fuera, mientras mi padre conducía despacio hacia el desprendimiento y mi abuelo permanecía sentado a su lado. Aparentemente le daba igual rodar colina abajo junto con otras dos generaciones, si así tenía que ser.

Como iba mirando ladera arriba no podía ver lo que pasaba en el otro lado. Si los neumáticos rebasaban el borde, yo no lo sabría hasta notar la inclinación, y para entonces sería demasiado tarde. Podía saltar, pero ya estaría volando por los aires. Qué cosa tan terrible, la fuerza de la gravedad, ese tirón hacia el vacío.

Mi padre conduciendo con la reductora puesta, despacio, a menos de diez por hora. El costado elevándose como si remontáramos una ola, cada vez más inclinados y yo con el cuerpo echado hacia delante, viendo levantarse el guardabarros conforme el peso se separaba del neumático, y no sabía cómo iban a salir a tiempo mi padre o mi abuelo. Quedarían atrapados en la cabina.

Notaba cómo la montaña parecía deslizarse bajo nosotros, la gravedad dibujando un arco en lo alto para tirar desde el costado. La gravedad un péndulo, y nosotros cuatro y la camioneta el áncla de ese péndulo.

Pero el costado empezó a bajar, el mundo se niveló, y no nos habíamos despeñado.

Ha sido un poco horripilante, dijo Tom. La camioneta se detuvo y él volvió a montar en la cabina. Dentro de unos días tendríamos que volver a

pasar por allí, aunque para entonces la carretera podía haber cambiado.

Los tres adultos en la cabina, yo de vigía, nos encontrábamos muy arriba en el flanco de una montaña, una curva de pendiente despejada y sin árboles. Solo unas cuantas matas bajas y hierba seca, las otras peñas demasiado distantes como para dispararle a nada, así que no había nada que mirar salvo el pando de la colina cuando apareció ante nosotros, esperando divisar cornamentas en el horizonte y luego el salto y la carrera.

Un bello día soleado con cielo azul y brisa y pájaros y nuestra camioneta serpenteando hacia la verja, que aparecería justo cuando entráramos otra vez en zona de bosque. Yo sentía la misma excitación de siempre al llegar aquí, pues era un sitio diferente de cualquier otro. Llevábamos viniendo desde hacía generaciones. Era nuestra propiedad, el lugar al que pertenecíamos y donde se conservaba nuestra historia, cuantos habían estado aquí antes y cuanto había ocurrido, y todo ello volvería a ser narrado durante la cacería. Y si yo podía encontrar un ciervo, mi propia historia entraría a formar parte del legado.

El último trecho a través de terraplenes y arbustos de manzanita, una parte que siempre se me olvidaba. Y cuando salimos de la espesura pudimos ver Goat Mountain ante nosotros. Entramos siguiendo el flanco meridional, un monte elevándose a nuestra derecha pasados los claros superiores y más allá abruptos toboganes de roca donde nunca cazábamos. Más abajo era bosque denso, y por allí estaban nuestro campamento y la fuente y el prado, y más abajo todavía el embalse y el revolcadero y los claros inferiores y los cambios de rasante y el trecho quemado de cuando aquel incendio y todos los otros lugares que llevábamos escritos en nosotros.

Siempre nos deteníamos a mirar, en este punto, para ver quiénes éramos. Doscientas cincuenta hectáreas compartidas con dos socios del Central Valley. Lejos de todo. Divididas en varios trozos a lo largo de toda la falda de una montaña, casi hasta el largo valle estrecho de más abajo y el arroyo Cache.

Nadie dijo nada. Podríamos haber estado allí mirando mucho rato. Pero la camioneta arrancó despacio otra vez, el tirón de montar campamento, y la pista se desviaba hacia una arboleda donde no había panorama, caídas ya las hojas de los encinos, como placas secas ribeteadas de espinas. El rojo y el verde de la manzanita. Un chara con su canto áspero y a renglón seguido un brotar de codornices justo al lado del camino, rechonchos cuerpos marrones alzando un vuelo bajo, tambaleantes e indecisos, hacia un nuevo soto. Yo estaba adiestrado para echarme una escopeta a la cara y disparar, me moría de

ganas de hacer puntería en aquellos copetes oscuros cuando las aves abarquillaban sus alas para posarse. Todas y cada una haciendo una breve pausa, y yo fijando visualmente el instante en que apretaría el gatillo, un instante de perfección, pero aquí no me dejaban matar pájaros. No fuera que los disparos ahuyentasen a los ciervos. Así pues, las codornices se escondieron de nuevo en el sotobosque y la camioneta siguió adelante y yo, vagamente, lo lamenté. Algo dentro de mí deseaba matar, sin parar y porque sí.

El aire ahora más fresco, la carretera en sombras, dibujos de ellas en la empinada pendiente a nuestra izquierda. Y por fin llegamos. Ante nosotros la verja de grueso acero pintada del color de la sangre seca. Gruesa construcción de tubos que ningún vehículo podía doblar, ambos costados hundidos casi dos metros en hormigón, y un candado de seguridad que ni a tiros se podía reventar, de tan grueso como era. Una posta de rifle solo le haría una muesca y rebotaría. Evolución de verjas a lo largo de muchos años y esta, la última, instalada por mi padre, una verja a prueba de todo tipo de cazadores furtivos y que no haría falta sustituir por otra.

Salté de la plataforma y seguí a mi padre, que se tumbó en el suelo al pie del candado a fin de meter las dos manos en una estrecha tolva metálica. Era para impedir que alguien tratara de abrir el candado con una cizalla o a tiro limpio. Pero apenas había espacio tampoco para la llave, tenía que hacerlo a ciegas y de la manera más incómoda. Gesticulando, los hombros levantados del suelo. Malditos furtivos, dijo. No consigo girar la llave. Ponte aquí en el suelo, detrás de mí.

Me tumbé boca abajo en el suelo de tierra, grava y hojarasca y mi padre se apuntaló en mí, levantó el torso y oí cómo cedía el muelle de la cerradura.

Por fin, dijo, y hurgó un poco más para sacar el candado.

Me puse de pie y me sacudí la tierra y las hojas mientras mi padre abría la verja del todo. Tom y el abuelo estaban ya allí, mirando hacia la sierra. Tenemos un furtivo, anunció Tom.

Me acerqué a ellos, dirigí la vista hacia arriba y a lo lejos, en un saliente de roca, vi un chaleco de caza de color naranja.

¿Cómo habrá llegado hasta ahí arriba sin pasar por la verja?, preguntó Tom.

Seguramente vienen en bici de montaña, dijo mi padre. Pesan demasiado para pasarlas por encima de la verja, pero siguiendo la carretera debe de haber algún sendero para atajar.

Que yo sepa, no hay ninguno, dijo mi abuelo.

Primer fin de semana con la veda abierta, dijo Tom. Disparan y asustan a todo bicho viviente. ¿Y qué más les da a ellos cuándo cazan? Al fin y al cabo están violando la ley, ¿no? Total, podrían matar uno en pleno mes de junio.

Una vez se los llevan de aquí, dijo mi padre, nadie sabe dónde los cazaron.

Es verdad.

Vamos a echar un vistazo, dijo mi padre, y fue hacia la camioneta. No supe qué había querido decir, pero entonces lo vi regresar con su calibre 300 magnum. Se detuvo, encajó el rifle entre hombro y mejilla y apuntó al furtivo. Mira telescópica negra. Era un arma preciosa, de madera oscura barnizada. Un rifle para cazar osos, demasiado grande para ciervos, pero a mi padre le gustaba ese. Algo dentro de él ansiaba destruir. Yo había visto cómo una bala de ese rifle se llevaba por delante casi todo el hombro de un ciervo y salía por el otro lado.

Es guapo, dijo mi padre. Disfrutando de un día de sol mientras contempla nuestras tierras y nuestros venados.

Ahí arriba se sentirá el rey del mundo, dijo mi abuelo.

Acerca la camioneta, dijo mi padre.

Tom fue a la cabina, soltó el freno de mano y dejó que la camioneta avanzara hasta donde estábamos los demás.

Mi padre hizo puntería otra vez, solo que ahora apoyando los codos en el capó. Accionó la palanca para abrir el cerrojo y lo cerró de nuevo, introduciendo un cartucho en la recámara. Veamos si puede oírlo. Quiero que mire hacia acá y vea con qué le estamos apuntando.

Pero el furtivo no se había movido del sitio ni miraba en dirección a nosotros, por lo que yo alcanzaba a ver. Estaba bastante lejos, más de doscientos metros quizá, de modo que no pude verle bien la cara, pero el hombre parecía estar mirando hacia la pendiente que tenía delante.

Tom había sacado también su rifle y estaba apuntando al furtivo a través de su mira telescópica. Yo, pobre de mí, solo tenía una mira trasera de apertura en mi carabina.

Ven a echar una ojeada, dijo mi padre, como si me leyera el pensamiento.

Cogí el rifle y apoyé los codos en el capó de la camioneta. Olor a aceite para armas, como mi 30-30, pero hasta ahí las semejanzas. Más pesado y perfecto, madera lisa y metal azul oscuro fundidos como si ya hubieran nacido de una sola pieza, y también perfecto el balance cuando apoyé la culata en mi hombro, un arma que parecía pensada para mí, para formar parte de mí.

La mira telescópica una iluminación que parecía no tener origen, una visión directa al mundo, mi mejor ojo. Textura de rocas a más de doscientos metros, dos campos de fútbol más lejos. Roca oscura con granos y bultos y crestas fruto de la intemperie, una placa ancha. La seguí hacia mi izquierda, hasta donde el furtivo estaba sentado con las botas colgando por el borde, un rifle de través sobre sus muslos. Tejanos y camiseta blanca al sol, el chaleco naranja de cazador. Gorra de béisbol también naranja. Deseando ser visto. Al descubierto, en nuestras tierras. Llevaba largas patillas de un castaño claro. Cara y cuello sonrosados por el sol.

Reseguí un brazo suyo con el retículo en cruz, subiendo desde el codo hasta el hombro. El furtivo pareció notarlo, qué cosa tan rara. Se volvió hacia su lado izquierdo y miró directamente hacia mí, al catalejo, y movió las piernas hasta encararnos. Había visto algo. Tal vez la mancha de color de la camioneta, o quizá el sol reflejado en el visor del arma. Sus manos subieron los prismáticos que llevaba al cuello y miró en dirección a mí con ojos de un verde oscuro.

Contuve la respiración al tiempo que mi mano se tensaba sobre la culata. La cruz del retículo flotando justo en medio de las lentes. Yo clavado en el tiempo con aquel hombre, fijado en la propia inmovilidad del instante.

El aire expulsado despacio, con cuidado, tal como me habían enseñado, y luego presionar lentamente el gatillo. El pensamiento no intervino, de eso estoy seguro. Fue todo cosa de mi carácter, de cómo soy yo, más allá de todo entendimiento.

El mundo detonó desde algún núcleo invisible y salí disparado por los aires, aterrizando en el suelo. El zumbido posterior en mis oídos, el bombeo de la sangre. Mi corazón desbocado. El rifle en tierra a mi lado, mi mano derecha sujetando todavía la empuñadura.

Mi padre me levantó por la pechera de la camisa y me lanzó hacia atrás, y no di contra el suelo donde yo suponía que el suelo iba a estar. Había salido despedido más allá de la cuneta y el terreno descendía y yo seguí cayendo, golpeado por detrás ya fuera por un tronco o una rama de árbol, y luego más, cayendo todavía, girando en el aire, y una sombra que se precipitaba hacia mí por el lado derecho fue todo lo que vi antes de que mi hombro chocara con el suelo, tierra y hojas, y luego di una vuelta de campana y golpeé un tronco con la pierna izquierda y eso me hizo caer de cabeza para luego quedar erguido otra vez, mirando al frente como si estuviera corriendo cuesta abajo por la ladera, y el instinto me hizo extender los brazos y encogerme para recibir el topetazo en el hombro con el siguiente árbol, que a su vez me hizo salir

despedido sin orientación posible, y finalmente me escurrí por la hojarasca hasta quedar tirado en el suelo sin saber qué había pasado ni qué podía pasar a continuación.

Rara vez el mundo es verdaderamente nuevo. Como rara vez nos vemos en el centro mismo. Pero en ese momento todo se había realineado. Cuando matamos, todo cuanto existe se orienta hacia nosotros.

Caín fue el primer vástago. El primer hijo de Adán y Eva. Caín es el inicio, el primero de los que no pudimos empezar en el paraíso.

Todo me dolía, pero al parecer solo estaba magullado, nada roto. Tierra oscura y hojas húmedas en putrefacción. Secas en la superficie, pero yo había desbaratado esa superficie. Tenía la cabeza más abajo que los pies y lo que hice fue girar las piernas hasta quedar sentado. Me pareció que todo estaba en orden. Piernas, espalda, brazos. El hombro derecho y las piernas bastante maltrechos, el cuello rígido.

Un bosque nuevo, los troncos muy delgados, todo reciente, de ahí que no me hubiera roto nada.

He estado de suerte, dije.

El dosel arbóreo formando una pendiente paralela en lo alto, igual de empinada. Estaba atrapado entre aquellos dos planos, el suelo que lo era y la pendiente allá arriba. Un tiro de chimenea inclinado, un lugar siempre en sombras, el sol apenas un rumor de luz más allá.

La potencia de aquel rifle. Yo que no había apuntado bien las piernas. Me había tirado de espaldas. No dejaría que me volviera a pasar. Esas eran las cosas que estaba pensando. El cerebro de un niño es completamente diferente. Lo que se me escapa es cómo ese cerebro infantil fue capaz de crear una sensación de inevitabilidad, de conectar entre sí cada pensamiento y cada movimiento, como si todo ello encajara a la perfección.

Remonté la cuesta, tieso y dolorido pero sin más. Trepando entre los árboles, que me servían de punto de apoyo, mis botas dejando oscuras cicatrices en la ladera, la pendiente tan inclinada que cada paso era un resbalón. Y cuando llegué al borde me encontré a mi padre y a Tom apuntando con sus rifles hacia donde había estado el cazador furtivo. Mi padre acodado en el capó, Tom apuntado en la puerta del acompañante. Mi abuelo, rifle en mano también, vigilaba la carretera junto a la trasera de la camioneta.

¿Qué estáis haciendo?, pregunté.

Esperar por si viene alguien, dijo mi padre.

Puto crío, dijo Tom. La madre que lo parió. Parecía a punto de echarse a llorar. Estaba como sin fuerzas.

Yo no tenía mira telescópica ni prismáticos, de modo que no pude ver nada en la sierra. Calma absoluta. Insectos revoloteando, nada más. Ni pájaros ni viento. Mucho calor incluso a la sombra. La camiseta de mi padre toda mojada por la espalda y los costados, pegándose a su cuerpo.

Vi mi rifle sobre el asiento del conductor. Iba a cogerlo cuando mi padre cerró la puerta de una patada. Retiré la mano justo a tiempo.

Tú no tocas un arma nunca más, dijo.

Claro que sí. Este fin de semana cazaré mi primer ciervo.

Mi padre reaccionó al instante. La culata de su 300 magnum fue directa a por mi pecho, pero yo me aparté de un salto.

Tú qué eres, dijo.

Hemos de largarnos, dijo Tom. Busquemos un sitio donde dar la vuelta y vayamos a explicar lo que ha pasado.

Podría estar vivo, dijo mi padre. Tenemos que ir a comprobarlo.

No puede estar vivo.

Eso tú no lo sabes.

He visto cómo le daba. Estaba mirando al tipo por el visor. Seguro que ha muerto.

Da igual. Tenemos que subir hasta allí.

No, señor. Tenemos que marcharnos.

De aquí no nos marchamos, terció mi abuelo. Mi padre y Tom se volvieron, pero el abuelo no dijo más.

Vamos a hacer lo siguiente, dijo mi padre. Metemos la camioneta en la primera curva, fuera de la vista. Vamos a cerrar la verja y luego subimos a ver qué le ha pasado.

Yo no pienso ir, dijo Tom.

Pues irás, dijo mi padre. Tenemos que mantenernos unidos.

Tom negando con la cabeza, murmurando. Bajó el rifle y echó a andar en dirección contraria, pero al cabo de unos quince metros se detuvo y se sentó en la calzada de tierra.

Mi padre sacó la camioneta del terreno y luego volvió a la verja, tumbándose en el suelo para meter la mano por dentro del candado de seguridad. Una hondonada entre los tendones que le sobresalían del cuello. Completamente concentrado, como si no hubiera en el mundo otro objetivo

que cerrar aquella verja.

Mi abuelo sentado en la cabina, esperando, una cosa de carne sin pensamientos. Mi padre montó, condujo despacio por una pista que no era ya de seca tierra amarillenta y espinosas plaquetas de encino sino de borrajo. Pinos a un lado y a otro, la calzada más umbría, bajando hacia un pliegue de la montaña por donde en invierno pasaba un arroyo. La carretera de un pardo rojizo, una alfombra de pinocha que amortiguaba el paso de los neumáticos.

Yo los seguí a pie, y cuando miré hacia atrás vi que Tom venía también. Figura transformada en un instante fugaz, lo que dura apretar un gatillo. Hombros caídos, cabeza gacha, rifle cual peso muerto en una mano, alguien que se negaba a ser quien era, a estar donde estaba, que negaba el tiempo también, aferrándose a la idea de que el tiempo era algo reversible. Yo, con once años, lo despreciaba, lo encontraba débil, claro que yo era una especie de monstruo, un ser humano que no había llegado todavía a persona, de ahí que me fuera posible pensar así.

Más arriba, en alguna parte, el cazador furtivo. Y yo quería ver. Quería que el tiempo se acelerara, pero todos los movimientos eran lentos, hasta el aire mismo estaba estancado. El caer de mis botas en la calzada amortiguado, el talud a ambos lados una cosa amorfa, cambiante, imposible calibrar el eje porque dentro de mi cabeza una corriente se levantaba sobre su propio contraeje.

La camioneta dobló la curva a mano izquierda, subiéndose al arcén que se convertiría en otro promontorio, la forma de la tierra generándose desde sí misma, y mi padre redujo hasta frenar, lejos ya de la verja. Él y el abuelo se aparearon con sus respectivos rifles y nos reunimos en el pliegue de la montaña, en el cauce seco del arroyo.

Ni charla ni pausa, simplemente mi padre metiéndose en aquel cauce, sonido de botas haciendo rodar pequeños cantos rodados y él como impulsado hacia arriba por una corriente de aire, algo pensado para ascender y deslizarse por montañas.

Mi abuelo mucho más lento, un vaivén de aquella mole al inicio de cada paso, un peso que podía vencer en cualquier dirección en cualquier momento, ni una sola pisada firme. Con el 308 colgado al hombro mediante una correa ancha de cuero, su mano derecha afianzada en la correa y empujándola por debajo a efectos de equilibrio y de dirección.

Tom y yo lo adelantamos por aquel cauce seco y enfilamos una cuesta protegida por pinos con apenas vegetación en la base de los mismos, era fácil ver y moverse bajo los árboles. Pero luego los pinos terminaron y tuvimos

que caminar entre matojos, Tom sosteniendo su rifle con los brazos en alto, meneándose al abrirse paso entre cosas que se pegaban al cuerpo y arañaban. Sonidos aislantes, mi padre y mi abuelo desaparecidos.

Tom iba en cabeza y su estatura le permitía tener los hombros más arriba, pero a mí las ramas me daban en la cara y eran tan gruesas y elásticas que me costaba avanzar. Finalmente opté por reptar, la barbilla encogida y la nariz pegada al suelo. Ojos cerrados para evitar arañazos. Las rodillas hincando la tierra y en lo alto un cielo de espinos.

Imposible saber dónde me encontraba. Tom había desaparecido, igual que los demás. Moverse de lagartijas y pájaros, bruscos cambios de sonido. Territorio de serpientes y garrapatas e insectos de todo tipo, sin camino visible. Sin salida tampoco por ninguno de los dos flancos, y el sol arreando. Pequeñas hojas secas convertidas en puntas afiladas. Un peso acústico en aquel calor.

Procurando adherirme a la piel de la montaña, todo lo plano que era capaz. Un animal aprendiendo a reptar de nuevo. La montaña una presencia que respiraba y que podía despojarse de nosotros en cualquier momento. Yo me sentía voluminoso, demasiado gordo, no lo bastante pegado. Empecé a sentir miedo y deseé tener mi 30.30. Quería meter un cartucho en la recámara, listo para disparar. Me puse de espaldas, conteniendo el aliento, y agucé los oídos.

Encima de mí capas y capas de espinas. Un sitio donde sería imposible estar de pie. Encinos gruesos como no los había visto jamás.

No quería moverme. Cualquier movimiento no haría si no encerrarme todavía más en aquella jungla. Estaba atrapado y el corazón me martilleaba el pecho.

Hice lo único que sabía hacer cuando me perdía. Abociné las manos frente a mi boca y soplé entre los pulgares. Ulular de búho, un sonido hueco y penetrante.

Luego esperé. Desde más arriba, a mi izquierda, llegó la respuesta de mi padre. Y después, desde mucho más abajo, la de mi abuelo. Reconocibles, todos nosotros, ninguna voz igual a otra. Y luego Tom, más cerca de mi padre.

Me puse boca abajo otra vez y tiré monte arriba, ya no estaba perdido.

Falsos cascabeles, insectos que sonaban como serpientes. Explosiones de pájaros. Movimientos titubeantes de lagartos entre las hojas. Yo miraba a todas partes esperando ver una serpiente. En la tierra de más allá y a ambos lados y en las ramas bajas que me rozaban a cada momento. La mayoría de

las serpientes que yo había visto estaban enroscadas en ramas, a poca distancia del suelo. Del mismo color pero más gordas. Crías de cascabel no más gruesas que un dedo meñique y que no llegaban a un palmo de largas, de aspecto casi idéntico a una rama, letales porque no sabían calibrar todavía su veneno y no tenían cascabel, no avisaban antes. Yo avanzaba con la cabeza por delante, eso quería decir que me clavarían los colmillos en la frente, la mejilla, el cogote.

Pequeños movimientos por doquier, y el miedo me hacía ir lento. Cada pocos metros me detenía para mirar de nuevo a mi alrededor. Un sitio en el que jamás habría deseado estar. Y me dije que ir pegado al suelo era lo peor que podía hacer. Empecé a preguntarme si no debería intentar levantarme. Pero, claro, tropezaría con todo y acabaría cayéndome, de modo que seguí reptando.

El calor cada vez más intenso, cerca ya el mediodía. Me escocían los ojos de la sal, todo yo empapado en sudor. Oí a mi padre que me llamaba, más cerca ahora, impaciente, y le contesté. Sin querer me había metido en el trecho más difícil de toda la ladera, y todavía tardé otros veinte minutos en salir de allí. El hombro y las piernas magullados cada vez más rígidos, el cuello torcido como si me lo hubiera roto, miedo en todo el cuerpo.

Logré ponerme en pie rodeado de maleza hasta más arriba de la coronilla, eran como enormes matas de hierba pardogrisácea pero con troncos menudos debajo. Espacio suficiente para seguir avanzando y más arriba pude ver los afloramientos de roca. Rodeé la base del más bajo de todos, salí por el otro lado y entonces vi a mi padre.

Estaba de espaldas, rodillas en tierra, utilizando el rifle a modo de poste donde apoyarse. El cañón muy cerca de su hombro derecho y ambas manos alrededor de él. Con su camiseta blanca, era como baba de insecto colgando de un palo. La misma forma, así de flojo, y no se volvió hacia mí.

Cerca de él estaba Tom, crucificado por el rifle que sostenía sobre sus hombros, ambos brazos colgando por encima, las manos suspendidas en el aire, flojas.

Ambos miraban al suelo, y supe que allí iba a estar el furtivo. Pero no vacilé. Una parte de mí no estaba bien, y el origen de ello jamás se podrá averiguar. Fui capaz de acercarme y mirar aquel cuerpo y en cierto modo su visión me afectó tan poco como la del cadáver de un venado. Si acaso, sentí cierta excitación. Probablemente porque durante toda mi vida había visto animales de todo tipo yaciendo muertos en el suelo. Siempre estábamos cazando algo, parecía que nuestra misión en el mundo era matar.

Había caído de bruces. Le faltaba un buen pedazo de la zona central de la espalda. El chaleco todavía era naranja en la parte de los hombros, pero en el resto se había vuelto rojo y marrón y negro. Olía como un ciervo muerto, exactamente igual, y el mismo tipo de moscas grandes se arracimaban en torno a la herida. Destellos iridiscentes a la luz del sol, negras órbitas circulares fijadas magnéticamente a aquel lugar, sonido de docenas de moscas como si fueran una sola, un sonido que en la quietud reinante se antojaba antinaturalmente fuerte.

La roca de más arriba estaba toda rociada, una franja de tres metros de largo. Yo entendía que aquello era un hombre, pero en el fondo lo que estaba pensando era que el tiro había sido excelente. Un disparo perfecto, desde más de doscientos metros, con un rifle demasiado grande para mí y muy difícil de sostener con firmeza. De haber sido la pieza un venado, estarían todos sonriendo de oreja a oreja. Sonarían vítores y ese agudo grito de guerra que solo hacíamos cuando caía un ciervo. No habría este silencio tan poco natural. Con mi cuchillo de caza abriría el vientre del animal, le arrancaría las entrañas y luego me comería el corazón y el hígado, y todo eso sería bien visto. Pero ¿y si nadie nos hubiera dicho que matar a un hombre estaba mal? ¿No sentiríamos lo mismo en presencia de uno?

Nadie decía nada. Mi padre y Tom apoyados en sus rifles y yo detrás de ellos, las manos vacías, y el calor del día en aumento. Ni pizca de brisa. La camisa ardiéndome en los omóplatos. Y entonces apareció el abuelo. Caminó un trecho corto hasta un arbusto y se sentó pesadamente al pie del mismo, parcialmente a la sombra. El rifle puesto de través sobre sus muslos, igual que había hecho el cazador furtivo.

El número de moscas se había doblado en el rato de esperar a mi abuelo. Parecían atraídas hacia el centro de la espalda del muerto como por una tremenda fuerza de gravedad. Intentaban huir pero no podían. Toda fuga derivaba en un arco que las hacía volver. Y otra vez adentro, la carne del muerto bullendo de centenares de insectos, entre los que merodeaban allí y los que volaban. También nosotros sentimos aquella atracción, los cuatro alrededor del furtivo, mirando aquel agujero.

Las moscas arrastrándose a pequeñas sacudidas, de tal forma que solo había cambio, no duración. Una imagen cambiante, momento a momento y en cada uno de los momentos, pero nosotros no podíamos ver por qué ni cómo. He intentado recordar lo que vi aquel día, lo he intentado muchas veces, pero la memoria se empeña en la causalidad y el significado, en narrar una historia. Cada cosa lleva a la siguiente, y existe una razón para eso. Pero lo que yo

quiero rescatar es el momento en que no había ni bueno ni malo sino solo la gravedad, y no había causalidad sino solamente una sucesión de momentos, independientes y completos. Porque esa era la verdad.

El primero que habló fue mi padre. No podía haber sido de otra manera. Él era el único que tenía el derecho y la obligación de hablar. Esto no lo podemos explicar, dijo. Lo que ha pasado no podemos contárselo a nadie.

Está muerto, dijo Tom.

Ya lo sé.

¿Entonces?

Entonces nada.

Dejadlo, dijo mi abuelo. No lo toquéis. A ver si encontráis la bala en algún árbol cuesta arriba y la recuperáis.

Mi padre rezongó, un sonido de frustración y desespero. Tienes razón, Tom. Hemos de dar parte. Ese hombre tendrá familia.

Aquí no se da parte de nada, terció el abuelo.

Es un monstruo, dijo Tom. Un puto monstruo acojonante. Fíjate, ni siquiera lo siente. Él lo volvería a hacer.

Era un furtivo, dije yo.

Mi padre se volvió hacia mí.

La bala en la recámara la has puesto tú, dije.

Once años, dijo Tom. Es increíble. Solo once años. Mi hija tiene la misma edad.

Vi que mi padre me estaba mirando. El sol era tan fuerte que yo tenía los ojos achicados y pestañeaba a cada momento, pero él me miraba fijo. Aquel zumbido como un millar de voces, agudo e insistente, sensación continuada de pánico.

Has echado a perder lo que te queda de vida, me dijo mi padre. ¿Eres mayor para entender eso? Si vives ochenta años más, serán ochenta años destruidos por culpa de esto.

Tenía los ojos azul claro, transparentes como el agua, incapaces de ver hacia fuera. Dos cenotes.

Y has echado a perder mi vida, añadió.

Mi padre ya no podía conectar conmigo. Era la única persona en el mundo que podía ponerme en mi sitio, pero se sentía impotente. Yo sonreí. No fue aposta, y apenas si fue un amago de sonrisa, pero eso fue lo que hice.

Mi padre fue muy rápido. Yo di media vuelta y corrí pero momentos después su mano me alcanzaba por el hombro y me arrojaba al suelo. Tierra dura, apelmazada y seca. Los ojillos aterciopelados de las hojas de manzanita.

Me pegó con el puño y no se contuvo. Era la primera vez en mi vida que entendía de lo que él era capaz. Sus puños alcanzándome mientras yo me hacía un ovillo y me cubría la cabeza. Pegaba con los dos brazos.

El puñetazo en la espalda fue aterrador. Sus nudillos chocando con las vértebras, una oleada de náusea, y yo oía su respiración, así de cerca estaba. Visto desde lejos se habría podido pensar que mi padre se inclinaba para cogerme en brazos, la Virgen y el Niño. Que me salvaba de los lobos. Pero no había ningún peligro exterior, nada de lo que él tuviera que protegerme. Lo temible, para ambos, estaba dentro de mí, y él ahí no podía llegar. Sus puños no lograban nada, y creo que mi padre lo sabía.

Dejó de pegarme y se tumbó boca arriba a mi lado. Le oí jadear. Mi cuerpo era un desorden de dolor, el cerebro incapaz de concentrarse en un solo punto. Hasta el aire dolía. Tuve al menos el tino de no hacer nada, de no decir nada.

Las moscas un sonido difícil de soportar, la curva de cada vuelo introduciendo una distorsión en el sonido, el tono más grave, y cientos o miles de esos efectos Doppler combinados hacían del aire fauces, un bramar que venía de nuestros propios oídos internos, sin origen concreto, y creo que fue por eso por lo que mi padre se levantó del suelo y echó a andar hacia el cadáver. Me desenrosqué y pude ver a mi padre que se inclinaba para coger las manos del hombre y el rifle y empezaba a arrastrarlo colina abajo.

Pensamos en Caín como en aquel que mató a su hermano, pero ¿a quién podía matar si no? Fueron los dos primeros en nacer. Caín mató a lo que tenía a mano. Que ellos dos fueran hermanos no tiene nada que ver.

Mi padre se afanaba con el cadáver del furtivo. Qué hacer con él. Los demás nos mantuvimos a distancia. Mi padre, él solo, arrastrando el peso muerto entre arbustos y maleza, por terreno seco, caminando hacia atrás cuesta abajo en un ángulo inverosímil, doblado sobre la curvatura de la tierra, sostenido por un contrapeso. Se detuvo apenas un momento para arrojar el rifle del furtivo al sotobosque y luego tiró del cuerpo otra vez.

Ahora eres tú el criminal, dijo mi abuelo. Escondiendo el rifle, moviendo el cadáver. Deberías haberlo dejado donde estaba, como yo decía.

Estaba a unos quince metros de mi padre y no le miraba. Como si estuviera hablándole al cielo.

Las moscas no abandonaban el boquete. Emergían a cada salto y a cada topetazo y volvían a posarse. El hombre boca abajo, brazos en alto en actitud de adoración, la cabeza gacha como muestra de docilidad ante su dios, las piernas arrastrando detrás, lento reptar de penitente.

Ese cadáver lo vas a seguir llevando más allá de la camioneta, dijo mi abuelo. Lo vas a llevar encima el resto de tu vida. No te dejará en paz. Tendrías que haberlo dejado donde estaba.

Mi padre teniendo que bregar marcha atrás por el denso sotobosque, tirando del cadáver. Ruido de ramas y ramitas al partirse, y el penitente siempre allí, siguiéndolo, la cabeza de un lado para otro, colgando, los brazos apuntando a mi padre y a aquel cielo despejado y azul.

No pude hacer otra cosa que seguirle. Seguía las huellas que iba dejando mi padre. Y detrás de mí, Tom.

Solo un tonto coge lo que yace muerto a sus pies, dijo mi abuelo. Solo un tonto.

Él se había criado en una granja, solía explicar que pelando patatas a veces añadía un pequeño extra de proteína cortándose un dedo. Ponía trampas para conseguir comida y pieles. Yo, incluso siendo pequeño, presentí que mi abuelo siempre había cogido cuanto yacía a sus pies.

Arrastrando aquel cuerpo entre la manzanita, mi padre se esforzaba. Me di cuenta de que quería abandonar. Las moscas una horda enloquecida. El sol en su apogeo y mi padre con la cara hecha de sombras, dos cuencas oscuras por ojos, surcos en las mejillas, su boca otra sombra. Ya no separado de la tierra, ya no la misma presencia, menguado por su quehacer, los contornos de su cuerpo fundidos con el aire, la maleza, el suelo. Dotados de realidad.

Si quieres lo agarro de los pies, dije.

Tú no lo toques, dijo mi padre.

¿Por qué?

Pero mi padre no quiso responder. Siguió caminando marcha atrás cuesta abajo hasta que llegó a los pinos y el cuerpo empezó a deslizarse suavemente por el borrajo. La vegetación era rala. A partir de allí apresuró el paso, llevando aquel cadáver hacia su conclusión. Una especie de trineo hecho de hombre, resbalando hacia la carretera. Cuando la cuesta se hizo más pronunciada, mi padre se apartó, tiró con todas sus fuerzas, y el cadáver bajó solo el resto del camino, muñeco de trapo con el relleno salido.

Una vez abajo mi padre miró hacia la verja, pero no había venido nadie. Tom le echó una mano. Agarraron cada cual una muñeca del muerto y fueron hacia la camioneta arrastrando el cuerpo entre los dos. El cazador todavía boca abajo, el cráter de la espalda orientado al cielo. Podría haber pasado por un borracho a quien sus amigos llevaban a casa, solo que la metáfora se había vuelto literal, todo su centro había reventado.

Agujas de pino haciendo la calzada mullida, pero en la curva era más pedregosa y el hombre y sus prendas fueron arañados y desgarrados y quedaron cubiertos de un polvillo blanco. Entre mi padre y Tom lo izaron al colchón de la camioneta balanceándolo como si fuera una hamaca, Tom sujetándolo por los pies. Aterrizó sin ruido. Yo subí también, por la parte de atrás.

Teníamos que esperar a mi abuelo. Tom y mi padre en la cabina, sin hablar. El muerto tendido detrás de mí, atravesado en la plataforma, ahora boca arriba.

La cara de fantasma, espolvoreada de blanco, sin sangre, labios morados a pesar del calor. Los ojos opacos debido al polvo. Patillas y cabellos diferentes de los de un hombre vivo, diferenciados, sin relación con la carne. La boca abierta. Podría haber estado durmiendo de no ser por aquellos ojos, el sueño ojiabierto de los muertos.

Mi indiferencia empezaba a menguar. Apoyé la espalda contra la cabina, pero lo tenía a solo unos palmos y no se parecía en nada a un animal. Incluso

muerto, su expresión era de querer más. Incredulidad por haber sido aniquilado.

En el centro del pecho había una pequeña alteración. Un orificio de entrada, mellado y oscuro, que vencía por la fuerza de la gravedad, ahora sin respaldo interno.

Los brazos yertos por encima de la cabeza, los dedos extendidos. Camisa y chaleco oscuros y tejanos oscuros y piernas como destensadas. Una presencia que permanecería entre nosotros.

Apareció mi abuelo en la carretera. Andar pesado, la vista siempre en el horizonte. Daba la impresión de que podía tropezar y caerse de un momento a otro, pero él nunca miraba por dónde pisaba, siempre al frente con los ojos fijos e inexpresivos, desconectado del suelo. Cualquier final era posible.

Pasó por mi lado sin mirarme. Tampoco al cadáver. Abrió la puerta de la cabina y montó con esfuerzo, la plataforma inclinándose al adaptarse los amortiguadores momentáneamente al peso extra.

Mi padre encendió el motor y arrancamos como si aquello fuera una excursión de tantas, el mismo viaje de todos los años. Primero por un barranco, y al llegar a la curva el mundo se abría otra vez. Una sierra alargada iba quedando atrás a nuestra izquierda, fuerte pendiente de pinos muy inclinados respecto al terreno. Un paraje demasiado empinado para cazar, roca gris y pedregales entre el verdor, la base de la ladera fuera del alcance de la vista.

La carretera metiéndose en la montaña. Yo estaba de rodillas y miraba pendiente arriba hacia mi derecha, no quería ver al muerto. El viento en la cara, las manos caídas porque el techo de la cabina quemaba demasiado. No tenía rifle, pero yo buscaba venados con la vista, una cosa automática.

El mundo inclinado. Sensación de estar ascendiendo, casi como volar. Y la montaña, cada una de sus partes, cada vez más grande a medida que nos acercábamos. Pasado otro collado, una hoya con apenas unos cuantos pinos ponderosa. Más arriba de nosotros, a la derecha, una presa flanqueada de árboles. Se podía ver el peralte inferior, obra de un bulldozer varias décadas atrás y ahora cubierto de helechos y rezumando agua en aquel paraje por lo demás seco.

Mi familia había matado muchos venados en esta zona. Un valle abierto con pequeñas colinas y pocos sitios donde ponerse a cubierto en centenares de metros en cualquier dirección, la zona menos empinada de esta montaña. Normalmente parábamos a echar un vistazo con prismáticos y miras telescópicas. Pero esta vez pasamos de largo.

Carreteras secundarias descendiendo a nuestra izquierda, abajo en la montaña, hacia toboganes y varios claros inmensos y más allá la zona quemada y el revolcadero y otro embalse. Todo era nuestro. Nos pertenecía. A partir de aquí podíamos caminar en cualquier dirección y no tener que pisar tierra de otros.

Me gustaría recordar qué sensación daba eso, poseer algo y sentirlo como propio. Es algo que he perdido. Ahora no poseo tierras, y ya no puedo visitar nuestra historia.

Recorríamos todo aquel paisaje familiar convencidos de que siempre iba a ser nuestro. Era tal la certeza que ni se nos ocurría pensar lo contrario.

Nuestro campamento en un bosquecillo de pinos ponderosa, fresco y a la sombra. Brisa en todo momento y el murmullo de la brisa en las copas de los árboles. Un manantial de agua fría y pura. Helechos y musgo y setas. Lechuga del minero que podíamos arrancar y comer fresca, botín de la tierra. Lo más cerca que estaríamos del Paraíso, lo más cerca que estaríamos de volver a él.

Mi abuelo había construido diminutas ruedas hidráulicas y varias de ellas habían sobrevivido al invierno. Girando aún en la corriente, máquinas en pequeño de aldeas imaginarias, todo ello construido para mí, y antes para mi padre. Cada rueda hecha nada más que con tres listones y dos clavos, pero quién lo diría. El agua somera y transparente atravesando un delta de islotes, un país en sí mismo, una región de tres metros y medio de anchura donde no se habían formado aún brazos ni meandros, un mundo demasiado reciente como para haber dejado huella.

Corriente abajo, a una escala inverosímilmente más grande, una vara atada en lo alto entre dos árboles, con ganchos colgando de sendas cadenas, uno de ellos una balanza para pesar venados.

Desde que yo tenía memoria, los rasgos principales del campamento habían permanecido inalterables. La fuente alimentaba una manguera negra de plástico que fluía sin cesar hacia una pila de esmalte blanco, el arroyo tres dedos de agua. Al lado de la pila, encimeras altas de madera, sin empotrar, para el hornillo Coleman y la parrilla y las cajas de provisiones, el reino de Tom, cocinero oficial desde siempre. Todo ello rodeado de pinos altos y arriba el cielo.

Un poco más abajo de la cocina, junto al delta de las ruedas y los islotes, una mesa de picnic entre dos árboles, protegida por un techo inclinado de uralita. Era, esta mesa, al aire libre, sin tabiques, la estructura principal del campamento; el lugar de reunión, donde se contaban historias a la luz de faroles.

Y eso era todo. Más allá, entre los árboles, generaciones anteriores a mí habían abandonado viejos somieres oxidados, tan marrones ya como las agujas de pino, y más lejos todavía, unas tablas de contrachapado claveteadas entre dos troncos a modo de letrina.

El campamento un reducto en medio de la enormidad. La cuesta de pinos extendiéndose más arriba, primero de forma gradual para luego empinarse a lo largo de la montaña. Solo podíamos ver la base de docenas de troncos que se alzaban, un perfil de tierra todavía por explorar. Más abajo del campamento, el arroyo serpenteaba caprichoso y dejaba como un fleco de helechos y pinos y luego un amplio prado. Hierba amarilla quemándose al sol y llenando de luz el bosque.

Todo era perfecto: la sombra fresca, la brisa, la luz, el murmullo del arroyo y los pinos, el olor a savia y a hierba y a helechos, la historia y la sensación de llegar, de estar en un sitio propio. Para mí, esto era lo mejor de cada viaje, el momento en que nos encontrábamos de nuevo allí, el momento en que todo el tiempo transcurrido entre medias desaparecía.

Salté a tierra desde el colchón. Tenía ganas de montar campamento.

Pero mi padre y el abuelo y Tom no se movieron de la cabina. No se les oía hablar. Estaban allí sentados sin más. Y cuando por fin se apearon, ninguno de los tres me miró. Fueron a la trasera de la camioneta y contemplaron al muerto, que seguía tumbado mirando al cielo con los brazos por encima de la cabeza y la boca y los ojos abiertos. Como si quisiera asimilar el mundo, todo de una vez.

No pienso tocarlo, dijo Tom. Yo me desentiendo.

No te he pedido nada, dijo mi padre.

Has tenido una oportunidad para desentenderte, dijo mi abuelo. Podrías haber vuelto por esa carretera. No cruzar la verja. Ahí tenías tu oportunidad. Ahora es igual que si hubieras apretado el gatillo. Tú o cualquiera de nosotros.

Bobadas, dijo Tom. Yo no he hecho nada malo.

Lo que hayas hecho o dejado de hacer ya no importa. Lo importante es dónde estás.

Mi padre cogió las manos del muerto. Al carajo, masculló. Tiró del cadáver que yacía en aquel colchón y lo dejó caer en tierra tal como venía y luego fue arrastrándolo hacia los ganchos.

No irás a hacer eso, dijo Tom, pero mi padre siguió con lo suyo.

No es un trozo de carne, insistió Tom.

Ahora sí, dijo mi padre. Y tiró del cadáver por las agujas de pino y el muerto que parecía divertido y un poco ebrio con su boca abierta y el mentón pegado al pecho, y luego la cabeza se le vino hacia atrás como si estuviera riendo. Camino de un lugar nuevo, un lugar de hilaridad y ganchos y cadenas.

Mi padre lo dejó tirado al pie de aquellos troncos, muy cerca del arroyo.

Allí donde habían colgado en otro momento nuestros venados. Alargó el brazo para agarrar un gancho oscuro que tenía varios palmos extra de cadena colgando. Ayúdame a levantarlo, dijo.

No pienso hacer eso, dijo Tom. Sostenía su rifle con ambas manos frente al pecho, el cañón apuntando al cielo. Listo, se diría, para hacer puntería. Estaba al borde del pánico. Vi que el pecho le subía y le bajaba deprisa.

Lo mismo da que le ayudes ahora como que no, dijo el abuelo. Tú ya le has cogido la muñeca a ese hombre para arrastrarlo hasta la camioneta.

Cierre el pico, dijo Tom. Perdón, sé que a usted nunca le había dicho semejante cosa. Solo le ruego que no diga nada más.

Lo que yo diga o deje de decir no tiene importancia.

Manos a la obra, dijo mi padre.

Las gafas eran el punto flaco de Tom; el hecho de no poder ver con sus propios ojos, de depender siempre de aquel accesorio. Y su rifle estaba apedazado con cinta de embalar marrón, vueltas y vueltas de cinta alrededor del punto donde culata y cañón se encontraban. Era un viejo Winchester Savage 243, un rifle liviano para ciervos, de pequeño calibre, más rápido pero con mucho menos impacto que, por ejemplo, mi 30.30. Un arma de la que avergonzarse, un arma para ser objeto de burla.

Yo te ayudo, dije.

Tú ni te acerques, dijo mi padre. Me apañaré solo. Se acercó al tronco donde había varias sogas atadas. Aflojó la correspondiente a la polea en cuestión y dejó caer gancho y cadena hasta el suelo. Luego se arrodilló a los pies del muerto. Botas de faena, no de montaña, y vaqueros. Mi padre colocó el gancho entre aquellas botas y luego enroscó la cadena alrededor de los tobillos del hombre, tiró para ceñirla bien y ensartó la cadena en el gancho para fijarla. El gesto concentrado, examinando su tarea, un joyero engastando una piedra preciosa.

Bueno, dijo, y luego volvió al tronco y jaló la cuerda. El sonido de los eslabones deslizándose por el madero colocado arriba. Los pies del muerto subiendo poco a poco, las piernas separándose del suelo. Las mantenía rectas, solícito, no queriendo hacer aspavientos.

Mi padre arrolló la cuerda en torno al árbol y la sujetó con una mano mientras con la otra iba cobrando. Y así las piernas del muerto ascendieron a sacudidas, cediendo un poco pero el cadáver cada vez más arriba, hasta que su cintura se separó también del suelo, la blanca piel del abdomen a la vista cuando su camisa se deslizó hacia abajo.

Sangre seca y coagulada en la piel, lo que no impidió que su blancura

fuese evidente. Una iluminación debajo. Estábamos en el lindero de aquel bosque, la hierba amarilla del prado irradiando luz un poco más allá, un brillo que cercenaba esa parte del orbe, y el muerto integrado ya de aquel entorno. No era donde lo habíamos encontrado pero podía engañar a la vista. Y ahora giraba sobre sí mismo, lentamente, los hombros levantados del suelo.

Mi padre siguió jalando la cuerda conforme el peso aumentaba. Tirones secos, y el muerto giró hasta ofrecernos su espalda, la camisa y el chaleco caídos, y aquella gruta un negro ojo iridiscente y en movimiento. Su cabeza quedó en el aire, tocó de nuevo el suelo, se elevó otra vez, los brazos subiendo también, y no paraba de girar y pudimos ver de nuevo el vientre blanco y luminoso cubierto de una oscura costra fina.

Mi padre tirando de la cuerda hacia atrás, inclinado como en profunda reverencia, mirando en dirección contraria al muerto como si sus afanes fueran independientes. Los brazos del cadáver rotando a la buena de dios, la boca abierta en trance. Y luego volvió a girar y de nuevo vimos aquel ojo cavernoso con sus destellos azules y verdes.

Nadie era capaz de hablar. Yo nunca había visto nada tan bello. El prado luminoso al fondo, y más allá el abismo desde el borde del mundo, origen de aquella brisa según la montaña descendía a pico y solo podíamos ver un aire vacío y cordilleras perdidas en lontananza. El muerto ante nosotros en su pausado girar, como si pudiera atraer hacia sí aquella distancia, como si pudiera inclinar el suelo mismo y despeñarnos a todos.

Mi padre no había visto nada. Solo volvió un momento la cabeza para comprobar que la del muerto estuviera lo bastante por encima del suelo y luego enrolló la cuerda al árbol con varias vueltas, cuidando de que no resbalara, e hizo un nudo. Ve a buscar un saco, dijo.

No estaba claro a quién se dirigía, pero viendo que ni Tom ni el abuelo se movían, yo me acerqué a la camioneta, busqué detrás del asiento y entonces vi mi rifle allí. Puse la mano sobre la culata, pero luego agarré uno de los sacos de arpillera que había debajo del rifle.

Mi padre estaba atando los brazos del muerto a sus costados. Intentó pasar la cuerda alrededor pero resbalaba, de modo que le soltó los brazos y ató solo una muñeca. Luego pasó la cuerda por la entrepierna del muerto, la llevó hasta la otra muñeca, la ciñó bien, el hombre ahora con una mano en el paquete y la otra en el culo, como tapándose las vergüenzas, un muerto pudoroso pillado sin nada encima, pero llevaba todavía puestos los tejanos.

La conducta del muerto no tenía explicación, pero mi padre le pasó el saco de arpillera por encima y dejamos de verlo y de pensar en él. Solo que

allí colgado dentro de un saco cual cadáver de venado se volvió en cierto modo más grande todavía para mis adentros y pude verle la boca y los ojos abiertos y aquella expresión de puro asombro ante el mundo. Su piel era más blanca, y él más alto.

El saco no llegaba para taparle las botas. Mi padre continuó tirando hacia arriba pero aquel saco no daba más de sí. Tendría que atarlo a la altura de las pantorrillas o los tobillos del hombre, en torno a las perneras donde se le clavaba la cadena del gancho, y aquellas botas de un tono ocre quedarían allí a la vista de todos.

No puedes dejar que se le vean las botas, dijo el abuelo.

Lo tengo en cuenta, dijo mi padre.

Cualquiera podría ver que es un hombre y no un ciervo.

Sí, papá, ya lo entiendo, dijo mi padre. Qué cosas más inteligentes de decirme, joder.

Nos caerán varios años de cárcel, dijo Tom. A todos. Bueno, a todos menos al culpable, por ser menor.

¿Y si te callaras la puta boca?, dijo mi padre.

Claro, porque estoy en deuda contigo. Me estás haciendo un grandísimo favor. Eres un buen amigo, muchas gracias.

Mi padre se puso de rodillas y tiró de la cabeza del muerto hacia arriba. Luego me miró y dijo: Ven.

Yo fui y me arrodillé junto al muerto y tiré de su cabeza hacia el pecho. La arpillera áspera, como el trenzado de la corteza de un árbol, y la cara del hombre oculta. Pero yo sabía que la boca se le cerraría cuando el mentón chocara con el pecho. Dará igual que le tapes las botas, le dije a mi padre. Por la noche se estirará, se hará más alto, y las botas asomarán otra vez.

Mi padre me miró, y por primera vez tuve conciencia de que no era un hombre apuesto. La barbilla demasiado gruesa en una quijada que era más bien angulosa, y la nariz huesuda. Incluso diría que tenía los ojos un poco demasiado juntos.

Reanudó su tarea y ató el saco en torno a la cadena de más arriba de las botas del muerto. Listo, dijo. Y gracias a todos por echar una mano.

Contemplamos los cuatro al hombre que pendía boca abajo. Con o sin arpillera, era claramente un hombre. Se notaban los hombros y la cabeza inmovilizada contra el pecho. Se veía que lo de arriba eran unas botas. Un hombre que hubiera aprendido a dormir boca abajo, envuelto en unas alas de arpillera más grandes pero en el fondo casi idénticas a las de cualquier otro murciélago. Bajo la envoltura, un cuerpo blanco como la tiza. Esperando que

anocheciera.

No está mal, dijo mi padre. Montemos el campamento.

Tiramos, pues, de aquel colchón que se había oscurecido por encima y lo llevamos hasta uno de los viejos somieres oxidados y le dimos la vuelta, el lado limpio mirando hacia arriba. Esta cama era para mi abuelo, que estaba mal de la espalda, aparte de otros achaques. Los demás dormiríamos en el suelo.

Mi padre ayudó a Tom a transportar las cajas donde llevábamos comida enlatada, platos y utensilios a las mesas que había junto al fregadero. Ellos no se hablaban ni se miraban. La cara de Tom, con aquellas gafas, podría haber sido la de un chaval de mi edad. Cabello oscuro, sin calvicie incipiente como mi padre.

Puse los faroles sobre la mesa y luego llevé mi petate al lugar entre los árboles donde solía dormir. Terreno llano y agujas de pino.

Tom preparó el almuerzo, como de costumbre. Pan y fiambre y queso dispuestos sobre la mesa, ketchup y mostaza. Nos sentamos los cuatro en los bancos, mi padre y mi abuelo en el lado de arriba, Tom y yo un poco echados hacia atrás por la gravedad en el lado de abajo. La mesa nunca había estado horizontal.

Cada cual con su cuchillo de caza, de hoja larga y ancha. Mi abuelo cortando su emparedado en tiras, como cecina. Sin manteles individuales, simplemente las viejas tablas manchadas de la mesa y nuestros cuchillos mordiendo la madera al cortar. El filo grueso en la parte superior, acanalado, curvándose en el extremo hasta formar una punta estrecha. Cada emparedado cortado de manera diferente, el de mi padre en diagonal, el de Tom por la mitad, el mío en cruz, cuatro pedazos. Y cuando terminamos de cortar, cada cual hincó su cuchillo en la mesa, donde quedaron enhiestos como cuatro pilares entre los platos. Siempre que veníamos aquí era lo mismo, solo que esta vez nadie hablaba. Nadie tenía nada que decir. Las cigarras dando al aire una textura sólida, con pausas. Moscas, los grandes tábanos capaces de pegarte un buen bocado en la muñeca o el tobillo. Solo nos movíamos para masticar o para ahuyentar las moscas, los cuatro con la mirada baja.

Más arriba los pinos se mecían con la brisa y luego quedaban en silencio otra vez. El agua en el cauce. Calor en aumento procedente del prado, adentrándose en los pinos y la sombra.

Bueno, dijo mi padre, y se levantó para ir hacia su petate, un poco más lejos entre los árboles.

Mi abuelo abrió un paquete de galletas saladas y metió un puñado en un

tazón de plástico. Vertió leche encima y se puso a comer con una cuchara.

Tom se levantó sin decir palabra y fue hacia su petate. Yo me quedé escuchando masticar al abuelo. Sonidos líquidos, chupeteos. Mediodía y solo los insectos parecían tener ganas de moverse.

Bueno, dije yo, y me fui también a mi petate, un viejo saco de dormir verde, del ejército. Estaba demasiado caliente para meterse dentro, de modo que me tumbé encima y contemplé los pinos y el azul del cielo. Toda la visión concentrándose en el centro, los pinos ascendiendo hacia el firmamento pero sin moverse de sitio, como si pudieran arrojar sombras de sí mismos constantemente, volando hacia el cielo pero sin perder por ello la más mínima solidez. El mundo entero una especie de vaho emanado de lo que no iba a cambiar.

El suelo sobre el que me encontraba podría haberse deslizado montaña abajo, podría haberse hundido quién sabe hasta qué profundidad, o así lo parecía. Éramos cuatro puntos, y un quinto colgando de un gancho. El resto solo telón de fondo.

¿A qué viene que cacemos? ¿No es acaso para regresar a algo más antiguo?
¿Y no es Caín lo que nos esperaba en toda época anterior?

Cuando nos despertamos más tarde, fue para hacer los preparativos de la batida vespertina. El aire había refrescado, ya no era un aire pesado y muerto. Una promesa al término de cada día, una estimulación. Las sombras de los árboles extensísimas, uniformes franjas oscuras inclinadas a la par. Cada amarilla brizna de hierba del prado alineada también, grabada, viva en su perfil, y los helechos más altos que flanqueaban el arroyo dibujando en el espejo de agua franjas primitivas.

La brisa había arreciado en las copas de los pinos, dando un sentido de urgencia a nuestros movimientos. Mi padre, mi abuelo y Tom cogieron sus rifles y cartuchos, cantimploras y prismáticos, chaqueta oscura y sombrero. Formas sin voz en aquel bosque, huraños y lacónicos, despertados de entre las sombras.

Podríamos haber sido cualquier partida de hombres en una época cualquiera. La cacería un modo de retroceder mil generaciones en el tiempo. El primer motivo para juntarnos: matar.

No se me permitió coger el rifle. Desarmado, un intruso en la batida que tenía que ser mi iniciación. Esto me enojó de tal manera que no habría sido capaz de expresarlo con palabras. Monté en la trasera de la camioneta y esperé.

La plataforma despejada y vacía, lo que iba a permitirme viajar de pie, los hombros por encima de la cabina. Deberíamos haber ido al bosque a pie, pisando con sigilo, semiocultos por los árboles y al acecho de una cornamenta, una sacudida de orejas o una mancha de un marrón más claro que el fondo. Parando para escuchar. Pero mi abuelo se había convertido en una cosa medio moderna, una obesidad a reventar de insulina y pastillas e incapaz de andar kilómetros por el bosque. Un millar de generaciones, decenas de miles de años, terminaban con él. Obligados a ir en camioneta y a cazar con un motor de fondo, tan ruidoso que los venados notaban nuestra presencia desde kilómetros de distancia. Desconectados del suelo, rodando sobre neumáticos que producían todo tipo de ruidos y que dejaban un rastro

ajeno e inverosímil.

Miré a mi abuelo mientras recogía y vi cómo arrastraba los pies y me pareció imposible ser un descendiente suyo. Sus rasgos faciales en franca retirada, dejando nada más que extensiones de carne como moco de pavo.

Mi padre iba camino de tener esa misma cara, mentón y mejillas fofos. No intercambiaban palabra, los tres, se movían con el máximo sigilo, de lo más ridículo puesto que dentro de un momento el motor arrancaría. Montaron en la cabina colocando los rifles entre sus rodillas y cerraron las puertas con delicadeza, apenas un clic en cada lado.

Luego el motor y marcha atrás y el giro y ya estábamos rodando, y a quién le importaba lo que pudiese haber en la carretera. Yo ni siquiera podía mirarla. Qué sandez de cacería. Yo era el observador, pero solo veía árboles. Primero el bosque viejo, seguido del nuevo, la parcela de terreno que había sido talada pocos años después de nacer yo, los árboles delgados y separados, una repoblación, las zonas intermedias llenas de desperdicios. Hierba, helechos, avena venenosa habían enrojecido con el otoño, eran como ramilletes, un paisaje de desecho esperando a arder, todo ramas pequeñas dejadas por los leñadores y todavía en proceso de putrefacción, atorando cada vereda, formando un falso suelo.

Di un puñetazo en el techo de la cabina y mi padre frenó. Se abrieron las puertas y Tom fue el primero en salir por el lado derecho, el rifle pegado ya al hombro. Después mi padre por el izquierdo, levantando su rifle también.

¿Dónde está?, preguntó Tom. Su voz ronca y alta pese a que intentaba susurrar. ¿Dónde está el ciervo?

Señalé en la dirección donde el bosque nuevo descendía hacia la maleza y hacia una parte del rancho donde no íbamos a cazar. Tan cerca del campamento nunca encontrábamos venados.

¿Qué era?, preguntó mi padre.

Un macho grande, dije. De tres puntas, creo, pero estaba saltando y se movía muy rápido hacia la maleza.

Mi padre echó a correr en aquella dirección, Tom en su flanco derecho y yo siguiéndolos. Difícil encontrar buenos puntos de apoyo. Ramas pequeñas y tocones aserrados y hoyos por todas partes, pero la parte superior de mi padre flotaba como provista de muelles, mirando exactamente hacia el punto que yo había señalado, buscando al ciervo. Sus piernas y sus botas afanándose debajo, como desconectadas de él.

Volví la cabeza y pude ver a mi abuelo muy atrás, renunciando a la persecución, y mientras sonreía tropecé y me di de bruces contra una mata de

avena venenosa, grasienta maldición que al día siguiente me tendría la cara, el cuello y los brazos hinchados. Pero me dio igual. Formaba parte de la cacería. Me levanté y corrí tanto como pude, tratando de alcanzar a los otros dos. Tenía ganas de chillar a voz en cuello, porque lo estaba pasando en grande. Si no iban a dejarme cazar, nos dedicaríamos a perseguir ciervos fantasma por el peor terreno que aquel paraje podía ofrecer.

Corriendo derecho hacia el sol, que estaba bajo en el horizonte. Tom sujetando el rifle con ambas manos, salvando todos los obstáculos, saltando como una liebre. Mi padre en cabeza, más agachado y sereno, el rifle en una sola mano.

La forma había devenido color. Mis pies buscando el marrón claro de la tierra, planos, evitando las sombras más densas de ramas caídas y el gris blanquecino de los tocones o lo podrido rojo oscuro. El amarillo apenas una ilusión, un cedazo, lo mismo que el aire, insustancial. Hierba seca era por donde vadeábamos, en algunos sitios me llegaba por la cintura, y yo zigzagueando para esquivar cardos, sus verdiblanco espigas lechosas.

El truco era mirar mucho más adelante. Podías tropezar solo si mirabas demasiado cerca, si te preocupaba lo que estuviera pasando en ese instante. Pero si mantenías una visión más amplia, la mirada puesta en el sol al fondo, no te caías.

Mi padre y Tom dos sombras en esa luz, semipresencias, perdiendo sustancia por momentos, convirtiéndose en movimiento sin peso. Un brazo echado hacia atrás, a media zancada, captaba la luz del sol y el cuerpo volvía a ser cuerpo otra vez, pero luego entraba de nuevo en la sombra que se extendía hasta donde yo estaba y mucho más allá.

Avanzaban cada vez más deprisa, los estaba perdiendo, me iba rezagando, pero entonces Tom daba un salto y la altura de su sombra pasaba por encima de mí y la brecha abierta entre nosotros se fundía. Él podía expandirse o hundirse sin dejar de estar a escala en todo momento, y en cada uno de esos momentos todo cuanto había a su alrededor crecía, hasta la última sombra alargada de todos aquellos delgados árboles, el mundo estirándose hacia mí conforme yo corría.

Mi padre un volumen más constante, siempre medio agachado, su gravedad diferente. Daba igual que el ciervo fuera inventado. Yo sabía que mi padre lo iba a encontrar, que haría aparecer uno. Dispararía sin detenerse y el estampido resonaría de ladera en ladera, rebotando en las cumbres.

Lo que queríamos era correr como lo estábamos haciendo, perseguir a la presa. Ese era el sentido. Corríamos por el gozo y la promesa de matar.

Yo me notaba los pulmones, pero era porque sabía que no había ningún ciervo que cazar. Ellos, los hombres, seguramente no notaban nada, el dolor anestesiado por la adrenalina. No había goce más completo e inmediato que matar. La mera idea de hacerlo era ya mejor que cualquier otra cosa.

Las botas me pesaban a medida que iba perdiendo de vista a los hombres y me concentraba en las ramas y troncos y matorral y hierba que me salían al paso. Procurando no caerme. Miedo a las serpientes, miedo a torcerme un tobillo o romperme una pierna. Había despertado del sueño a golpes, pero mi padre y Tom seguían soñando.

Me detuve, doblado por la cintura, las manos en las rodillas, tratando de recobrar el resuello. Si lo pienso ahora, es extraño que un chaval pudiera llegar a cansarse, pero recuerdo bien el martilleo en el pecho y que estaba mareado y que todo era excesivo. Recuerdo que después eché a andar por aquella alfombra de hojarasca y que llegué a unas matas de avena venenosa tan intrincadas que solo cabía atravesarlas. Los bordes, satinados y de un verde ceroso, se volvían rojos, como si la planta se hubiera envenenado a sí misma y estuviera pudriéndose y agonizando sin dejar de secretar veneno. Qué pintará esa planta en este mundo.

Donde se tala el bosque es donde crecen plantas más malignas, plantas que luego pelean entre sí para estrangularse. Cardos y ortigas, encinos y avena venenosa, abrojos, pinchos y espinas. A un sitio así había enviado yo a mi padre y a Tom, y tenía que seguirlos.

Nos adentramos en aquel reino del olvido y seguimos adelante, el terreno describiendo una suave curva descendente. El sol, en declive, centelleaba desde la montaña más alejada para desaparecer después, el cielo todavía luminoso, el planeta rotando bajo nuestros pies. Los tres separados ahora, solos, en la ladera, oyendo nuestros propios pasos y el rumor de la sangre con un trasfondo de brisa, el aire caliente ascendiendo desde el valle.

Ni yo los llamé ni ellos me llamaron a mí. Seguimos cada cual su camino, por separado, esperando el momento en que el cielo, al perder luz, nos obligaría a volver a la camioneta prácticamente a oscuras, cada uno de nosotros sabedor de cuándo se produciría ese momento. Y aunque seguíamos caminos diferentes, sabíamos que íbamos a llegar al mismo tiempo.

Caminando en un vacío. La verdad de todo paisaje. Cuando te quitan la promesa de matar, el matorral es cosa sin nombre, hay una docena de variedades pero todo es seco y busca la luz y es compacto e implacable, crece muy pegado entre sí haciendo la huida más difícil. El cielo nuevo y viejo y nada, la tierra insustancial. Seguimos andando porque no queda otra cosa que

hacer.

Mis manos estaban vacías, sin rifle. Lo bueno es coger el rifle por la culata y apoyar el cañón en el hombro. El peso del mismo abriendo un surco en tu pescuezo. El balanceo del arma según vas caminando, el peso y el calor todavía en ese cañón. Y en matorral más alto, pasar la otra mano por encima del cañón y llevar el rifle sobre los dos hombros. Se convierte uno en un gigante, con el rifle así. La distancia entre los hombros y el suelo aumenta, y puedes vadear cualquier matorral sin quedar atascado. A todo eso acechando posibles movimientos a un lado o el otro. En un momento puedes bajar el rifle y hacer fuego. Un pie quedaría atrás para mantener el equilibrio, pero uno jamás habría pensado en ponerlo allí. Y aunque no llegues a percibir movimiento ni a apuntar con el rifle, siguen siendo dos, uno mismo y el rifle, los que caminan por ese vacío, y la noche a medida que se acerca resulta amigable.

Pero sin rifle el aire es aire y nada más, y uno no sabe qué hacer con las manos. Brazos en alto, sí, como escudo contra matas y espinos, pero las manos en sí mismas inútiles, y el matorral cada vez más crecido y no hay modo de orientarse, el rastro que uno deja sinuoso como el de una serpiente. Sepultado en matorral, una inmensidad arbustiva, y cada paso un gran esfuerzo.

Me abrí paso entre enormes matas de avena venenosa hasta que conseguí salir por el otro extremo y atravesar un yermo más despejado. Estaba demasiado oscuro para ver la camioneta pero quedaba luz suficiente para abrir camino, todo calibrado a la luz desde antes de que yo naciera, mis pies también, lo mismo que mi respiración y mi sangre e incluso mis pensamientos, aunque pensara en nada.

Nos detuvimos junto a la camioneta mirando al suelo o al cielo.

Demasiado oscuro para seguir el rastro, dijo finalmente mi padre. Pero mañana lo encontramos seguro.

Hacía mucho que no íbamos por esa parte, dijo Tom.

Años, dijo mi padre. Más que eso.

Puede que allí no haya nada.

Puede. Lo decidiremos por la mañana. A ver cómo pinta la cosa.

Allí los cuatro, presencias más oscuras que la propia noche, que se había vuelto fría. El aire demasiado fino, no conservaba el calor una vez desaparecido el sol, pero sí en cambio un pequeño atisbo de luz. Lo suficiente para ver que mi padre y Tom sostenían sus respectivos rifles en el pliegue del brazo, el cañón apuntando hacia abajo. Mi abuelo con el suyo colgado del

hombro por la correa. En la oscuridad, una sombra puede moverse a placer, y si yo pestañeaba o desviaba un momento la vista, los hombres parecían acercarse o alejarse.

Puede que allá abajo no haya nada, insistió Tom.

Puede, dijo mi padre. Pero hemos visto uno.

Que hemos visto uno, dice. ¿Tú has visto alguno, o la menor señal de que lo hubiera?

No, dijo mi padre.

Era un macho grande, intervine yo.

Ya te hemos oído, dijo Tom. A contraluz del sol, me imagino. Como si estuviera en llamas. Las cuernas encendidas, y brincando a toda mecha por esa maldita selva.

Sí, dije.

Y mientras estábamos mirando, va y desaparece.

Sí.

Bueno, dijo mi padre. Ya basta.

Nunca hemos visto un macho grande tan cerca del campamento, dijo Tom.

Eso no significa que sea imposible, dijo mi padre.

¿Cuántos años?, preguntó Tom.

Pasaban murciélagos, fragmentos de noche sueltos y lanzándose en picado entre nosotros. Aleteo silencioso.

Lo que pasa ahora no tiene nada que ver con lo que pasó antes, dijo mi abuelo.

Claro que tiene, dijo Tom.

¿Y qué cosa de antes nos avisó de que este le pegaría un tiro al furtivo?

No es lo mismo.

Claro que lo es.

El frío empezando a hacer mella. Tantas veces la misma escena repetida, congregados junto a la camioneta, a oscuras, después de una batida. Pero esta vez no olía a azufre. Eso faltaba.

El ciervo ese podría estar allí o podría no estar, dijo mi abuelo. Es imposible saberlo.

Empieza a hacer frío, dijo mi padre. Volvamos al campamento.

Os habéis vuelto locos los tres, dijo Tom. Sí, los tres.

Mi padre abrió la puerta del lado del conductor y la luz se encendió. Única luz en toda la falda de aquella montaña, y vi cómo le raleaba el pelo cuando agachó la cabeza para subir. Después Tom para ocupar su sitio en el medio, el

cañón del rifle apoyado en el hombro, y finalmente mi abuelo.

Yo me senté en la plataforma, atrás, y me acurruqué contra el frío mientras la camioneta serpenteaba y el motor gemía, y al poco rato estábamos ya en el campamento.

Mi padre encendió el farol antes que nada, cebándolo a oscuras y prendiendo después las mechas, como bolsitas de té encendidas. Las llamas se contrajeron, volviéndose de un blanco cegador al abrir él un poco más la válvula, sonido de caldera, un suave fragor.

Dejó el farol cerca de la parrilla y preparó un fuego en el hoyo al lado de la mesa. Grandes fósforos de cocina Blue Tip y papel de periódico, leña muy menuda y luego los troncos que habíamos traído ya partidos. Mientras Tom preparaba la cena, los otros aguardamos sentados en sendos leños grandes. La lumbre crecida y desprendiendo calor, los tres inclinados hacia el fuego. Chispas que se elevaban hacia los pinos. El fuego separándonos de todo lo demás. Lo primero que distinguió al ser humano. Cazar en grupo era anterior, pero también lo hacían los animales.

Pocas cosas hay más antiguas y más humanas que sentarse junto a un fuego. Cómo envuelve la llama un pedazo de madera y lo ilumina, el aspecto tan blando de la llama, y cómo parece que nada puede ocurrirle a la madera. Rubia todavía por debajo, visible a través de la llama. La transformación en materia negra pasa inadvertida hasta que ya es un hecho.

El borde de una llama jamás se rompe o se desgarra. Puede adoptar cualquier forma pero todos los cambios son fluidos, todos sus bordes redondeados, cada ola nueva nace de la anterior, se completa y desaparece. Solo en el fuego o el agua podemos encontrar un corolario al misterio experimentado, un rostro para aquello que tal vez somos, pero el fuego es más instantáneo. En el fuego nunca nos sentimos solos. El fuego es nuestro primer dios.

Mañana podríamos cazar en los claros, dijo mi abuelo.

Tenemos que volver a por ese ciervo, dijo mi padre.

Sabes muy bien que no hay ninguno.

Tres generaciones con la vista fija en aquel fuego, las primeras brasas, el naranja que irradiaban, más oscuro cuanto más caliente. La leña organizándose conforme se iba consumiendo, segmentándose en ascuas rectangulares. ¿De dónde surgió este orden?

Eso no lo sabes, dijo finalmente mi padre.

Lo que sé es que él no está bien, dijo mi abuelo. Algo tiene dentro que no está bien. Y lo que deberíamos hacer es matarle ahora mismo y quemarlo en

esta fogata.

Estás hablando de mi hijo, de tu nieto.

Por eso mismo hemos de encargarnos nosotros de hacerlo.

Ni el uno ni el otro me estaban mirando. Hablaban de mi persona como si yo estuviera a millones de kilómetros.

Antes te mataría a ti, dijo mi padre.

Eso ya lo sé, dijo mi abuelo.

A la luz de la lumbre sus rostros dos versiones de lo mismo, solo separadas por el tiempo. Mismos ojos dirigidos a las brasas, mismas manos abiertas, solo diferentes en la superficie. Piel más vieja, y mi abuelo hinchado y endeble. Pero si fuera posible atravesar la grasa, retroceder en el tiempo, encontraríamos al mismo hombre.

Lo que no consigo recordar es qué entendí yo entonces. Sé que oí a mi propio abuelo decir que había que matarme y quemarme, pero no recuerdo qué es lo que sentí al oírlo. Creo que no sentí nada, porque es nada lo que recuerdo. Tal vez hubo ira. Cuando uno no logra entender, la ira siempre está a mano. Pero yo no podía haberme sentido identificado, y, por algún motivo que se me escapa, no sentí ningún miedo.

Cada momento que pasa las cosas se nos complican más, dijo mi abuelo. Minuto a minuto. Ese cadáver ahí colgando es como un reloj.

Eso es verdad, dijo Tom. Una voz venida de fuera, nadie lo había invitado a participar. Olor a filetes y a cebolla en la parrilla, de vez en cuando un chisporroteo de grasa colándose entre los ruidos más secos de la fogata.

Quizá que no te metas, dijo mi padre.

Ojalá pudiera, dijo Tom. En serio. Ojalá pudiera borrar el momento en que os conocí. Perdería todos esos años solo por evitarlo.

Nos conocimos cuando ni siquiera teníamos memoria.

Pues lo borraría todo.

Tu vida entera, entonces.

Mi vida habría sido diferente, eso es todo, y al margen de lo que hubiera pasado, seguro que me habría ido mejor de lo que me va ahora.

Eso es miedo, dijo mi abuelo. Es el miedo el que habla, y nunca dice la verdad.

Os lo pido por favor, dijo mi padre. Callaos de una vez. Tenía la cabeza gacha como si estuviera rezando, la boca apoyada en sus manos juntas, acodado en las rodillas. Los ojos cerrados. Rezándole al fuego y el fuego dibujando formas delante de él, la forma de todos y cada uno de los animales que hayan existido jamás, una convocatoria atávica a la que mi padre era

totalmente ajeno. No podemos ver esas formas en nosotros mismos y no podemos verlas en el tiempo. Solo recordarlas. Si volvemos y buscamos, es posible encontrar portentos de toda índole, cada momento de nuestras vidas hablándole a todos los otros momentos.

El cadáver sigue ahí colgado, dijo mi abuelo. No os dais cuenta de que lo que hagáis o digáis o penséis ya no importa.

Haz el favor de no decir nada más, le cortó mi padre.

Mi abuelo se levantó entonces y pisó la lumbre. Su bota, con todo aquel peso encima, aplastando ramas medio quemadas y rescoldos, una colmena de chispas, y luego retrocedió, intacto todo él. No era cosa que pudiera quemarse y el fuego había quedado desbaratado, la piezas de leña ahora individuales, llamas reducidas a sus orígenes y no más altas ya de unos cuantos centímetros.

Continuó andando hasta la mesa, ocupó su puesto en la parte alta, cerca del árbol y el arroyo. Se sentó pesadamente y sacó el gorro que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, un viejo gorro de tela escocesa verde con orejeras. Sin expresión alguna, mirando fijo al frente, hacia la oscuridad donde estaba colgado el furtivo, y la arpillera marrón captó la luz de aquel fuego ahora menudo.

Mi padre dio la espalda a la lumbre, sentado en su tocón con las manos en los bolsillos y mirando cuesta arriba, hacia la base de la montaña más alta, los árboles destacándose apenas en la oscuridad. En ese momento deseé poder hablar con él, pero ¿qué nos habríamos dicho?

Tom puso los platos de papel encima del banco, fue sirviendo carne y cebolla y rebanadas de pan en cada uno y los llevó a la mesa. Él y yo nos sentamos, como siempre, en el lado de abajo. Empezamos los tres a comer y al cabo de un rato mi padre lo hizo también y comimos sin intercambiar palabra. Solo se oía el masticar, el fragor amortiguado del farol, el agua murmurando en el riachuelo, el viento más arriba en los árboles. Podríamos haber estado solos, cada uno de nosotros, cosa que ahora me resulta de lo más extraño. Es algo que no comprendo, por qué nunca hubo más conexión. Cuando rebusco en mis recuerdos, la conclusión es que siempre fue así, que los momentos pasados con mi padre o mi abuelo o Tom fueron momentos de soledad. Más extraño aún es que esos momentos me importen siquiera, pero al fin y al cabo eran las personas más próximas a mí. Mi madre se había marchado antes de que yo tuviera conciencia, mi abuela había muerto, y aquellos tres hombres eran todo lo que yo tenía. No conocía otra cosa, y supongo que por eso mismo en su momento me pareció normal que hubiera

distancia, las cosas eran así y punto. Como me parecía inevitable que fuéramos a estar juntos toda la vida.

Terminamos de comer y Tom tiró los platos de papel a las brasas, donde prendieron y se abarquillaron antes de extinguirse. Luego lavó los tenedores y la parrilla y se secó las manos con un paño y fue hacia los árboles donde tenía puesto el petate.

Mi padre se perdió también de vista en la espesura. Y luego mi abuelo, teniendo que usar las manos para ayudarse a ponerse de pie, y aquel andar tambaleante hasta su colchón, el sonido de los muelles, oxidados y viejos, cuando se instaló en su saco de dormir.

Yo me quedé sentado un rato más escuchando el agua y el siseo de la lámpara, dos sonidos de mundos diferentes que sin embargo casaban bien porque ambos estaban presentes en mis primeros recuerdos. Cualquier cosa puede acabar resultando familiar y predestinada.

Cerré el gas del farol. Pérdida inmediata de luz, el agua crecida, un fulgor rojo en los bordes de las mechas como bolsitas de té, hasta que eso se extinguió también y ya solo quedó el agua y la negrura y luego los puntos luminosos de las estrellas apareciendo sobre el negro perfil de las copas de los árboles.

El mundo antiguo. Sonidos de agua y de brisa, la montaña únicamente iluminada por las estrellas. Un grupito de humanos durmiendo en el suelo entre los árboles, esperando que amanezca para ir a cazar. En todo este tiempo no ha cambiado nada, en ningún rincón del mundo.

Fui hacia los árboles para acostarme, extendí mi saco de dormir y me metí dentro, y ahora pienso que me habría gustado dormir bajo unas pieles. Ojalá, pienso, hubiera podido retroceder en el tiempo, porque si logramos ir lo bastante atrás, no se nos puede hacer responsables de nada.

El mundo exprimido, ni el menor soplo de aire, y yo con las costillas aplastadas, inmovilizadas. Un peso enorme, y cuando desperté tenía a mi abuelo sentado encima. Una mano en la cara, empujándome la cabeza contra el suelo, la otra mano suspendida en el aire, blandiendo su cuchillo, dispuesto a rajarme el pescuezo como a un animal en un sacrificio cualquiera.

Mis piernas que se movían solas, pateando el suelo, y mi brazo izquierdo, el que tenía libre, dándole de puñetazos en las costillas, pero por lo demás inmovilizado.

Él me miraba, su rostro ancho e informe y de color de hueso al claro de las estrellas. Sin reconocermelo, solo una inexpresiva mirada a la oquedad del mundo y el brazo en alto, listo para asestarme la cuchillada.

Yo podría haber gritado, pedido ayuda a mi padre, pero habría hecho falta tiempo y secuencia, una acción seguida de otra, y mi abuelo encima de mí con aquel cuchillo estaba fuera del tiempo. Ese momento una eternidad y simple instante a la vez, y contenía todos los otros momentos vividos entre él y yo.

Ruedas hidráulicas en el arroyo, los gruesos dedos del abuelo sujetando un clavo increíblemente pequeño contra una tablilla de madera, golpeando luego con un martillo, ligeramente, cuidando de no partirla. Poniéndola vertical en la corriente y la rueda que empezaba a moverse al instante, un latir en su rotación, una pausa inmediatamente después de emerger del agua, y aquel latir un reflejo de nuestra propia sangre.

Aquellas manos en el muelle al borde del lago sosteniendo un siluro al claro de luna. Resbaladizo sueño oscuro creado a partir de agua, de agua y barro y de lo que sea que anide en todo ser vivo, boqueando con sus fauces adornadas de barbillas, una mezcla de fealdad y belleza fuera de todo lo imaginable. Manos que no vacilaban al arrancar el anzuelo del interior del pez aunque se enganchara en todas las vísceras, aunque hubiera que sacar el estómago entero por aquella boca. Y mientras tanto la cola barriendo el aire, un aire carente de espesor, nada contra lo que empujar, y la carne en pliegues, la piel floja, inventada con prisa excesiva.

El lago con su sempiterno hálito estancado, podredumbre de carpas muertas y de aves atrapadas en los juncos, podredumbre de algas sobre las

rocas, asándose cada día al sol para exhalar cuando llega la noche. El aire preñado de agua y de descomposición y los siluros saliendo de allí, mi abuelo hecho también de eso. Una presencia sin comienzo puesto que siempre había existido.

Esperé a que cayera el cuchillo. No podía hacer nada para impedirlo, mi garganta al descubierto y el resto sin recursos. Mi abuelo tan inmenso e insensible como las montañas.

Ahora, claro, no puedo evitar pensar en Abraham e Isaac y me pregunto si todas las historias que hay en la Biblia no vendrán de Caín. ¿Un acertijo, entonces, poner a un hombre a prueba y luego ver que vale porque está dispuesto a matar? ¿Caín como nuestra bondad, nuestra fe, nuestro instinto asesino como salvación? De la Biblia es imposible extraer consejos. Solo confusión.

¿Y qué significado tiene que fuera mi abuelo, no mi padre? ¿Cómo interpretamos nuestras vidas cuando la historia se aparta de lo que conocemos? Un abuelo se remonta a más atrás, es más padre que el padre propiamente dicho. Para él, el sacrificio es mayor, se proyecta todavía más en el futuro, pero él tampoco siente nada, así que ¿existe tal sacrificio?

Mi abuelo no venía de dios, estoy convencido. Venía de algo más antiguo, irreflexivo, insensible. Venía de algo tan real como los astros, de un lugar sin reconocimiento, anterior a los nombres. Y lo que él ofrecía era la aniquilación.

Pero no aquella noche. Aquella noche el filo no cayó. Mi abuelo se puso de pie y el aire volvió a inundar mis pulmones. Él dio media vuelta y regresó a su jergón. Mensajero sin mensaje, enviado para nada. Me quedé quieto con el corazón en un puño y el oxígeno llenándolo todo y tuve que extender los brazos para no caerme del suelo donde estaba tumbado.

Olía todavía a humo de leña, el último humo, y de vez en cuando crepitaba un rescoldo. Oí murmullo de agua y el viento cobrando fuerza mientras la sangre fluía en mis sienes, y no supe dónde podía esconderme. Todos los lugares eran peligrosos.

Esperé hasta que mi pulso y mi respiración se aquietaron y esperé aún hasta que creí distinguir entre los suaves ronquidos de los hombres también los de mi abuelo, y entonces me levanté en calcetines, sin botas, y caminé despacio hacia el arroyo. Cada paso cuidadosamente puesto en las agujas de pino para asegurarme de que ninguna ramita pudiera crujir. Agachado, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, como un pájaro posándose en las sombras. El calor empezando a abandonarme, pues la noche era fría.

Atravesé el campamento y fui hacia la camioneta. No me encontraba lejos del muerto. Su saco blanco en la oscuridad, todo el color desvaído, y supongo que se me iba un poco la cabeza, porque me pareció ver que se movía. Un péndulo bailando en la noche, como había dicho mi abuelo.

Esperé con la mano en la puerta del conductor, aguzando el oído por si mi abuelo se movía, vigilando también al muerto, no fuera que hiciese algo, y cuando no pude esperar más, abrí la puerta y la luz de la cabina se encendió y mi mano encontró el rifle detrás del asiento, la culata fresca y el metal más frío; lo saqué de allí sintiendo su peso y luego cerré la puerta, apenas un clic, y la luz se apagó. De nuevo a oscuras, ciego. Indefenso si algo se acercaba a mí. Ya no veía al muerto en su saco. Retrocedí unos pasos, muy deprisa, agachado, el rifle a la altura del pecho, medio corrí —un mono marcha atrás— en dirección opuesta al campamento y me tumbé en la tierra apisonada de la carretera con la culata del rifle pegada al hombro, listo para avistar a cualquier hombre o bestia que intentara atacarme.

Tenía solo tres cartuchos en el rifle. Nada de munición extra. Procurando hacer el mínimo ruido posible, coloqué uno en la recámara, listo para disparar, el dedo índice acariciando el gatillo. Vulnerable en aquella carretera, a ambos lados bosque donde podía estar ocultándose cualquier cosa. Y mis oídos inservibles debido al latir de la sangre.

Tumbado en el fondo de aquel océano de aire. Pegado al mismo. La solidez, tranquilizadora. Bruma de unas estrellas tan lejanas que se me antojaban irreales. No ya estrellas específicas sino miles de millones, capaces de crear una avalancha de luz. Igual origen que mi abuelo, inalcanzable e inimaginable, y origen asimismo del muerto, y también el mío. Cada uno de esos orígenes un vacío de significado.

Demasiado frío aquella noche para dormir al raso en la pista de tierra. Aterido, me levanté en un paisaje transformado por la luna. La carretera un sendero blanco que serpenteaba cuesta arriba hacia un bosque más oscuro y denso allí donde habíamos acampado. El lugar elegido por nosotros, bosque adentro y lo más a cubierto posible.

Más arriba, grandes paredes de riscos y sierra mellada, largos taludes pálidos. Un instinto de pegarnos a la roca, y si hubiera habido una cueva, habríamos establecido el campamento allí dentro.

De pie y a solas en aquel frío, sentí la inmensidad, sentí lo pequeño que era yo en aquel momento. En calcetines, calzoncillo y una camiseta, no

entendía cómo había podido durar tanto. Solo el miedo me mantenía caliente.

Un silencio absoluto. Ni el menor sonido en aquel vacío. Y sin sonido, las distancias se confundían fácilmente. Los farallones imposibles de calibrar en tamaño. El mundo a la espera, montañas en todas las direcciones. El punto de quietud, cuando el aire se había igualado y no había brisa, y si el sol no salía nunca más, todo quedaría como estaba. Era posible desear eso cada noche, desear que la noche no terminase nunca.

Bajé con cuidado el martillo del rifle para que no se disparara. El metal del arma la cosa más fría de todas, de modo que procuré tocar solo la madera, sosteniendo el rifle al frente con ambas manos mientras caminaba hacia el campamento. Como el último elemento de una batida avanzando aún.

Dejé la carretera y subí entre árboles para llegar al campamento desde terreno más elevado. Grandes pinos con piñas esparcidas a su alrededor y ramas pequeñas caídas, lo que me obligaba a medir muy bien cada paso que daba antes de apoyar el peso. Andares como de ciego, sin inercia, cada pie tanteando en busca del suelo. Dispuesto a detenerme en cualquier momento.

En el bosque, la vista se sentía engañada. Si a la luz de la luna, en la carretera, cualquier sustancia era luz ribeteada de sombras, aquí la sustancia provenía de la oscuridad, daba la impresión de que el mundo podría haber sido creado así. *Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas cubrían la faz del abismo.* Así fue como empezó todo, antes de la luz. No ausencia de materia, sino antimateria. Un vacío prefigurador. El primer tirón que nos da forma.

Caminando por aquel bosque tuve que concentrarme en la oscuridad, porque la luz era insustancial y podía inducir a engaño. El bosque parecía crecer a medida que yo andaba, los vacíos expandiéndose, las distancias aparentemente más largas. Desde la carretera había podido ver el pinar entero entre las rocas arriba y la carretera abajo, enmuescado en la montaña, delimitado y finito, pero una vez dentro de él, los límites se desvanecían y veía aparecer terreno nuevo, pequeñas sierras y pliegues inventándose a sí mismos entre el lugar donde me encontraba y el campamento, y cada paso más lento que el anterior.

Solo contaba con mi rifle, lo llevaba de través frente al pecho, y no tenía escala con que medir, las cosas podían ser de cualquier magnitud, a mi alrededor todo cambiante, y me llevó un buen rato alcanzar la parte de más arriba del campamento, guiándome por el agua que caía en el fregadero y por los dibujos que la luna hacía en la techumbre que protegía la mesa y en la cabina de la camioneta. Más difícil localizar a los hombres allí donde

dormían, pero tuve cuidado, y vi el sitio donde mi abuelo había estado a punto de degollarme y eso me hizo sentir vulnerable y tuve miedo, tiritaba mirando detrás de mí y a los costados a cada momento, pero fui bajando poco a poco entre los árboles hasta que vi el blanco del colchón y la mole del abuelo encima.

Sostuve el rifle con el pulgar listo para tirar del martillo hacia atrás y consideré la posibilidad de cazar a mi propio abuelo. Él había estado en un tris de matarme y aún me parecía posible que lo hiciera. No me fiaba de echarme a dormir y poder contarlo luego.

Me apoyé la culata en el hombro y alineé la abertura de la mira trasera con la fina punta vertical del cañón, metal viejo que mi propio abuelo había manejado de muchacho, el rifle con el que mató su primer ciervo, y la mole oscura se volvió más menuda y amable por efecto del mortífero alineamiento de aleta y círculo, todo invento más frío y pequeño de lo que esperamos, su poder una transgresión, una rendija a los cielos, y eso calmó mis temores. Tiré del percutor con el dedo gordo, y ya nadie en el mundo tenía poder para detenerme. Pasara lo que pasase, lo decidiría yo. Y todo eso gracias al cazador furtivo. Ya no había nada que yo no pudiera hacer.

Pero al final bajé el percutor y luego bajé el rifle. No sé muy bien por qué no apreté el gatillo, como tampoco sé por qué antes sí lo había apretado. Las decisiones que tomamos no proceden en absoluto de nuestro consciente. Retrocedí con sigilo hasta mi saco de dormir, lo llevé un poco más arriba, entre los árboles, encontré un hueco detrás de un tronco caído, un lugar oculto a la vista, y me tumbé e intenté entrar en calor, abrazado al rifle y deseando conciliar el sueño.

La oscuridad un gran músculo que se tensaba, lleno de sangre, un ser vivo ya antes de que dios hiciera su trabajo. Sin primer aliento, más bien una animación anterior, un pulso, una presión. Esperé en la oscuridad, tumbado, y no me dormí, y lo único que tenía sentido era el espacio oscuro entre las estrellas, no las estrellas mismas. Eso era lo que vivía, lo que respiraba y se flexionaba. Debajo de mí el suelo se mecía suavemente, respondiendo al tirón, y yo estaba atrapado entre ambas cosas. Una especie de cepo sobre muelles, y mi abuelo, aquel corpachón tambaleante en la oscuridad, sus pisadas dirigiéndose quién sabía adónde.

Lo que no se deja comprender es el tiempo, por qué un pie cae cuando lo hace. Mi abuelo aguardando durante toda mi vida, y algo dentro de mí aguardando también.

Me pareció que no iba a poder dormir nunca más. Mi mente diáfana como el aire frío, completamente alerta, y cada momento expandiéndose casi hasta el infinito. Una noche más larga que mi vida entera hasta entonces. No hay escala ni medida en este mundo que sea siempre constante. Siempre estamos deslizándonos.

Pero al final oí el sonido del farol, Tom que se había levantado para preparar el desayuno, y los árboles aparecieron por encima de mí, creados en apenas un instante, transformados a partir de sus sombras, hechos en la luz, millares de agujas sin color verdadero, no verdes sino de un blanco amarillento, y sus gruesas piñas y ramas y los profundos surcos de sus troncos. Las distancias desaparecidas, los cielos borrados. El mundo se acható.

No pude oír el suave fragor de la lámpara, que tanto me gustaba, porque la fuente hacía demasiado ruido, pero sí metal contra metal, rozando y cortando mientras Tom trabajaba, y supe que al fin estaba a salvo. Mi abuelo no vendría a por mí, por ahora. El día había dado comienzo e iríamos a cazar los cuatro juntos y todo cuanto nos esperaba quedaría aplazado.

Permanecí dentro de mi saco de dormir, caliente, y la brisa empezó a soplar pese a que no había ningún atisbo de sol. Una prefiguración, el aire mismo impaciente por que empezara el día. Yo me imagino la creación así.

Una cosa esperada, una inquietud.

La luz del farol no firme sino latiendo lo bastante despacio para hacerse notar, una clase distinta de sol. Y nuestro campamento convertido en un universo enano, independiente de la oscuridad circundante. Me levanté, me puse los tejanos, las botas, la cazadora y el gorro, mi sombra dibujada enorme en la cuesta y los árboles de más atrás. Tom el más gigantesco de todos, movía un brazo y la zona donde yo estaba quedaba momentáneamente en sombras.

Enrollé y até el viejo saco de dormir y lo remetí bajo el tronco caído. Eché a andar lateralmente por la colina, el rifle en ambas manos y el cartucho aquel metido todavía en la recámara, a punto, y abordé el campamento desde una dirección distinta, cerca de la fuente y el caño y el arroyo, enmascarando así el sonido de mis pisadas.

Tom estaba de pie junto a la parrilla, a contraluz del farol. Verde oscuro moteado de su gorra de béisbol y su chaqueta de camuflaje. Una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo una espátula. Oyó algo, levantó la cabeza y me vio.

Un desayuno como otro cualquiera, dijo. Un día de caza cualquiera. Tú ahí con el rifle. Pero yo sé que no es lo mismo.

El rostro de Tom en sombras, pero su voz igual que la que yo había oído toda mi vida.

Uno no hace algo y pretende que no ha pasado nada. En cuanto volvamos a casa, lo primero que haré será hablar con el sheriff.

Tienes razón, dijo mi padre. Deberías entregarte por haber matado a ese hombre. Es lo más correcto. Mi padre al otro lado de la mesa, en la parte de abajo, su rostro a la luz del farol. Probablemente había ido a ver al muerto en su saco.

No estoy seguro de haber oído bien, dijo Tom. Se volvió hacia mi padre.

Puedes estarlo.

No, es imposible que te haya oído bien, dijo Tom.

Nuestro trabajo consiste en reunir pruebas, dijo mi padre. Yo he metido a ese hombre dentro de un saco y te he apresado a ti y te he traído junto con el cuerpo del delito. Hay tres testigos.

Serías capaz de hacer eso.

Sí.

Y estás seguro.

Lo estoy. Aunque tal vez no haya ninguna necesidad de ir a ver al sheriff. Es mejor así, ¿no crees?

Vaya. Tom se volvió de nuevo hacia la plancha. Las primeras tortitas están a punto, dijo. Id cogiendo platos.

Con el rifle al extremo del brazo, me acerqué lo justo para coger un plato. Tom me sirvió dos panqueques y luego me miró. Yo estaba en sombras y esta vez pude verle la cara, sin afeitarse y exánime, los ojos distorsionados tras los cristales de sus gafas.

Me senté en el lado de abajo de la mesa, evitando a mi padre. La culata del rifle entre mis pies y el cañón enhiesto junto a mi hombro derecho, cerca y protegido. Cogí al cazo de crema de champiñones que humeaba en el centro de la mesa y eché un poco sobre mis panqueques, blanco lechoso con pedazos oscuros, medialunas. Una crema espesa, condensada sin el añadido de agua.

Mi padre se sentó delante y aún así consiguió no verme. Yo como si no existiera. Se sirvió crema también y luego cortó un pedazo de tortita con su cuchillo. El rugir del farol, muy cerca sobre nuestras cabezas, el sonido dominante.

Mi abuelo vino de la oscuridad arrastrando los pies, y mi padre se levantó para hacerle sitio y que pudiera pasar las piernas por encima del banco. El trabajoso sonido de su respiración, pulmones demasiado pequeños para tanta corpulencia, el corazón del tamaño de una nuez. Todas sus vísceras encogidas, al final se le podría cortar a pedazos y no encontrar otra cosa que grasa.

Le pusieron un plato delante y él se puso salsa y empezó a masticar antes incluso de que la comida estuviera en su boca.

Mi padre cortando perfectos triángulos de doble capa, como hacía siempre. La misma cantidad de salsa en cada bocado, masticando aproximadamente la misma cantidad de veces, todo tan ordenado.

Y luego Tom, metiendo las piernas bajo la mesa a mi lado. En su plato tres panqueques, no dos. Se sirvió de aquella salsa blanca y empezó a cortar con el tenedor, a la buena de dios, avanzando hacia el centro del panqueque sin recortar los bordes. Cosa que a mi padre, que miraba de reojo, siempre le fastidiaba. Y de repente dio la impresión de que podía ser un día de tantos, levantarnos muy temprano, antes de que saliera el sol, mi padre mirando de reojo el plato de Tom y conteniéndose de hacer comentarios. El farol y la fuente. La brisa que se levantaba.

El muerto haciendo el indio dentro del saco, un bufón amordazado. Volví la cabeza y allí estaba, meciéndose un poquito al viento, aguantando la risa, la barbilla pegada al pecho, los ojos cerrados.

Yo entiendo que ha ocurrido algo, dijo mi padre.

Aleluya, exclamó Tom.

Pero pensad en lo que habéis sugerido vosotros dos. Primero matar y quemar a mi hijo, y eso viniendo de su propio abuelo, que, según parece, ha perdido la cabeza.

Mi abuelo se hizo el sordo. Sus mandíbulas en movimiento automático como las de una vaca, la expresión ausente.

Y luego la brillante idea de ir a ver al sheriff para poder explicarle cómo ocurrió esto y por qué lo trajimos aquí y lo metimos en un saco, etcétera, etcétera. Tendremos tiempo de sobra, vestidos con el pijama a rayas, para ir explicando cada cual su historia.

Aún hay tiempo, dijo Tom. Por ahora solo es uno el que ha cometido un crimen.

No, dijo mi abuelo. Eso no es verdad. Estaba mirando al muerto, como si le apuntara pero desde una gran distancia, sobre la mesa el puño con el tenedor asomando.

¿Y cuál es tu brillante idea?, preguntó Tom a mi padre.

Enterrarlo, dijo mi padre.

Enterrarlo, repitió Tom. Claro, un bonito sepelio cristiano. ¿Invitamos a su madre?

Es fácil, dijo mi padre. Con tanto terreno alrededor y dado que nunca hay nadie, será imposible registrarlo todo. Vamos al sotobosque, cavamos un buen hoyo, lo enterramos y a otra cosa, mariposa.

Como si no hubiera pasado nada.

Exacto.

Y cuando vengan a buscarle, ¿qué?

Que busquen. Nosotros no sabemos nada.

¿Y qué pasará cuando vean la sangre en el sitio donde cayó muerto?

Nada en absoluto. No hay cadáver. Y nosotros no sabemos nada.

No sabemos nada.

Eso digo.

Y tu hijo tendrá la boca cerradita, ¿no? Durante toda su vida. No se le escapará decir algo en la escuela.

Claro que no.

El problema no es el tipo que está en el saco, dijo mi abuelo. Aunque lo entierres, no solucionarás nada.

El zombi de mi papá dándoselas de puto filósofo.

¿Zombi?

Sí, papá, un muerto viviente. Con menos vida que un pedazo de madera.

Y ahora, de repente, cuando me vendría bien que me echaras una mano, hete aquí a Aristóteles. Joder. Paparruchas. Solo sé que no sé ni lo que me sale del propio culo. Hacer algo es no hacer nada. Y bla bla bla.

El puño con que mi abuelo sujetaba el tenedor se movió a una velocidad inesperada para mí. De pronto el tenedor estaba clavado en el antebrazo de mi padre, allí donde este se había subido la manga, los dientes clavados hasta el hueso y mostrando ya los bordes rojos. Fue tan repentino que el tenedor casi parecía formar parte natural de aquel brazo.

A continuación el aullido de mi padre al arrancarse el tenedor, puntitos rojos en el aire, rojos a pesar de la luz chata, y mi padre trabándose con aquella mole, una colisión que revertió el tiempo, que cogió lo que había parido y lo encontró entero otra vez, una masa cayendo hacia atrás, suspendida, una caída blanda y continuada, casi un acto de amor, la cara inferior de las botas ondeando por encima de la mesa y un golpe sordo de carnes chocando contra el suelo, una suerte de berrido que me resultó irreconocible, y nada que se hubiera puesto en marcha iba ya a cesar. Volteretas y gruñidos y la mesa me tapaba la vista, de modo que me levanté, al igual que Tom, y vimos cómo aquel amasijo iba avanzando hacia el país de las ruedas hidráulicas y los islotes y los canales, y aquellos gigantes humanos, a veces separados, a veces trabados, se levantaban y caían en aquella región, el agua un registro del movimiento, grandes chapoteos y salpicaduras ahora a la sombra del árbol pero las gotas provistas de luminosidad, un azul pálido incluso en pleno aire, y yo ya al borde del agua con el rifle en las dos manos, y mi padre afanándose por mí. Lloraba. Eso pude oírlo. Lloriqueaba sin dejar de propinarle puñetazos a mi abuelo y de recibir otros tantos, los sonidos chatos y desconexos. Cayendo de nuevo al trecho de luz, un poco aguas abajo, y entonces vi abrirse la boca de mi abuelo, un gran agujero negro aspirante, aquella mole necesitada de combustible. Y supe que mi padre no tenía esperanzas.

A mi padre lo debilitaba un sentido del bien y del mal. Lo injusto era un peso para él, de buena gana habría instaurado un orden perfecto en el mundo, cosa que es imposible. Pero mi abuelo actuaba según normas más antiguas, eso lo entiendo ahora, se regía por lo que mueve montañas y hace curvarse la luz. Él solo estaba esperando a ver qué pasaba, ningún resultado le parecía menos deseable que otro. De eso no fui consciente entonces, aunque algo intuí, creo, un temor ganado a pulso, un instinto que era infalible, un instinto que de algún modo mi padre había perdido.

Estaba mi padre tumbado de espaldas en el riachuelo, el rostro apenas

fuera del agua, y mi abuelo atravesado encima de él mirando hacia lo oscuro, limitándose a asestarle codazos, y cada vez mi padre encogiéndose de dolor mientras su propio padre aparentaba casi desinterés, pocas ganas de esforzarse más. Únicamente aquellos implacables y perezosos codazos y la mirada perdida en el vacío.

Esa cara, esa mirada perdida, es lo que me queda por comprender. ¿Cómo podía yo matar y no sentir nada? ¿Sabemos alguna vez en qué nos hemos convertido?

Por eso sigo volviendo a la Biblia. La mayor parte no vale nada, y además no me interesa Jesús, pero el Antiguo Testamento es una colección de historias de un tiempo anterior, sombras atávicas por las que continúo vagando en busca de la identificación.

La pelea terminó, mi padre derrotado y mi abuelo descansando encima de él mientras descargaba todavía algún que otro codazo. El arroyo pensando que eran una isla más en la corriente, el frío apoderándose de mi padre, y Tom y yo en la orilla sin hacer nada. Mi abuelo era una fuerza de la naturaleza, no había modo de aplacarla. Solo cabía esperar.

Y, por fin, se levantó. Primero de rodillas, apoyándose en mi padre para mantener el equilibrio, estirando una pierna y después una especie de acelerado abalanzamiento para poner recta la otra pierna, y siguió abalanzándose al frente con pasos de gigante hasta la otra orilla del riachuelo y la zona de la mesa para llegar finalmente a su colchón, donde lo oímos derrumbarse otra vez.

Me metí en el agua, que estaba helada, agarré a mi padre por el brazo y le ayudé a levantarse y que el agua se escurriera de su cuerpo. Él había peleado por mí, aunque no hubiese modo de reconocerlo. Casi nunca lográbamos verbalizar las cosas importantes. Apenas si teníamos lenguaje.

Ropa seca, dijo. En la camioneta.

Fui para allá y busqué su ropa y cogí una toalla, y él se había sentado a la mesa y le ayudé a desnudarse. Primero la chaqueta y la camisa, se le veía pálido y flaco a la luz del farol, del mismo tono amarillento que daban las mechas. Solo unos atisbos de rosa. Le sequé la espalda y luego los brazos con la toalla, y él allí sentado con el mentón contra el pecho, como el muerto del saco, solo que sin colgar boca abajo. Pero ambos fríos y pálidos, exangües y a la espera, y se me ocurrió que los dos eran víctimas de mi abuelo, como si este y no yo hubiera puesto fin a la vida del furtivo.

Mi padre me pasó el brazo por encima y le ayudé a levantarse y a quitarse los tejanos empapados y el voluminoso calzoncillo blanco. Peludo y con la

piel de gallina, se sentó de nuevo y acabó de secarse con la toalla, despacio, mientras yo le metía los pies en unos calcetines de lana secos y luego le ayudaba con el pantalón Carhartt marrón y por último las botas. Se nos olvidó el calzoncillo, pero mi padre dijo que daba igual. De nuevo le ayudé a ponerse de pie y él se abrochó el pantalón. Después una camiseta blanca y una chaqueta vieja que olía a humo, a sangre, a petróleo. Una tela verde oscuro que tenía un tacto como de lona encerada y con manchas por todas partes, formas que eran un friso de cuanto nos había acaecido allí, y en cierto modo así era, pues estaban la sangre y las entrañas de innumerables ciervos y peces y gansos y demás. Nuestra historia personal estaba allí también, en todas aquellas piezas cobradas, y era ciertamente una historia, una historia sin palabras que solo podía ser contada mediante formas con correspondencias más directas.

El cielo antes negro y ahora de un azul intenso, los oscuros hollejos de los árboles sobre nuestras cabezas, el farol apagado. Recogiendo las últimas cosas, yo con los bolsillos repletos de cartuchos del 30-30. Las estrellas borrándose poco a poco. Esta vez íbamos a empezar la cacería tarde, cuando amaneciera no estaríamos aún en posición.

Esperé en la plataforma de la camioneta, un pie frío y empapado. Tiritaba, pero el sol ya no tardaría en salir y sería un día caluroso. La luz como un efecto óptico, a cada momento un matiz diferente de azul, blanqueándose poco a poco. Era difícil ponerle un adjetivo al azul.

Hasta el saco de arpillera podía haber sido azul, y el cuerpo que contenía. Colgando de aquel palo, todavía a la espera. Un muerto muy paciente. Me pregunté si llegaríamos a moverlo de sitio. Tal vez no. Quizá se quedaría allí colgado eternamente.

Tom esperando ya dentro de la cabina, y luego se acercó mi padre, andares tiesos y pausados, no había entrado aún en calor, y por último mi abuelo se levantó del colchón y vi que también se había puesto ropa seca, pero no llevaba botas sino zapatos blandos, unos mocasines de piel. La cabeza descubierta. El gorro con orejeras empapado, o desaparecido. Cabello blanco en cortos mechones a cada lado de la cabeza, en medio la calva. Piel moteada, floja, parecía un gran sapo blanco. La boca demasiado pequeña y también los ojos, pero por lo demás reconocible. Cuando subió a la cabina, la camioneta se bamboleó y recuperó la horizontal. Nos pusimos en marcha.

La tierra pálida, todo el color esfumado. Sombra y distancia apenas un rumor, presencias anunciadas. Líneas como en un grabado, de los troncos verticales o caídos, nada más que líneas esculpidas en el mismo plano. La luz no una luz propia de este mundo sino más bien una temperatura, un fresco a través del cual podíamos ver. Y daba la impresión de que nos movíamos desorientados por aquella carretera, como si pudieran girarnos sin nosotros darnos cuenta.

Y luego todo eso dejó de ser cierto. La ladera era una ladera de verdad, cosa compacta y extensa, y los árboles se erguían en vertical y la carretera era un camino abierto en la tierra, y arriba el cielo estaba en su propio plano

independiente, todo había sido creado otra vez y la luz previa era ya mero recuerdo y ni siquiera eso.

Pasamos junto a la zona del ciervo imaginario, más allá del yermo de hojarasca y avena venenosa, y pude notar cómo crecía en mi cara, en mi cuello y mis manos, un hincharse la piel y un escozor. Era algo ya conocido, molesto, y no había que hacerle caso. Yo andaba a la búsqueda de mi primer venado y nada me iba a privar de eso.

Pero mi padre giró hacia la parte de abajo, todo matorrales y lomas estrechas, un lugar donde difícilmente podía yo encontrar un ciervo. Me pareció que lo hacía adrede. La camioneta serpenteando cuesta abajo y luego ascendiendo por empinados cortafuegos como en una montaña rusa y la maleza raspando ambos costados del vehículo. Un pedregal alto que no acababa nunca, tapando la vista, y el ruido del motor ahuyentaría sin duda a toda posible presa. El cielo volviéndose amarillo y blanco. Los cuatro intentando agarrarnos mientras la camioneta iba dando tumbos y bandazos y el capó apuntaba al cielo y acto seguido a la cuneta. Una suerte de castigo cortesía de mi padre, batida inútil, no llegaba a batida siquiera.

Manzanitas en los márgenes lanzándonos miradas, de un rojo subido y descamadas, adoptando multitud de formas, un despliegue de finas ramas apuntando hacia arriba o bien troncos torcidos hacia los lados, sus hojas idénticas en forma a unos ojos, basculando entre el blanco y el verde, millares de hojas.

Pequeños pájaros explotaban de las manzanitas según nos íbamos acercando. A ras de suelo vuelos marrones, aterrizajes y gorjeos. El sonido amortiguado de las diminutas alas batiendo el aire, un sonido con textura y sorprendentemente audible pese al gemido del motor. Olor a tierra húmeda, rocío caído durante la noche, los neumáticos hundiéndose y la camioneta como si quisiera saltar hacia delante, reprimida en todo momento por la marcha corta.

El sol más arriba de Goat Mountain, los grandes peñascos amarillos y el aire abrasado, inexistente, sin color en el cielo. Estábamos todavía en sombras y a mi alrededor zumbaban mosquitos.

A esa hora del día los ciervos no estarían por allí. Habrían salido del sotobosque a la zona despejada, estarían paciando al pie de árboles o en los claros. Cosa que mi padre sabía. Pero él empeñado en seguir a paso de tortuga por aquellas cuestas en un paraje donde era imposible ver nada. Cerros cuya forma hacía pensar en un envase de huevos.

Había barro en las hoyas entre una colina y otra, y la camioneta patinaba y

se agarraba y patinaba otra vez, mi padre conductor implacable, desafiando a la montaña a intentar detenernos. Subió otro repecho entre resbalones de neumático, solo para descender a una hoya todavía peor, un rincón demasiado húmedo incluso para la maleza, las ruedas empantanadas, emergiendo de nuevo, avanzando un poquito, empantanadas y ahondando otra vez hasta que los cuatro neumáticos escupieron fango y agua sin más resultado que hundirse todavía más. Habíamos dejado de movernos.

Mi padre soltó el gas y yo me asomé por el costado y vi las ruedas sumidas en fango hasta los cubos. Estábamos un poco más abajo del revolcadero, la única zona en toda aquella seca montaña donde uno podía empantanarse de barro, y mi padre se había metido derecho en ella.

Desde la plataforma, miré por todas partes buscando un sitio seco donde saltar, pero no lo había. Éramos una isla rodeada de barro.

Mi padre apagó el motor, abrió la puerta de su lado y se apeó, hundido hasta media pantorrilla. Tendremos que cavar, dijo.

¿Y cómo?, pregunté yo.

No lo sé. Se balanceó un poco, sacó un pie del marasmo y lo dejó hundirse otra vez. Entonces miró al cielo. Yo miré también hacia arriba, y allí no había nada. El sol más bajo que antes, calor en aumento, pero nosotros estábamos todavía a la sombra.

Mi padre aplastó un mosquito que le rondaba el cuello. Con piedras, dijo. Piedras o leños. Ven, ayúdame a buscar piedras, cuanto más grandes mejor.

El abuelo y Tom no se habían movido. Al parecer, no pensaban arrimar el hombro. Dejé el rifle en la plataforma y salté. Mis botas se convirtieron en planchas de surf y patinaron de costado por el estiércol, cada cual en una dirección, y aterricé de espaldas con un tremendo *plaf*. Primero el choque de trasero y lomo contra el suelo propiamente dicho, y enseguida un lento acomodarse, hundirse, en el frío cieno.

Mi padre tiró de mí y me ayudó a levantarme. Deja de hacer el idiota, dijo, pero sin vehemencia. Era como un sonámbulo, alejándose por el fango en busca de piedras.

Remontamos la loma que había al lado, encontramos algunas piedras, las sacamos y las hicimos rodar hacia la camioneta. Cada piedra parcialmente sepultada. Algunas no querían moverse, conectadas a demasiada roca debajo, e intentando arrancarlas me pelé las yemas de los dedos.

Como agricultores aplicados a su tarea en aquella ladera, el sol por fin dándonos de lleno. Podría haber sido un viñedo, salvo que las viñas eran maleza seca, nos golpeaban y no rozaban al pasar, y el fruto emergía del suelo

mismo, quebrando la superficie. Frutos oscuros con líquenes blancos en la piel, fruta vieja, lo bastante madura para que crecieran los líquenes. Cosechas para un mundo ralentizado, temporadas que se prolongaban durante eones, el invierno imposiblemente lejano. Atemporales pero sacadas ahora y tiradas al estiércol.

Colocamos las piedras más grandes a modo de cuñas detrás de los neumáticos, una en cada uno, apretadas al máximo y lo más cerca posible, mi padre golpeando con el talón de la bota. Luego otras menos grandes delante de los neumáticos, apisonadas también, y más piedras delante de estas, creando una ruta de escape. Yo de rodillas en el estiércol, empujando las piedras para colocarlas en su sitio. Hacía frío, pero el sol nos calentaba. Mi padre y yo trabajando juntos, mientras el abuelo y Tom parecían no existir. Era como si solo estuviésemos mi padre y yo, lo cual me gustaba.

Ya casi está, dije.

Sí, dijo él. La boca medio cerrada, sin revelar nada, el cabello un fleco a la luz. Recuerdo el peso de la necesidad que yo sentía, porque aún era un niño, solo tenía once años. Yo creo que un niño no acepta otra cosa que ingerir a sus progenitores, tragárselos enteros hurtándolos al mundo. Cualquier otra cosa es pura decepción.

Al poco rato mi padre ya estaba montado en la cabina y encendió el motor. Yo me quedé en la ladera, mirando, mientras él hacía mover las ruedas sin forzarlas, intentando que los neumáticos giraran sobre sí mismos.

Empuja por detrás, me dijo, asomado a la ventanilla.

Vale, contesté yo, y chapoteé en el barro hasta la trasera e intenté empujar mientras él pisaba el acelerador, aunque los pies me patinaban hacia atrás.

Pero la camioneta brincó hacia delante, afianzándose en aquellas piedras, y luego mi padre dio más gas e intentó cobrar impulso y todo el vehículo se desvió del camino de piedras, hundiéndose lateralmente pero ya con velocidad suficiente para deslizarse hacia terreno más elevado y tirar de sí mismo cuesta arriba gracias a los neumáticos delanteros, mientras los de atrás giraban y giraban hasta que por fin encontraron también agarre y entonces él pisó a fondo y empezó a subir la cuesta, culeando y llenando el ambiente de gases de escape.

Se detuvo arriba del todo, la carrocería meciéndose aún, y yo caminé por el marasmo de barro y piedras y subí la cuesta convertido en una bestia irreconocible, totalmente recubierto de barro. Un bigfoot surgido de la tierra, arrastrando los pies hasta que el sol me secara y todo movimiento se adormeciera y a mitad de una zancada quedase yo inmovilizado hasta que

lloviera, cosa que quizá no ocurriría hasta el invierno. La lluvia volvería a aflojar mis articulaciones y yo treparía por la montaña y buscaría nieve y una cueva y saldría de vez en cuando para dejar aquí y allá huellas de bigfoot que harían extrañarse a los humanos.

Nos gusta el bigfoot porque es una reminiscencia de lo que fuimos no hace tanto tiempo. Y si yo fuera un bigfoot, haría todo lo posible por colaborar con la leyenda. Me comería medio ciervo y dejaría sus restos diseminados por la carretera, me inventaría algún ruido terrorífico, una especie de rugido-bramido que ningún otro ser pudiera producir, un recordatorio de que el lenguaje tenía que inventarse. No intentaría dar explicaciones. Si veía la fogata de un campamento, me acercaría pero no demasiado, y partiría algunas ramitas.

Alcé los brazos al aproximarme a la camioneta, me balanceé a un lado y a otro y gemí. Más zombi que bigfoot, pero era mi primer intento. Para qué. Nadie hizo comentarios, si es que llegaron a fijarse. Subí mi corpachón peludo a la plataforma y mi padre supo que estaba allí por el movimiento y entonces arrancó.

Cogí el rifle otra vez y me esforcé por permanecer erguido mientras zigzagueábamos y trepábamos y descendíamos por barrancos. Escrutando la maleza en busca de cornamentas, pero apenas podía ver cincuenta metros más allá en cada lado, y ningún ciervo iba a quedarse a esa distancia con el ruido que armaba la camioneta.

Por fin llegamos a los árboles, la calzada todavía resbaladiza, y reconocí la entrada inferior del revolcadero, un lugar que siempre me había gustado porque deseaba ver un oso y todavía no había visto ninguno de los que acudían allí. Zona umbría, un barranco más ancho, muy llano, el arroyo perezoso hasta el punto de detenerse. La tierra mucho más oscura, barro negro, y por todas partes vegetación, hierba alta y helechos y aros de agua y ortigas. Mi padre procurando seguir el sendero de terreno más compacto que discurría por uno de los lados, pero incluso allí los neumáticos soltaban chupeteos y patinaban. El aire fresco y húmedo, olor a podredumbre.

El revolcadero propiamente dicho con signos de una visita reciente. Se podían ver las enormes huellas redondas de los osos a lo largo del perímetro. Mi padre detuvo la camioneta, como hacía siempre, para que pudiésemos contemplar las marcas. Pero esta vez, como yo ya estaba todo cubierto de fango, me bajé de la plataforma y empecé a andar por aquel frío cieno negro y aquella agua estancada, donde tal vez me aguardaban sanguijuelas, o algo peor. Me tumbé en el revolcadero, allí donde habían estado los osos, y dejé

que el frío se apoderara de mí mientras la costra de barro iba reblandeciéndose y se fundía con la podredumbre, e hice el ángel de espaldas en el barro.

El cazador muerto no era el único inocente. Yo era un crío y estaba jugando, que es lo que hacen los críos, y los hombres me miraban desde la camioneta y no parecía que les importara esperar, y fue como si el muerto perteneciera a otro mundo. En su historia no teníamos ningún papel.

Me di la vuelta y avancé por el fango como un oseznó, la barriga a ras de superficie, manos y rodillas hundidos y luego a la vista y después otra vez hundidos. No eran más que monerías. Intentaba hacerme el simpático para ellos, y es algo que ahora me resulta muy extraño de pensar. Es por eso por lo que no consigo hacer que la historia encaje ni encontrarle un sentido al niño que yo era. Acababa de meterle una bala a un tipo, había matado a un hombre, y me ponía a hacer el oso. Solo podía tener sentido si matar fuera algo natural, algo a lo que estamos destinados. Mis manos eran zarpas y yo iba mirando hacia los lados, listo para atrapar una mariposa o para meter el hocico en miel. Estaba en una zona de juegos muy diferente del resto del rancho. Verdes hojas gigantes de aros de agua, brillantes y abarquilladas. Era sencillo olvidar dónde estábamos.

Me dejé caer de costado y disfruté con el legamoso abrazo. Antes era un bigfoot y ahora un oseznó, y hasta llegué a pensar en dinosaurios. Acudían a ciénagas, pantanos y lodazales como aquel para ser recordados. Morir en terreno seco quería decir desaparecer, pero si te arrastrabas por el fango, podías acabar en una sala de museo al cabo de cien o doscientos millones de años. La verdad es un cuento de hadas. No podemos creer realmente que hubiera dinosaurios, porque no nos cabe en la cabeza tal cantidad de años. Viendo sus esqueletos nos decimos a nosotros mismos que sabemos que un brontosauro caminaba y que aquel pescuezo enorme se balanceaba mucho más arriba, pero eso no es lo mismo que creer. Creer es algo mucho más próximo, más íntimo, que el saber. Los dinosaurios vivieron en un mundo diferente. Pero nosotros seguimos matando. Matar es un mundo antiguo que se solapa con el nuestro, y si podemos retroceder a ese otro mundo, nuestras vidas se desdoblan.

La Biblia festeja muchos asesinatos. Goliat es un bigfoot, una temprana y más bestial forma de humano, y eso es lo que más ganas tenemos de matar, a nuestros competidores, los neandertales y los gigantes y otros monstruos de nuestro linaje anterior. Al matar al furtivo, yo había hecho como David, defender a mi familia y nuestro terreno y las leyes establecidas. Estaba del lado de dios. «En este día entregaré los cadáveres de los filisteos a las aves y a las fieras, y la tierra toda sabrá que hay un dios en Israel», dice David. Podría ser que el acto mismo de matar fuese el que crea a dios.

Hay momentos en que me entusiasmo y llego a pensar que hice algo hermoso matando a aquel furtivo. Fue un triunfo. Doy vueltas y vueltas por mi pequeña vivienda y experimento una sensación de rectitud. Pero luego pienso que no era más que un hombre, un tío mierda allá por el otoño de 1978, mucho tiempo atrás, un cazador que pretendía matar un ciervo en tierras ajenas, insignificante. Lo cual me convierte en un asesino vulgar, sin nada especial que decir a mi favor.

Revolcándome en el lodo, jugando a ser osezno, mi inocencia era aterradora. Niño que nace en un entorno de matanzas, niño que adopta la matanza y la encuentra normal. A mí, al menos, me pasó. Y eso previamente a los efectos de la testosterona, antes de la pubertad. Yo ya era un monstruo antes de convertirme en otra clase de monstruo.

Mi padre en ningún momento me dijo que saliera del fangal. Cogió su 300 magnum de detrás del asiento y, sosteniéndolo con el cañón apuntando al cielo, abrió parcialmente el cerrojo para comprobar que no hubiese nada en la recámara. Luego se lo colgó del hombro y echó a andar. Mi abuelo y Tom hicieron otro tanto. Íbamos a cazar allí mismo, por aquellos matorrales y unas colinas que no tenían vista. Era imposible divisar a un ciervo; todos lo sabían, pero se pusieron a ello como si tal cosa.

Yo agarré mi rifle, seguí un reborde en el límite del revolcadero y penetré a una región completamente diferente, un país seco otra vez, sin indicios de agua. Encinos, mi arbusto menos preferido de todos, y la sombra que daban, dispersa y baja. Atravesábamos una ladera ancha, atestada de vegetación, sin bajar hacia los cerros con forma de envase de huevos. Yo nunca había estado

en aquel sitio. Habría perdido de vista a los mayores de no ser por el alboroto que armaba mi abuelo abriéndose paso entre encinos y ceanotos. Si uno hubiera oído aquellos sonidos sin llegar a verlo a él, sin duda habría tenido pensamientos terroríficos.

El sol implacable, cegador, y el fango poniéndome la piel tirante a medida que se secaba. Las espinosas hojas de encino. Mi cazadora y mis pantalones recubiertos de aquella costra, pesados. Estaba muerto de sed y no había agua. Nunca había agua. Como una prueba para la familia, un examen, caminar todo el día por el sotobosque bajo el sol de California y no beber ni una gota.

Salí a una zona de pinos grises. Los hombres allí, esperándome, más abajo dos crestas que se bifurcaban.

Tomad cada uno por una cresta, dijo mi padre. Esperaremos un cuarto de hora y luego bajaremos por el centro para levantar la presa.

Mi abuelo tomó la de la izquierda, Tom fue por la otra. Los rifles no ya colgados sino en ristre, a punto, los dos hombres alerta. Hubo un pequeño desprendimiento en la garganta de más abajo, roca y piedras sueltas. En los repechos, altos pinos ponderosa, más oscuros, encaramándose a la empinada cuesta.

La garganta en sombras todavía. El sol no debía de llegar más que unas pocas horas diarias al fondo de la misma. Un lugar que parecía más pequeño de lo que era. En cuanto estuviésemos abajo, se haría bastante más grande. Yo lo sabía bien.

Estoy atado de pies y manos, dijo mi padre. Me has puesto en una situación en la que no puedo hacer nada.

Se hallaba de pie al borde mismo de una repisa de roca y miraba hacia abajo. Uno imagina todo lo que podría pasarle en la vida, continuó. Uno imagina todo lo que podría pasarle a su hijo. A uno le preocupa que pueda romperse una pierna o que no vaya bien en los estudios, o que no le guste ir de caza, o incluso en qué clase de hombre acabará convirtiéndose, puestos a pensar en el futuro lejano. Pero esto no se lo espera nadie. Es imposible, menos aún a los once años. Son cosas que no pasan.

Lo siento, dije.

Mi padre soltó una risotada que sonó extraña y amarga, como si lo estrangularan. Sí, claro, dijo después. Lo sientes. Y todo arreglado.

Las cigarras vibrando a nuestro alrededor, haciendo el aire más denso. Mi padre dio unos pasos hacia la parte alta de una rampa y empezó a bajar, rápido. Como si cabalgara olas, la mano derecha extendida y tocando las rocas conforme se deslizaba pared abajo. Con cada paso se hundía tres

metros. El rifle colgado a la espalda en diagonal, el lado derecho pegado a la colina. Camiseta blanca, pantalón Carhartt y botas marrones. Inventó una pista de eslalom en aquel tobogán de roca. Bajaba de través, daba un brinco en el aire y volvía a apoyar los pies otra vez, la mano izquierda ahora del lado de montaña.

Un poco más abajo, el borde de un risco. Me quedé embobado mirando cómo mi padre se acercaba allí y apoyaba los pies con firmeza, saltaba una vez más, girando el cuerpo hacia la derecha. Deslizándose todavía al llegar a una zona de roca compacta, momento en que se agarró a un pequeño arbusto. La inercia debería haberlo propulsado más allá, pero consiguió asirse bien. Y luego atravesó aquella roca para llegar a un árbol que crecía en un ángulo inverosímil, una cosa delgada y retorcida apuntando al espacio, y una vez allí descansó. Apoyándose en el árbol, miró hacia arriba.

Vamos, dijo. Iba contra las normas hablar tan alto durante una cacería. Pero nuestro papel consistía en levantar presa, y a él en el fondo quizá le daba lo mismo.

Lo que pensé, estando al borde de la bajada, fue que mi padre quería que me matase. Él sabía que yo no iba a ser capaz de deslizarme por la roca de aquella manera. Me pasaría de largo y caería al abismo. Así él se ahorraría el problema de qué hacer conmigo.

Me hizo señas de que bajara, y a punto estuve. Casi puse el pie en el tobogán. Pero al final continué andando por aquel reborde, siempre en terreno elevado, siguiendo el camino que habían tomado Tom y mi abuelo, en busca de una ruta de bajada menos arriesgada.

Tenía miedo de mirar a mi padre, pero cuando eché un vistazo abajo, me pareció verlo sonreír. Con la boca ladeada, pero sonrisa al fin, y luego vi que reanudaba la travesía alejándose de aquellos riscos para pasar a un repecho de pinos muy inclinados hacia la pendiente. Desapareció entre los árboles y yo inicié el descenso en aquella dirección. Si me caía, siempre podría agarrarme a algún tronco.

Mis botas resbalando cuesta abajo, el rifle en una mano mientras con la otra intentaba ralentizar la bajada agarrándome a plantas y rocas. Pequeñas flores, hierba que apenas levantaba un palmo del suelo, una especie de liana pero demasiado fina, me arañaba los dedos, y yo patinando cuan largo era, camisa y chaqueta en movimiento ascendente, todo el costado arañado. Ni así podía parar. Llegué a un trecho de borrajo, muy resbaladizo, mi velocidad en aumento, apunté hacia un pino y choqué con las botas por delante, me di contra el tronco.

Respiraba por la boca, de tanto miedo que tenía. Mi padre bastante más abajo, serpenteando entre los árboles, pero yo no me veía capaz de hacerlo. Había mucho espacio entre pino y pino, difícil agarrarse a uno durante la bajada, las rocas del arroyo quedaban muy lejos.

Yo no quería moverme. Pensé en soltar el arma para tener las dos manos libres, pero un rifle era algo que había que cuidar siempre.

Al final me solté de aquel árbol y empecé a resbalar de nuevo cuesta abajo, desplazándome hacia un lado cual cangrejo a fin de alinearme con el siguiente tronco. La sensación era como de estar colgando al borde del mundo. Un lugar al que mi padre jamás me habría llevado. Todas las reglas estaban trastocadas.

Choqué con el siguiente tronco y quedé con los pies apoyados en su base y la espalda en el suelo. Cerré un momento los ojos y todo me dio vueltas, el corazón latiendo desbocado. Pero no podía descansar mucho, porque mi padre me dejaría atrás y yo no tenía ni idea de cómo salir de aquella garganta.

Me deslicé hasta el siguiente tronco, y así sucesivamente hasta llegar a una rampa de rocas rojizas y veteadas, más grandes, los puntos de apoyo eran firmes y pude bajar con cuidado. Un río de roca en movimiento demasiado lento para percibirlo. Un río de carne, rojo oscuro y espejado de blanco, músculos de la montaña al descubierto. No era nuestro terreno. Se me hacía muy extraño y solo tenía deseos de salir de allí.

Pude ver a mi padre sobre un gran canto rodado abajo en el arroyo, los codos apuntalados en la roca, escudriñando ambas laderas a través de la mira del rifle.

El peso del tobogán encima de mí, tensión de cada roca manteniendo en su sitio a todas las demás, flexionándose con el esfuerzo, y yo lo que quería era salir de allí debajo cuanto antes. Corriendo por donde no debería haber corrido, un paso en falso y podía partirme la pierna, pero hui de estampida y al llegar al arroyo me detuve detrás de mi padre, jadeando.

No hagas ruido, dijo.

El aire me salía a sacudidas, los bordes de la garganta allá arriba parecían tirar de mí hacia dentro, el cielo se alejaba, aspirado en un vacío. ¿Esto pertenece al rancho?, pregunté.

No.

Mi padre se concentró en escrutar aquellas laderas, atento al menor movimiento entre los árboles. El arroyo murmuraba a nuestro alrededor. Tal vez hubiera abierto aquel desfiladero, pero ahora era solo un modesto riachuelo de un palmo o dos de hondo. La roca verde a mis pies. Una montaña

rara. Grandes pedazos de un verde claro con vetas blancas. El verde bastante más oscuro donde estaba mojada.

No hay ninguna salida, dijo mi padre. No me refiero a esta garganta, sino a lo que has hecho. No hay salida.

Se echó el rifle al hombro y empezó a bajar por el centro de la garganta, de roca en roca. Yo le seguí, pero no podía ver lo que había más abajo. Rocas enormes nos tapaban la vista. Piedras, cantos rodados muy lisos, pero aquellas losas del peñasco habían caído y no se habían vuelto a mover de allí. Habían arrastrado árboles y suelo a su paso, algunas de ellas aún tenían como flecos allí donde el agua no había alcanzado. Nunca íbamos en invierno, cuando todo se movía y cobraba forma. Lo hacíamos al principio del otoño, en la época más seca, tras el largo verano, el agua brillando por su ausencia, difícil entender el origen o la forma de nada.

Mi padre avanzando deprisa. Yo me esforcé por no quedar atrás. La pendiente suave, pero todo eran rocas. Llegamos a un canto rodado más grande que los anteriores, tapaba toda la parte central del desfiladero, árboles creciendo en lo alto, y trepamos por uno de sus costados y entonces oímos un estruendo y algo que se partía, una avalancha de sonido imposible de asimilar, un desgajarse de ramas y hojas en el otro lado. Mi padre lanzó un grito al tiempo que se encaramaba a la roca, el rifle ya a punto, y más arriba se oyó el rebotar de una bala en la roca y cómo mordía el suelo a nuestro lado acompañada de una nubecilla de polvo. Luego oímos la discreta detonación del rifle de Tom y otra bala rebotando en el lado opuesto, esta vez sacando doble respuesta a la piedra, otro tiro, y mi padre que se precipitaba hacia abajo, para esconderse, cubriéndose la cabeza con las manos como si eso pudiera detener las balas. Había soltado el rifle, ruido de cañón y caja y visor contra roca y suelo, y enseguida el estampido del 308 de mi abuelo seguido de otra pequeña detonación del 243 de Tom, y más ruido de pezuñas sobre roca y mi padre chillando maldita sea hijos de la gran puta dejad de disparar de una puta vez joder y yo pegado literalmente a la parte de atrás de aquella roca, jadeando.

Maldita sea, gritó otra vez mi padre, y protegido por la roca agarró su rifle. Más estampidos y más detonaciones, ya no se oía correr al ciervo. Mi padre trepó a lo alto y se encajó la culata en el hombro, barriendo el espacio con el cañón primero a un lado y luego al otro, buscando, pero eso fue todo. No más tiros ni más pisadas de ciervo. Solo un tímido murmullo de agua por todas partes.

¿Le habéis dado?, chilló mi padre.

Un eco. No respondieron enseguida.

No, gritó por fin Tom.

Por poco, gritó mi abuelo a renglón seguido.

Pues vaya, qué bien, dijo mi padre, pero a un volumen que solo yo podía oírlo. Se sentó en una roca plana e inspeccionó el rifle. He llevado esto durante años a todas partes, aquí y en Nevada y en Wyoming, hiciera el tiempo que hiciese, y jamás he tenido la menor abolladura, ni una manchita de óxido, y ahora parece que lo hubiera arrastrado por ahí con la camioneta.

El guardamanos era de una madera más oscura, con un relieve especial para la empuñadura. Ahora tenía el borde aplastado. El pavonado del cañón rasguñado, el cerrojo igual, la mira abollada.

Estoy de muy mala hostia, dijo mi padre, y entonces se puso de pie, levantó el rifle con ambas manos por encima de su cabeza y lo lanzó a las rocas, aquel hermoso rifle que él tanto adoraba. Resquebrajamiento de madera y un chacoloteo hasta que el arma quedó quieta, el cañón orientado hacia arriba, la culata en el agua.

Mi padre respirando con dificultad, los brazos flojos a los costados, contemplando aquel rifle. Pues ahí se queda. Tú no lo toques, dijo.

Y empezó a remontar la cuesta, grandes zancadas pero resbalando cada vez la mitad del recorrido, agarrándose a piedras y mala hierba. No miró atrás, y era evidente que le daba igual que yo saliera o no de aquel agujero. Hincando los pies en la montaña y asiendo sin contemplaciones lo que encontraba más arriba. Carne viva de la montaña, aquella garganta, y él empeñado en maltratarla.

Se me ocurrió ir a por el rifle de mi padre, colgármelo del hombro y dárselo. Pero se enfadará, pensé, aunque en el fondo lo desee. Decidí no tocarlo. Mientras trepaba detrás de él iban cayendo piedras, las que sus botas desalojaban, y tuve que apartarme y buscar mi propia ruta de escalada.

Una mano sujetando el rifle y con la otra agarrándome a tierra, roca o raíces. El pecho pegado al suelo, acostado casi sobre la montaña. Olor a polvo y a pino, los tramos de borrajo tan resbaladizos que a cada momento tenía que desplazarme para encontrar suelo despejado, tierra o roca. Lo más aprisa que podía.

No miraba abajo, solo a la pared de tierra que tenía delante, y pensé que me estaba inclinando hacia atrás, que me caería del planeta y la caída sería eterna y no volvería a tocar suelo nunca más. Estaba seguro de que lo que me impedía caer era solo mi fuerza de voluntad, renovada a cada momento.

Viruela y plagas. El diluvio universal. El lenguaje reducido a mero balbuceo. La humanidad borrada una y otra vez de la faz de la tierra. La Biblia trata de nuestra pelea contra dios. Y en cierto modo nosotros somos más fuertes, debido simplemente a nuestra fuerza de voluntad, a que somos tenaces. Nos negamos a ser borrados.

Ha sido una dura pelea. El diluvio. Todos los que perecieron. Ahogados como ratas, sin sepelio, sin disculpas, sin reparación alguna. Dios nos debe eso. Falta mucho para que podamos decir que estamos empatados. Imaginaos aquella muralla de agua descendiendo por un monte, las ovejas huyendo despavoridas y uno sintiendo el frío hálito de la muerte, un prodigio en aquel clima tan seco, el cambio repentino, y sol bajo el agua, haces de luz pálida penetrando en el azul, algo que solo puede ser hermoso, los instantes previos a la aniquilación jamás pueden ser sino los mejores de todos, en suspenso. Esa ola rompiendo en lo alto y el sol atravesándola y hasta el último dibujo del mundo visible a la luz, revelado, y el castigo de dios no significa nada porque uno no siente que haya sido malo, porque uno no empezó en el paraíso, uno simplemente estaba allí en el monte cuando se desencadenó la ola gigante.

Yo había ido a la escuela dominical desde muy pequeño. La única concesión que mi padre hizo a la religión. Él no iba nunca a la iglesia, pero me enviaba a mí, enviaba en su nombre a su único hijo, menuda broma.

Mi abuelo jamás hablaba de religión, Tom tampoco. Bueno, en realidad nunca hablaban de nada que no fuera de cazar y pescar.

Me arrastré como pude por la empinada cuesta de aquella garganta, el vientre pegado a la tierra, y me negué a quedar rezagado. No me detuve, no descansé, siempre con el rifle bien agarrado, rehusando soltarlo. Sabor a tierra en la boca, sabor a todo lo pútrido, a lo que ha quedado aletargado y luego asiste a su liberación.

Mi padre desapareció por el borde y sin duda siguió adelante. No había señales de mi abuelo ni de Tom, no se les oía tampoco, aunque yo estaba al descubierto trepando por aquella cuesta y mi abuelo tenía una buena vista desde su loma. No le habría costado nada apuntarme con el rifle y pegarme un tiro. Y yo caería de espaldas tal como había imaginado antes.

Al llegar arriba unas raíces entreveradas de tierra, sobresaliendo del borde, de modo que me desplazé hacia un costado y repté por piedras que se deslizaban bajo mi peso hasta que por fin coroné la pendiente. Descansé allí tumbado unos segundos, sin resuello y con las piernas ardiendo. Pero luego me levanté, porque sabía que nadie me iba a esperar. Tendría que estar lo bastante cerca de ellos para oírlos abrir camino hacia la siguiente ladera, de regreso al revolcadero.

Desandando el camino. Como hormigas marchando por un sendero, juicio atávico que uno siente como descubrimiento, pero no es más que reconocimiento. Me gusta la idea porque entonces mi acto de apretar el gatillo respondió al influjo de una generación anterior, algo solo reconocido, no originado. Y esa fue la sensación. Como si la mano de otro se hubiera valido de la mía.

Aquella ladera arbustiva curvada hacia fuera, una tortura propia de nuestro mundo, el final a la vista pero luego no era tal final, y a continuación otra vez a la vista y después no, y así sucesivamente, para que pudiésemos continuar dando tumbos, arañados y desgarrados mientras nos abríamos paso. La avena venenosa cebándose en mi piel como otra plaga. Verdugones y ampollas, las notaba en el rostro y el cuello, las veía en mis muñecas, las ampollas de un tono mucho más claro, casi blancas comparadas con el rojo furioso, y llenas de un líquido inmundo salido de quién sabe dónde.

Vagué por entre encinos y matojos y rayos de sol, sudando y coleccionando verdugones, incapaz de oír siquiera a mi abuelo en su camino de destrucción, tan solo mis propios pasos, no tenía manera de saber si estaba siguiendo el rumbo adecuado. Pero, como soy una hormiga, acabé saliendo al punto exacto, aquel caballón que rodeaba el revolcadero, justo a la altura de la camioneta. Los tres dentro ya de la cabina, esperando, callados como piedras, y yo monté y nos pusimos en marcha. Otra vez. Así de sencillo.

Salimos del cenagal hacia unos pinos ponderosa donde una vez Tom había herido a un vareto, anécdota que los cuatro rememoramos al pasar por allí, y como todas las anécdotas tenía una moraleja pero no estaba claro cuál. No dispaes a un ciervo que no tenga horquilla en la cornamenta. Además de ilegal, matar a los jóvenes no es bueno para la propagación de la especie, pero había algo más. Como un pacto de que había que seguir las reglas por más que no supiésemos de dónde venían. En otros estados era legal matar hembras del ciervo, cosa que nosotros considerábamos atroz. ¿Cómo saber qué reglas siguen ellos y por qué? ¿Hasta qué punto lo que uno cree inviolable es simplemente fortuito, sin base que lo sustente?

Dejamos atrás aquella zona de oprobio y los caminos en zigzag aparecieron más arriba de nosotros, una fea cicatriz abierta a la fuerza en la ladera, sin árboles. Desnuda como una cantera y de un blanco cegador al sol, un horno despidiendo calor. Y pudimos ver que durante el invierno se había producido un corrimiento, parte de la carretera se había desplomado en mitad de la Z, pero no nos detuvimos. Es más, mi padre aceleró y pasamos aquel trecho subidos a la empinada pendiente, la camioneta a punto de volcar y yo sintiendo ya el inicio de la caída, cómo vencía hacia un costado, pero íbamos tan deprisa que la inercia nos ayudó a pasar y luego mi padre dio un volantazo para regresar al centro de la calzada y pisó el freno en medio de una blanca nube de polvo, un patinar de neumáticos. A nuestra derecha el precipicio, al frente un repecho pelado, la carretera enroscándose montaña arriba a la izquierda. Mi padre hizo el giro sin más, los neumáticos delanteros se agarraron, tirando de nosotros cuesta arriba.

Mi padre aceleró otra vez, y ahora estaba claro que no se trataba de una cacería sino de una penitencia. Pasó un bache a tal velocidad que me vi con los pies en el aire y solo una mano agarrada a la ventanilla trasera de la cabina, el rifle que sujetaba con la otra mano saliendo disparado hacia lo alto, y oí que uno de los de dentro, seguramente Tom, daba con la cabeza contra el techo. Mi abuelo pesaba demasiado y mi padre iba agarrado al volante.

Una curva muy cerrada a la derecha con el correspondiente bandazo, dos ruedas en el aire debido a la inclinación, en tierra otra vez y derecho hacia los árboles, sombra fresca, volando por terreno desigual, brincando y patinando, piñas y ramitas explotando a nuestro paso, propulsadas hacia la estela que dejaba la camioneta. El viaje de los condenados, último trayecto al infierno, intentando llegar antes que el demonio, y yo me puse a gritar de pura excitación. Miré hacia atrás por si algo nos seguía, el rifle siempre en mi mano y el viento haciéndome lloriquear.

Mi padre una persona comedida, no era propio de él, pisar el acelerador a lo loco. La emoción de la adrenalina. Un regalo del muerto. Una nueva libertad. El paisaje convertido en caleidoscopio, cambiando y explotando por todos lados, sin orientación posible. Ramas que nos fustigaban, en lo alto la cúpula arbórea como un torbellino, los pliegues y bultos del terreno se nos echaban encima como olas, venga a subir y subir y la falda de la montaña interminable, renacía de sí misma una y otra vez y por fin estábamos en ella.

Mi padre no aflojó. Condujo de aquella forma hasta llegar al campamento, frenó patinando en el borrajo a unos palmos de la mesa y del arroyo y la nube de polvo nos vino detrás, nos pasó por encima y fue casi como una bendición.

Por el lado del copiloto se apearon Tom y mi abuelo, pero mi padre esperó un rato, y yo esperé también. Moverse parecía precipitado. El aire era fresco, se oía el balsámico rumor del agua cayendo en la pila y discurriendo como un hilo junto a nosotros, la brisa entre los pinos. Allí siempre soplaba brisa, aunque no hiciera viento en ninguna otra parte. Un territorio seguro. Ahora podríamos descansar. Comeríamos y luego echaríamos la siesta, y nos sentiríamos revitalizados para empezar otra vez. Era lo que prometía el campamento.

Por fin, mi padre abrió la puerta de su lado y desmontó. Gesto de perdido. Sus ojos buscando los míos, la boca floja. Era su dedo el que había apretado el gatillo. Él había matado a aquel hombre. Ahora estoy seguro de que lo que pensó fue eso, nada menos. Los pecados del hijo infligidos al padre. Y sin que él pudiera hacer nada por volver atrás y cambiar las cosas.

Pensé que mi padre iba a decir algo, pero caminó hacia la mesa para esperar a que Tom llevase la comida. Reducido a la costumbre. Sentado en el banco con la mirada perdida en el bosque, pero sin mirar nada en concreto.

Cogí de la cabina mi ropa de repuesto, me quité las prendas incrustadas de fango y me quedé en pelota viva, los pies en las agujas de pino y el rifle cerca. Justo detrás de mí el muerto en su saco, siempre observando. Mi blanca piel tiznada de oscuro a trechos y con verdugones como pequeños archipiélagos rojos. La avena venenosa en mi bajo vientre y en mis partes, de cuando había meado. Cualquier cosa que tocaba se convertía en propiedad de la planta. Y si te rascabas, las islas crecían para formar continentes, regiones enteras de rojo furioso y ampollas blancas ribeteadas de pequeños y más oscuros verdugones, como si la piel te fuera a hervir.

Me puse camiseta, calzoncillo y tejanos nuevos, busqué un par de calcetines limpios y entrechoqué las botas para que saltara el barro incrustado. Como no tenía otra chaqueta que ponerme, sacudí la mía contra la camioneta, haciendo saltar metralla de barro.

El almuerzo estaba listo y los hombres sentados a la mesa con sus cuchillos de caza. Mi padre y mi abuelo en el lado de arriba, sin mirarse. Yo me senté junto a Tom y dejé el rifle no muy lejos.

De un tono claro, estaba diciendo Tom. Casi gris. Plateado. Como un ciervo viejo, pero solo le he visto horquillas.

De tres puntas, dijo el abuelo.

Eso no lo sé, dijo Tom. Yo solo he visto horquillas. Pero era claro, casi del mismo color que la roca. Supongo que he estado mirando al ciervo pero sin verle.

Te habrías dado cuenta, dijo el abuelo.

No creo. Estoy casi seguro de que lo miraba pero no lo veía. Si se hubiera quedado allí quieto, creo que ninguno de nosotros lo habría visto.

Un minutos más y yo habría estado cerca de él, dijo mi padre.

Ni así, dijo Tom. Creo que no lo habrías visto.

Eso es una estupidez.

No señor. Tú no lo viste, o sea que no lo sabes. Piénsalo bien. El ciervo no saltó hasta que tú estabas allí mismo, pero sabes muy bien que debió de oírte llegar, además de olerte, y sin embargo se quedó quieto. Decidió esperar, vaya. Su plan era esconderse y esperar. Tomó una decisión, pero luego le entraron los nervios.

No tomó ninguna decisión.

Claro que la tomó.

Bueno. Mi padre se frotó la frente con las dos manos, bajando luego las palmas hacia sus ojos y mejillas.

Casi nos la juega, dijo Tom. Cogió otros dos pedazos de pan y atacó el paté de jamón picante, untándolo por ambos lados, una especie de espuma rosada.

Sin «casi», dijo entonces mi padre. Yo no veo ningún ciervo ahí colgado.

Saltando de un lado a otro en esas rocas, cambiando de dirección a toda velocidad. Darle a uno en semejante situación solo puede ser un golpe de suerte.

En semejante situación, repitió mi padre. Un ciervo atrapado en una estrecha garganta, tiradores a un lado y a otro, fuego cruzado desde arriba. Un verdadero milagro si le das a algo.

En fin, dijo Tom. Mejor no hablar.

Ahora bien, más difícil todavía es acertar al ciervo si estás en la quinta puñeta y casi le metes un balazo a los tíos que estaban en la garganta.

Vete a hacer gárgaras, dijo Tom.

Tú tienes vista de águila. Eres un tirador de primera.

Mira, dijo Tom. Ese ciervo sabía lo que se hacía.

Ningún ciervo sabe nada de nada.

Tú eres el que no sabe.

Calla y come.

Come y calla tú.

Oímos entonces el agua en la pila, un sonido constante y tan urgente que a veces no se podía aguantar. A veces parecía que iba a arrastrarnos. Y no había forma de cortar ese flujo. No había grifo, nada con que parar el chorro. El

sonido omnipresente y su potencia en aumento, amplificado por el recipiente. Agua que salía de grietas en las entrañas de aquel monte. Agua que cayó como lluvia mil años atrás y que había vivido a presión desde entonces, estrenando libertad solo ahora, de modo que cómo no iba a redoblarse su presión, y no solo una vez, bajo el peso de toda aquella mole rocosa.

Sentí pánico. El corazón desbocado y dificultad para respirar. Aquel agua podía desgarrar la tierra justo bajo nuestros pies. Y lo mismo valía para la sangre, bombeando a presión dentro de mi cuerpo, imposible de parar. De chaval solía tener estos ataques de pánico, siempre pesadillas de presión, e incluso ahora, al recordarlo, me cuesta respirar. Y yo siempre pensaba que no iba a sobrevivir. No sabía cómo superar aquellos trances. Mi padre y mi abuelo, delante de mí, dos presencias insoportables. Su lado de la mesa más elevado, en cualquier momento podían caerme encima.

El tiempo ya no volvió a moverse. O esa fue la sensación. Cada instante una eternidad. Recordándolo ahora, podría decir que terminamos de comer y nos levantamos de la mesa, pero en su momento estábamos irremediabilmente perdidos y no es una exageración, mi padre pesaba quinientos kilos y mi abuelo diez veces más y me aplastaban entre los dos, la presión del agua en aumento detrás de ellos.

Pero los mayores sí se terminaron sus bocadillos, yo no comí porque no podía, mi padre fue el primero en levantarse e ir hacia su petate y pude respirar otra vez. Tom se marchó también pero mi abuelo me tenía allí inmovilizado, su rostro el de una montaña hecha de pliegues y grietas, granito blanco con grano y veta oscuros, hasta que pasó las piernas sobre el banco y se levantó y anduvo como cayéndose hacia su colchón y yo me sentí libre.

Caminé con tiento y me alejé de la pila y del colchón de mi abuelo, y mientras caminaba el aire por fin empezó a perder densidad, la presión disminuyó ¿revirtiendo hacia dónde?, ¿adónde irá eso? El aire se normalizaba, se normalizaba el sonido, convirtiéndolo todo en una mentira, un sueño, pero unos minutos antes mi corazón era como de piedra.

Mi petate escondido detrás de hojarasca, remetido en la montaña, y al acercarme volví la cabeza, me aseguré de que nadie estuviera mirando. Salté aquel tronco y me metí allí dentro, a salvo en mi madriguera. Desplegué el saco de dormir y tumbado boca arriba contemplé el cielo más allá de los pinos, y las agujas eran como agujas perfectamente grabadas en el azul, reales e innegables, independientes unas de otras, pero a millares y muy juntas erizando el aire. Pensar en cuántas debía de haber en el círculo de árboles más cercanos y en el campamento entero y ladera arriba hasta otras montañas en

una extensión de muchos centenares de kilómetros, eso era un tipo de pánico diferente, no de presión como el otro sino de evaporarse, de adelgazar y disiparse, y fue ese otro miedo el que me atenazó entonces, no a ser aplastado sino a evaporarme atraído hacia un vacío inmenso, y ambos miedos eran igual de terroríficos y carentes de origen.

Cerré los ojos, me ovillé y me dispuse a esperar. El saco de dormir olía a humo de leña, había ido impregnándose a lo largo de los años, sensación de confort, y olía también a sudor y a sangre de animales de todas clases, y ya casi me había dormido cuando oí un golpe fuerte, un golpe sordo, y supe qué lo había producido. El muerto al caerse.

Todos esperamos, creo. Estoy seguro de que nadie se levantó de inmediato. Y eso fue porque el muerto era capaz de cualquier cosa. Si había caído, ¿qué no podía hacer a continuación? No tenía entrañas, nada en el centro, de modo que la potencia de aquel golpe, el tremendo peso que entrañaba, no podía ser sino invención suya. La cabeza despegada por fin del pecho, las extremidades libres para moverse, la cabeza echada hacia atrás riendo, de un momento a otro podía ponerse a bailar. Dado que no tenía sangre, no estaba sujeto a ninguna norma.

Como Jesús salido de la tumba, capaz de afirmar después lo que le viniera en gana, ¿quién se atrevía a no creer? El único truco importante, burlar la muerte, porque la muerte es el único dios verdadero.

Abrí los ojos medio convencido de que tendría su cara a unos palmos de la mía, su aliento desprovisto de aire y unos ojos que caerían hacia dentro sin dejar nunca de caer, aquella expresión de querer algo más. Pero no vi más que cielo y aquellas agujas de pino apretujadas y esculpidas y a una distancia imposible de determinar, acercándose o alejándose a voluntad.

Me incorporé para mirar por encima del árbol caído que me protegía y nadie se había levantado. El campamento desierto, ningún sonido de otro ser, sonido del agua fluyendo sin cesar y nada más.

La montaña que reventaba por todas partes a nuestro alrededor pero en silencio. Un cataclismo postergado mediante el acto de contener la respiración. Yo sabía que así iba a ser la muerte. Mis sueños de presión y de pánico eran sueños de muerte. Eternamente suspendida justo en el instante previo a que todo reventara. El cadáver en tierra, el del furtivo o el nuestro, y el impacto de esa imagen una conmoción que me traspasaba, pero hay un instante de pausa en que todo queda en suspenso y hace un día espléndido, para sentirse a salvo, pero por dentro hay esta premonición, son dos sensaciones a la vez, la de ser aplastado y la ser atraído hacia la inmensidad.

Los cuatro temiendo movernos. Pero mi abuelo era un coloso de por sí, ruidos que produjo en su esfuerzo por levantarse de aquel colchón y luego su imagen de pie entre los árboles, desnudo de cintura para arriba, mirando en dirección al cadáver, dispuesto a todo. Él y el muerto enfrentados en un duelo,

pues mi abuelo no estaba lejos de ser la muerte misma, amorfo y sin sentimientos, un peso que podía caer en cualquier dirección, y siempre esto, inmutable, solo esperando.

Pero el muerto llevaba toda la ventaja, en lo de esperar. Yacía en el suelo dentro de su saco, sin moverse.

Yo no recordaba haber visto nunca desnudo a mi abuelo, ni una sola vez. Gran extensión roja y blanca con manchas, carne y sangre vivientes, tan monótona como su cara, pliegues y arrugas cambiantes, un blindaje de grasa. Caminó hacia el cadáver y el muerto no hizo nada.

Mi padre se levantó también y caminó lentamente entre los pinos en dirección al saco, los puños cerrados a los costados. Presa de la desesperación, la boca abierta y el gesto torcido, listo para cualquier cosa. Y luego Tom y después yo, los cuatro avanzando hacia el muerto, cadáver enroscado dentro de aquel saco, oculto, y yo llevando el rifle y Tom igual. Los mayores aproximándose hasta una distancia de un cuerpo y ya no más, yo bastante lejos todavía, caminando por el inestable terreno hasta que estuve detrás de los otros tres.

Las botas del muerto colgaban todavía de aquel gancho por sus cadenas. Botas de faena marrón claro con las suelas hacia el cielo, colgando en perfecta simetría, como si aún lo tuvieran dentro, ¿y quién podía afirmar que no tuviesen algo dentro? Yo estaba tan asustado que podía creer cualquier cosa. El muerto en tierra dentro del saco con su cara y sus intenciones escondidas, dejando ver tan solo los calcetines y las pantorrillas. Carne blanca y hueso.

No podemos dejarlo ahí, dijo Tom.

No me digas, dijo mi padre.

Yo no pienso tocarlo, dijo Tom.

Joder, otra gran noticia, dijo mi padre.

Mi abuelo hizo girar todo el cuello, cerrados los ojos, movió la cabeza de un lado a otro como un púgil calentando antes del combate. Bien, dijo. Henos aquí.

Otra vez el filósofo.

No estás a la altura, dijo mi abuelo. Tú piensas que todo se ha reducido a esto, pero en realidad las posibilidades son infinitas.

¿Se puede saber qué coño quiere decir eso?

En este preciso momento podrías ser cualquier cosa.

Sí, claro. Esto es la libertad. Un auténtico don.

Y lo es, créeme. Pero tú no te das cuenta. Ese cadáver no importa nada.

Mi abuelo se adelantó unos pasos y agarró al muerto por los tobillos y lo levantó. El saco cayó por su propio peso y pudimos ver aquel vientre blanco ahora oscurecido, la rigidez en brazos y piernas.

No lo toques, dijo mi padre.

Tom retrocedía con el rifle de través frente al pecho, y yo otro tanto. El muerto un fantasma, pero oscuro, cabeza extrañamente ladeada y manos atadas entre las piernas, mirándonos desde lo alto de sus ojos, meros hoyos vacíos. Y mi abuelo que hacía girar y balancearse el cadáver, girando como un lanzador de peso, venga a dar vueltas sobre sí mismo, levantando aquel cuerpo y el muerto siempre paciente, dispuesto a hacer el viaje, cabeza y hombros alzándose cada vez más del suelo, una levitación, y mi abuelo, aquel amasijo de carne viva, en el centro del círculo. Un sanguíneo cubo de rueda, y el muerto convertido en un radio pútrido y la rueda giraba y mi padre se echó hacia atrás, pero no lo bastante rápido, y mi abuelo soltó el cadáver en dirección a mi padre.

El muerto quedó flotando temporalmente, los hombros elevándose sin esfuerzo y la boca abierta en un gesto de placer mientras surcaba el tibio aire, su parte central todavía ausente pero el orificio de bala convertido en un segundo nacimiento y esto en su infancia, jugando al sol, lanzado por los aires y tan contento pero mi padre asustado, echándose hacia atrás y luego girando al tiempo que adelantaba las manos en actitud de rechazo, pero el muerto se estrelló contra él, tórax con tórax, rodeando a mi padre en una suerte de abrazo, y ambos cayeron hacia atrás en un momento que ha quedado fijado para siempre en mi memoria, aterrizando finalmente contra el suelo hechos dos guiñapos.

Mi padre gritó. No algo que yo le hubiera oído gritar antes, pero estar allí tirado, en la tierra, con el cadáver medio putrefacto encima de él, fue la gota que colmó su vaso. Arqueó el pescuezo, arrojó al muerto lejos de sí y se apartó lo más deprisa posible, poniéndose de pie enseguida.

Mi padre y mi abuelo con los brazos curvados a los costados, como alas, ambos dispuestos a todo, y entonces advertí que el rifle que yo sostenía bajo estaba apuntando hacia mi padre, lo mismo que el de Tom. No tenía ni idea de lo que podía ocurrir. Cualquier cosa parecía posible.

Mi abuelo como una montaña y sin edad. Mi padre no tenía ninguna opción, pero se acercaron el uno al otro girando en círculo, los brazos extendidos y a punto, y mi padre ya sin esperanzas. La boca crispada como si estuviera gritando todavía, pero no emitía sonido alguno. Enseñando los dientes como si quisiera emprenderla a dentelladas con mi abuelo.

Solo hay dos alternativas, dijo mi abuelo mientras giraba en círculo, la voz serena, sin miedo alguno. No se le doblaban las rodillas. Las piernas como dos lápices bajo aquella mole, tías y a punto de partirse. A veces podía parecer frágil, cambiando siempre de forma. Puedes honrar a ese hombre que ha sido asesinado. Puedes decir que su muerte significa algo, en cuyo caso debemos castigar a tu hijo. Yo te ayudaré a meterlo en el saco ahora mismo, y luego hacemos lo que sea necesario, molerlo a palos, prenderle fuego, pegarle un tiro y enterrarlo, lo que sea necesario para ajustarle las cuentas. Esa sería una posibilidad.

Mi padre ya ni escuchaba. Estaba presto a embestir, solo esperaba el momento propicio, la oportunidad, mientras giraba sobre agujas de pino cerca de los ganchos. El muerto detrás de mí, observando también. En cualquier momento podía alzarse y sumarse a la pelea.

O bien podemos decidir que el muerto no es nada. Ese hombre era un furtivo, estaba violando la ley, pero él no importa y la ley tampoco. Nosotros antes que nada. El clan. Dictamos nuestras propias reglas. Por lo tanto, cogemos el cadáver y lo tiramos a la maleza y ni siquiera le damos sepultura. Nos olvidamos de él por completo.

Mi padre estaba otra vez a la altura del muerto y no pudo evitar mirarlo un instante, que fue cuando mi abuelo atacó. No hubo ningún sonido de advertencia. Aquella mole terrorífica se movió con increíble presteza y embistió contra mi padre. El impacto fue leve, apenas un golpe contra aquella piel descubierta, y mi padre se ovilló como un niño contra el pecho desnudo de su padre, se plegó a él y luego salió despedido para caer de espaldas sobre el muerto, un nuevo y horripilante abrazo del que rápidamente se apartó, quedando de rodillas con las palmas de las manos en el suelo, postrado. Se dejó ir hacia delante y apoyó la cabeza en el suelo, entre sus manos.

Mi abuelo ni siquiera había empleado los brazos, no había golpeado a mi padre, simplemente lo había arrollado. Regresó al muerto y le desató las muñecas. No vas a asumir ninguna responsabilidad. No vas a hacer lo que habría que hacer porque eres débil. Bien, has tomado una decisión, así que este muerto no significa nada.

Echó a andar hacia el arroyo tirando del cadáver por una muñeca. Pasó bajo el tronco del que pendían ganchos y cadenas y aquel par de botas vacías, y el muerto parecía un niño malo llevado a la cama a rastras. Tenía el mentón pegado al pecho, como si le hubiera quedado inmovilizado para la eternidad, y en consecuencia parecía contrito. Sabía lo que había hecho y entendía que ahora lo llevaran a rastras.

Mi abuelo en calcetines, descalzo, ni mocasines ni botas, pasando por el agua y la arena y las piedras con tanto descuido como determinación, abriéndose paso entre los helechos, el muerto detrás dando tumbos, tironeado y sacudido y empapado y hecho trizas. Los helechos una jungla inverosímil, invariables desde hacía cien millones de años, y el muerto ahora como tantas generaciones antes que él, arrastrado por mi abuelo, tan terrorífico este como cualquier bestia que haya hollado jamás el mundo.

Después entre pinos y al sol, el prado, seca hierba amarilla y espejeo de calor, un orbe completamente distinto, mi abuelo luminoso, un segundo sol, más cercano. Todas las distancias desmoronadas, cada mundo próximo al siguiente y sin mediar frontera. Las piernas de mi abuelo ocultas entre la hierba crecida y era como un globo que planeara por el campo, desconectado del suelo. El muerto dejando una estela de amarillo más oscuro, mate y sin captar la luz, un hueco que no se llenaría, y él mirando la estela, no levantaba los ojos al cielo, seguía con el mentón apretado, resuelto a no moverlo más.

Aquel prado era el lugar de juegos de mi niñez, cercano al campamento, un reducido y casi perfecto prado que no debería haber sido utilizado para eso. Un tránsito borrando todos los demás, contaminando la memoria. Pero mi abuelo no se detuvo. Avanzó imparable hasta que el muerto hubo dejado su estela y desapareció entre la maleza. Los habíamos perdido. Demasiado lejos para captar sonidos. Tom y yo seguíamos donde estábamos. Ambos rifle en mano, observando la linde más alejada del prado. Mi padre en el suelo, postrado, y tampoco de él llegaba el menor sonido.

Esperamos, y la montaña entera parecía esperar también, todos orientados hacia el punto en que mi abuelo había descendido por el horizonte y aguardando su regreso, lo mismo que cualquier sol, pero la noche se acercaba y no había oscuridad, ni descanso, ni nuevo comienzo, días abrasadores sin tregua, y entonces reapareció por encima de aquellas hierbas y no dejó señal conforme venía hacia nosotros, una órbita que no se podía modificar, y nada que hubiera ocurrido jamás le había causado el menor efecto.

Cruzó el prado y recuperó su tamaño y cruzó el umbral del pinar, en sombras, extinguido, y se abrió paso aplastando helechos y bordeando el riachuelo hasta reintegrarse a nuestro mundo y no se detuvo ni reparó en nosotros, que estábamos con los rifles bajos y en horizontal, apuntando hacia él, sino que pasó entre Tom y yo. De haberle disparado, y si las balas hubieran conseguido atravesar su mole, nos habríamos matado el uno al otro. Pero el abuelo no nos miró siquiera, aquel peso tremendo desplazándose sobre sus piernas como lápices, inestable y errático, hasta llegar a su colchón,

y una vez allí se derrumbó de bruces con los brazos a los costados, las piernas cayendo después con un pequeño movimiento ascendente. Sonido de muelles oxidados, zangoloteo de espirales, y eso fue todo. No cambió de postura ni se movió excepto para respirar, un desigual subir y bajar de carne moteada y aquellos pulmones tan pequeños sepultados en alguna parte.

A nuestra espalda, mi padre se puso de pie con un gemido grave y Tom y yo giramos en redondo a la vez, como centinelas armados guardando una verja todavía por construir. Pero a mi padre no le interesábamos, tenía la mirada fija en la parte más alejada del prado. Pasó por debajo de los ganchos y cruzó el arroyo y dejó atrás helechos y pinos y se adentró en aquella luminosa hierba siguiendo la estela del muerto. Figura vestida y más delgada que mi abuelo, figura con piernas y buena zancada y forma de ser humano, obligado a recorrer la tierra y a sufrir. Una figura en la que los acontecimientos habían dejado su marca.

Atravesó paso a paso aquel prado a pleno sol y fue haciéndose pequeño cuando ya el terreno descendía ligeramente y luego fue engullido por los matorrales. Nosotros esperamos, como habíamos hecho antes, pero la montaña no quiso esperar con nosotros. Se mostró indiferente, mi padre no era dios ni diablo, solo un hombre. Su regreso por el horizonte no significaría nada.

Pero nosotros aguardamos mientras mi abuelo se quedaba dormido allí detrás, la respiración acompasada y profunda y un ligero silbido recorriéndolo de pies a cabeza. Un gigante en reposo. No estaba claro por qué montábamos guardia, Tom y yo. Tom con un camiseta de camuflaje, oscura geografía de verde y marrón y negro, y el rifle remendado con cinta adhesiva, mal equipado para una guerra no anunciada todavía. Ambos listos para disparar desde la cadera, sin llevar el rifle a la cara porque no estaba claro a qué apuntar. Como si alguna catástrofe estuviera a punto de sobrevenirnos.

Pero entonces reapareció mi padre, un perfil más menudo y encorvado, venía tirando del muerto, andando hacia atrás por el prado. Sin seguir la estela previa, avanzando sin rumbo por la hierba alta sin molestarse en mirar atrás, solo arrastraba el cadáver. Su senda errática, articulada, mi padre dando tirones, y el prado aumentando así la distancia a cubrir y parecía que el trayecto iba a ser demasiado largo, pero finalmente llegó al pinar, rebasó los helechos y alcanzó el arroyo. Los tobillos del muerto virando aguas abajo en la corriente, otra vez le daba por jugar, hacía calor y bajaba al río para refrescarse un poco, aquel extraño muerto que no había descubierto aún la gravedad de lo que le había acaecido.

Mi padre siguió tirando hasta que el muerto quedó al pie de los ganchos, lo soltó dejándole los brazos por encima de la cabeza, relajado, la mar de tranquilo. Era un muerto muy tramposo y cuando no estábamos mirando se aprovechaba.

Mi padre aflojó una cuerda que sujetaba cadena y gancho, dejó caer estos al suelo y luego se arrodilló a los pies del muerto como si fuera a lavárselos, unos pies sin sangre y blancos, no oscurecidos como el resto del cuerpo, pero mi padre agarró el gancho y ensartó un tobillo a la altura del tendón de Aquiles, como habría hecho con un venado, y el gancho salió limpio de sangre por el otro lado. Luego ensartó el otro tobillo y los dejó caer a tierra.

Se puso de pie y tiró de la soga y la enrolló en torno a un árbol que había al lado y fue tirando y cobrando cuerda y el muerto se alzó otra vez, solo que ahora con los tobillos espetados como un ciervo cualquiera y los brazos atrás en un gesto de alabanza pero el mentón clavado, penitente, aunque menos alocado que antes, comprendiendo tal vez algo de su destino. Aquel oscuro vientre flaco y el doble nacimiento, y mientras subía se balanceó y vimos de nuevo el cráter, oscuro e ignoto como cualquier luna, y las moscas que acudían de nuevo, y pareció que hubiéramos estado allí antes, un momento repetido, y que estaríamos para siempre allí, levantando al muerto para tenerlo colgado cerca, sobre nuestras cabezas.

¿Y si a Jesús lo hubieran colgado así, boca abajo, girando lentamente sobre sí mismo, las manos crispadas como garras, los nudillos rozando el suelo? La cabeza levantada contra toda lógica, el mentón pegado al pecho, esforzándose por ver el cielo más allá de sus pies. Jesús el cazador, colgando igual que cualquier bestia. Y los bancos de las iglesias adosados al techo para que los fieles pudiéramos verle los ojos. O quizá nos tumbaríamos todos sobre un suelo desnudo, sin bancos ni nada, y miraríamos hacia arriba, o incluso nos colgaríamos también por los pies, en largas hileras como los murciélagos, y cantaríamos mientras la sangre inundaba nuestras cabezas.

Pero él tiene los nudillos en la tierra mientras da vueltas, no puede haber iglesia de ninguna clase, nada que tenga un suelo o que tenga un techo porque entonces no podrá ver el cielo.

Mi padre no lo cubrió. Nada de saco para esconder a este Jesús, nada donde introducir a este muerto.

Yo allí de pie con el rifle como un centinela romano, y era inevitable que tratara de interpretar los estigmas. La mente humana siempre ha interpretado y siempre interpretará. Aquel doble nacimiento, el orificio de entrada de la bala arriba pero ahora abajo allí donde han cortado el cordón umbilical, eso es lo que nos dice que renacemos en la muerte. El cráter posterior nos dice que la vida mortal estaba vacía. No, por supuesto que no es eso lo que significan estas cosas, pero a la mente no hay quien la pare. Yo, incluso ahora, no puedo dejar de interpretar al muerto, porque todavía quiero algo, de la misma manera que él siempre tendrá esa expresión de querer más.

Mi abuelo dormía apaciblemente. Respiración irregular que podía cortarse en cualquier momento pero que siempre continuaba, y no por apacible menos irregular. Yo estaba entre él y el muerto, dos formas en reposo, y no sabía en qué dirección mirar. Girando continuamente, como el lento girar del muerto. Mi padre y Tom cada cual ya en su petate, pero yo sabía que no podrían conciliar el sueño. Permanecerían acostados en el pinar mirando al cielo, convertidos en la congregación, siguiendo la mirada de aquel.

Los árboles convertidos en columnas de piedra, tallados en un lenguaje ya olvidado, y el cielo nuestra cúpula, la montaña de detrás el ábside. Suelo de

tierra y sin techo que pueda alcanzarse. El altar transportado a través de la nave hasta el portal mismo, hasta el borde del riachuelo y más allá el prado al sol, el mundo fuera de ese santuario. Un altar de lo más sencillo, gancho y cadena. Y una gran losa de mármol para el sacerdote, el colchón de mi abuelo. El resto de nosotros a su alrededor, temerosos. Cada misa un combate, partir el cuerpo de Cristo y beber su sangre. La misa cristiana más truculenta ya que cualquier cosa que pudiéramos inventar. Incluso el muerto pendiendo de los tobillos era dócil, no había que beber su sangre ni ingerir su carne. Nosotros no éramos caníbales.

El reposo del muerto y de mi abuelo, la gran calma, ambos quietos salvo por la acción del aire, ya fuese respirando o al compás de la brisa, y yo no podía moverme debido a ese reposo. Estuve horas allí de pie con mi rifle esperando que sucediera algo de un momento a otro, pero no había más que brisa y respiración y el pausado crecer de las sombras, las columnas girando sobre el suelo delante de mí, movimiento circular como una esfera que exigiera ser interpretada, una disposición concreta fijada desde los albores del tiempo.

A veces me parecía que no podía sostenerme en pie, de tanto como se ladeaba el mundo. Pero luego se corregía y cada nueva posición de la sombra se solidificaba, quieta, para deslizarse otra vez. Era como estar subido a una brújula gigante pero atrapado en uno de los bordes, nunca en el centro.

La tarde se oscureció, el prado ardía pero a menor intensidad, todo el cielo luminoso aún pero de un tono más tenue, el blanco había desaparecido del amarillo y el azul, sustituido por dorado y negro, y a mi alrededor los árboles cobraban presencia, la corteza un relieve más duro pero crecida.

Figuras visibles en los dibujos de la corteza, tallas en las columnas que sin embargo yo no podía interpretar. Esperando a que el sacerdote se alzara, y él fue el primero en hacerlo. Giró en su colchón, se hurgó una oreja con el dedo, expulsó el aire con fuerza y luego pasó las piernas por el borde y me miró.

Necesitarás estar así siempre, dijo.

Era un hombre y nada más, mi abuelo. En momentos como aquel, recién levantado, yo me daba perfecta cuenta. Su boca abierta en un bostezo de pesadilla dental, uñas sucias rascándose la blanca barriga y dejando surcos rosados en ella, calzándose las botas y poniéndose luego la camisa marrón de ir a cazar y aquella chaqueta de siempre, encogiéndose ya vestido, el flequillo curvado, hundiendo otra vez el dedo en la oreja. Un hombre y nada más. Pero eran momentos fugaces.

Mi abuelo se echó hacia delante pero su cuerpo se empeñó en volver al

colchón, gemido de muelles, al segundo intento logró sostenerse milagrosamente sobre sus pies y sus piernas. Hizo una pausa, miró curioso a su alrededor, pestañeando, como un ave demasiado gorda para alzar el vuelo. Los mismos pensamientos que cualquier ave, es decir, nada, ausencia de mente. Alma gélida de una cosa surgida demasiado tiempo atrás, ave o reptil o roca. Y luego se tambaleó camino del excusado.

Viejo y frágil, metamorfo. El diablo y sus trucos. Pero de mi propia sangre. Aquellos andares inestables, pasando bajo los árboles hasta perderse de vista tras los oscuros tablones de contrachapado. Escandalosos sonidos a continuación, como si alguien comprimiera un enorme fuelle. Casi esperé verlo salir reducido de tamaño, pero no, lo hizo bajo su redonda forma habitual, tambaleándose hacia mí y, como siempre, sin mirar a ningún lado. Ojos que jamás habían visto.

No puedes estar despierto toda la vida, dijo.

Retrocedí. Prefería la compañía del muerto. Aun con sus trucos, era más seguro estar a su lado. Me batí en retirada hasta el arroyo y los helechos y el cadáver colgante, y mi abuelo pasó de largo camino de la mesa para un segundo almuerzo. Se preparó un emparedado con el cuchillo de caza, pasó la lengua por la hoja y luego lo hincó en la madera.

Mi padre que se había levantado también, desarmado, sin arma ni cartuchos que coger ya. Meando junto a su petate, y luego Tom levantándose para hacer lo propio y ambos deambulando por el campamento. Me volví y eché una meada en el arroyo, sin rastro ni olor detectable, el rifle apoyado en el pliegue del codo. La cabeza vuelta para no perder de vista a mi abuelo.

El muerto no olía bien. Solíamos colgar los ciervos para que la carne estuviera más tierna, dejarlos descomponerse un par de días por lo menos. Pero ningún ciervo olía así de un día para otro. El muerto convirtiéndose en una molestia, mal destripado y sin pellejo que arrancar. Pedazos de pulmón y de corazón y de intestino, entrañas, los huevos intactos. Todo lo que le quitamos a un ciervo. Cuando hube terminado de mear, me aparté un poco más.

La tarde se había puesto calurosa. Yo notaba el calor en la espalda, procedente del prado, invadiendo el aire más fresco. Todos los recuerdos que ahora me cuento a mí mismo una y otra vez, los días más importantes de mi vida, días que quiero recordar hasta en los menores detalles, pero ¿cómo me los conté entonces? No tengo acceso a esa mente. Sueño lúgubre y agitado, repleto de formas atroces.

Mi abuelo se levantó de la mesa y caminó como un niño pequeño hasta su

jergón para coger el rifle. Sujetándolo con el cañón hacia el cielo, comprobó que no hubiera ningún cartucho en la recámara, ¿o quizá retiró unos centímetros más el cerrojo y cargó uno? Imposible saberlo a veinticinco metros de distancia. Yo sujeté el mío con ambas manos, listo para accionar la palanca y alojar una bala. El rifle pesado, de sostenerlo tantas horas, mis hombros tirantes y caídos.

Me desplacé lateralmente y puse la camioneta entre él y yo, un escudo, y esperé a que mi abuelo montara en la cabina. Después lo hizo Tom y entonces mi padre vino hacia donde yo estaba, mirándome como si jamás me hubiera visto, y finalmente subí a la plataforma.

Viajando en aquella camioneta como si tuviéramos un destino común, como si fuera posible llevarnos bien. Saliendo despacio de aquel pinar hacia la pista forestal, dejando que la tierra girara bajo las ruedas. Dejando atrás el territorio yermo del ciervo imaginario, hacia panoramas más amplios y una cuesta suave que describía una curva hasta los picos más altos, desprendimientos y taludes. Todavía era por la tarde, mucho calor, pero la hora de las sombras, cada árbol de aquella pendiente destacándose individualmente y reclamando su anclaje en el suelo. Cada pequeña planta y cada rama caída y cada piedra puestas en evidencia hasta convertir una ladera en algo imposible de abarcar con la vista. Solo una textura. La creación un exceso.

Mi padre conduciendo muy despacio. Esta vez íbamos de cacería. El gemido grave de la tracción a las cuatro ruedas, sensación del vehículo mantenido a raya. El final del día el momento en que saldrían ciervos del sotobosque para forrajear al descubierto y al pie de los árboles.

Pasamos el desvío hacia los zigzags y el revolcadero y seguimos hacia el siguiente monte que bajaba hacia pinos blancos, tanto de azúcar como la variedad gris. Big Bertha al alcance de la vista, el segundo pino blanco más grande del estado, un tronco de tres metros de grosor que se estrechaba de manera muy gradual hasta la copa misma, donde se volvía nudoso y retorcido para rematar en una amplia superficie plana de ramas y agujas que siempre me había parecido como de otro país, una imagen de África o de tierras imaginarias. Irguiéndose muy por encima de cualquier otro árbol, una especie de hito, un monumento viviente. Su corteza casi rosada al sol en declive. Siglos hechos visibles y reales, un reconocimiento del tiempo al alcance de nuestras manos.

Siempre parábamos allí, siempre íbamos andando hasta el viejo tronco y lo tocábamos, aunque fuera solo un momento. Había que hacerlo, admirar

aquel coloso.

Pero mi padre pasó de largo y yo estaba todavía contemplando el árbol. Aquel gigante una contravención de la escala, un rompimiento de la normalidad, un indicador de lo que siempre estaba acechando detrás de aquello en lo que creemos. Cualquier parte de nuestro universo capaz de eso en cualquier momento.

Mi padre llevándonos hacia los claros inferiores. De repente supe que era allí adonde íbamos. Dos grandes prados que descendían cientos de metros por una ladera, uno más arriba del otro y una franja de maleza entre ambos. La parte más abierta de todo el rancho, flanqueada de pinos de azúcar.

El olor de aquellos pinos, más dulzón que su nombre. Y las enormes piñas, dos palmos de largo y medio de ancho, grandes pétalos de algo que no era madera ni flor sino una sustancia propia, todas ellas convexas y más oscuras en la punta. Mi padre se detuvo en el último grupo de árboles antes de entrar a los claros, paró donde siempre lo hacía, y Tom bajó para que saliese mi abuelo, que apareció sin el rifle porque siempre le habían interesado mucho más las piñas que los venados.

Mi abuelo coleccionista, pero solo de estas piñas. Algo que nunca he entendido. Salté de la plataforma y lo seguí a cierta distancia. Hacía fresco al pie de los árboles, era la brisa que se levantaba siempre al ponerse el sol, y los pinos tenían un aspecto sedoso, el verde claro en lo alto dispuesto en frondosos arcos, una especie de santuario, los troncos muy altos, más que en cualquier otro bosquecillo de pinos de azúcar que yo hubiera visto.

Mi abuelo dando sus primeros pasos, muy inclinado al frente, un niño en un jardín encantado. La lengua sobre el labio inferior, la boca abierta, respiración entrecortada, las manos adelantadas, dedos extendidos. Duros ojillos de pájaro buscando semillas. Se agachó un poco para coger una piña grande y dio la impresión de que su peso se descentraba de manera inverosímil, piernas como palillos esforzándose por no quedar atrás mientras el torso vencía hacia delante y luego se elevaba, y de algún modo consiguió no caerse y sostenía en la mano una piña cual huevo dorado, mirándola de cerca, una piña gigante que quizá era otro modo de retroceder en el tiempo. Casi tan grande como su cabeza, y mi abuelo la llevaba como habría llevado a un niño o a su amada.

Así es como me gustaría recordarle, con una piña recién nacida en las manos, festejando su hallazgo al pie de los pálidos pinos de azúcar, la brisa y el último sol colándose entre los árboles, a sus pies un sembrado de piñas. Es lo más cerca que he visto a nadie del éxtasis, y el único indicio de que hubiera

en mi abuelo algo bueno, tierno o inocente, la única vez en que podría haber tenido un alma.

El flequillo dotado de un halo, sus dedos color de rosa y nuevos como si acabara de venir al mundo, y la lengua en perpetuo movimiento, asomando y volviendo a retirarse, solo aquello se movía, como si el habla no se hubiera inventado aún. Lo que mi abuelo sentía o veía nos estaba vedado a los demás.

Giró la piña entre sus manos y el asombro no disminuyó. Continuaba admirándola cuando fue hacia la camioneta, y entonces la lanzó a la plataforma y dio media vuelta para ir a buscar otra.

Podía estar así el resto de la tarde, hasta dejar la plataforma llena de piñas. Querría conservarlas todas y eso provocaría una discusión con mi padre cuando llegara el momento de cargar otra vez la camioneta para la vuelta, mi padre metiendo las cajas de material y aplastando piñas durante el proceso. Detrás del garaje, en su casa al borde del lago, mi abuelo tenía verdaderas montañas de piñas. Como si fuera un nido. La verdad es que nunca le entendí, a mi abuelo, un misterio de pies a cabeza.

A todo esto mi padre y Tom habían ido andando hacia el claro y yo los seguí, dejando al abuelo con sus piñas. Un muro de luz solar, fin de la sombra y la brisa fresca, saltamontes describiendo arcos en el aire tórrido, mariposas y libélulas. Tuve que hacer visera con la mano para protegerme los ojos.

Mi padre tendido en la seca hierba amarilla como si estuviera tomando el sol, pero tenía el gesto torcido, los ojos cerrados pero sin descansar. Pulular de hormigas en sus brazos, su cuello y sus botas, una procesión de figuras negras.

La hierba dibujando formas al son del viento, abalanzándose cuesta arriba en olas de redondeada cresta que viraban, se extendían y volvían a desaparecer. El gris plata tornándose amarillo, una pausa y gris plata otra vez, empujado a ras de tierra. Sin predicción acerca de cuándo o dónde, simplemente observar y esperar, ver y olvidar. Un elemento que nos estaba vedado atrapar, inasible, aun respirándolo. Y el terreno ya en pliegues y ondulaciones, preformado. Todo ello sumido en el silencio por los árboles que teníamos detrás, una dislocación del sonido. Lo que estábamos viendo parecía cosa de sueño, otro lugar de culto, pero esta vez los fieles habían quedado solos porque el sacerdote se había convertido en un niño que se tambaleaba hacia sus queridas piñas.

Desierto, el hogar de la Biblia. Venimos del desierto. Estamos hechos para caminar por terreno seco, para respirar viento seco. Aquel claro de hierba seca no más alta que nuestras pantorrillas, finos tallos con demasiado espacio entre uno y otro, un sitio donde no puede crecer otra cosa. Hordas de humanos asándose al sol, el agua un reloj y nada más, paso a paso en nuestras grandes migraciones. ¿Cómo llegamos a ser tan numerosos?

Adán y Eva, luego Caín y Abel, después Abel muere pero hay gente suficiente como para que Caín construya una ciudad. Somos apariciones repentinas, surgidas del polvo formando grandes ejércitos mientras Caín caminaba hacia el lugar donde fundaría esa ciudad. Caín y los otros que recordamos del Antiguo Testamento son semidioses. Noé vivió novecientos treinta años. Nosotros, en cambio, somos más efímeros, nacemos para caminar, estamos hechos de polvo pero nos acucia la sed. Un polvo que no descansa nunca. Y así es por voluntad divina, pero dios tuvo el detalle cruel de hacer que el polvo pensara, y fuese así consciente de su sed al andar.

Tom estaba ya muy abajo, caminante como miles de generaciones antes que él, disolviéndose en los pliegues de la tierra, visible primero, después no, y otra vez visible, dibujos extendiéndose sobre él, formas que él no podía ver ni conocer pero en las que sin embargo participaba.

Y yo le seguí, cómo no. Andar es lo único que sabemos. Solo los lisiados se tumban y se niegan a andar. Mi padre desprovisto de todo: rifle, voluntad, futuro. Yo no podía hacer nada salvo abandonarlo. La sensación de aquel terreno bajo mis botas, hecho pedazos y alterado para siempre, el sonido de mis pisadas en el viento, una *scabland* de abrojos y espino amarillo desplazados y sin origen claro, llevados hasta ese lugar y olvidados después.

Cierta sensación de esperanza al inicio de cada caminata, algo en el acto mismo de ponerse en marcha, un goce. Lagartijas escabulléndose a mi paso, cuerpos sin empuje, una carrera y luego parar de golpe antes de repetir la operación. A esa escala la gravedad no tenía agarre.

Busqué la hierba más alta y arranqué una brizna, doblé el extremo hacia atrás, con cuidado, lo plegué sobre sí mismo e hice un nudo corredizo. En cuclillas con mi rifle cerca, la culata apoyada en el suelo y el cañón pegado a

mi hombro. Vigilando la trayectoria de Tom, que ya se perdía de vista más abajo, así como la linde del claro superior, donde mi padre y mi abuelo se dedicaban cada cual a lo suyo.

Un lacito al extremo de la brizna, nudo corredizo para lagartos. Me erguí y empecé a andar con cuidado, cada pisada momentáneamente allí y luego borrada, siguiendo aquellos diminutos vestigios de tiempo, dorsos acorazados, cuellos con escamas, agujeros en vez de orejas y boca inexpresiva, ojos que aprehendían el mundo directamente, sin mediación, sin pensamiento. Los primeros cazadores y ningún deseo de cazar, sombras de movimiento apenas y un instinto devorador. Si me quedaba quieto, era como una piedra cualquiera, irreconocible. Todo olvidado al instante, cada momento nuevo, el mundo tal como es. Al moverme, me convertía otra vez en algo. Y así me convertí en roca y luego movimiento y luego roca y luego movimiento y otra vez roca después hasta que el tallo que sostenía en la mano se extendió con su lazo justo encima de un pequeño lagarto con franjas azules a lo largo del pescuezo.

Yo estaba muy quieto y la hierba en mi mano apenas temblaba, se movía bastante menos que los tallos de alrededor, que se inclinaban y se estremecían antes de erguirse de nuevo. Qué estaría oyendo el lagarto. Cabeza articulada, vuelta hacia un lado y mirando hacia arriba. El cuerpo un saco de piel gruesa, desinflado.

Bajé el nudo corredizo muy lentamente y el lagarto movió la cabeza en la otra dirección, quién sabe por qué motivo. Lo bajé hasta que el borde del lazo estuvo ligeramente por debajo de su mentón, y entonces tiré hacia atrás y hacia arriba y el lagarto quedó colgando presa de un pánico que se remontaba a todo aquello que haya reptado jamás. Patas y cola sacudiendo el aire, el cuerpo acalambrado, y todo sin el menor sonido. Yo no oí más que el viento en la hierba y en los árboles. Sostuve el lagarto a la altura de mis ojos, lo miré, seguía sin reconocerme. La cola una serpiente con dibujo de olas, tan sensible al viento como el agua, igual de consciente. Collarín amarillo, garganta azul, aire tibio, cosas equivalentes.

Lo deposité en el suelo y embistió contra el lazo. Lo solté. Un pequeño lagarto arrastrando un tallo de hierba, y tal vez lo arrastraría toda su vida.

Los campos poblados, del primero al último. Los humanos ya no soberanos. El lagarto un depredador, un gigante, pero no tanto como para dominar este territorio. Los insectos lo han invadido todo. Cientos o miles al alcance de la mano, no importa dónde estemos. Me puse a gatas, el rifle por tierra y hierba pelada, observé la infestación. Hormigas negras o negras y

rojas, bruñidas y perfectas, sus patas sin llegar a tocar el suelo, suspendidas lo suficiente para no dejar ningún rastro. Chinchas de un gris mate, con pliegues, los bordes de un naranja subido. Saltamontes casi invisibles con el fondo marrón claro de los terrones, siempre esperando hasta el último momento para saltar. Actividad del mundo invisible en su mayor parte para nosotros.

Me levanté y seguí andando, el aire cálido y el último sol un placer, placer incluso las lagartijas y los insectos, tendría que ver con esa edad, ahora que tanto trabajo cuesta recuperarlo. Ahora miro un campo y no veo otra cosa que tiempo.

Pero cuando tenía once años el tiempo era ilimitado e ignoto, la vida una cosa que se extendía sin fin, y yo caminaba entre la hierba sin ser capaz de notar los tobillos ni las rodillas ni la espalda, todo funcionaba bien entonces, las articulaciones un mero rumor, músculo y hueso inseparables todavía. No sentía el menor remordimiento, ninguna culpa, ninguna preocupación tal como ahora las conozco, tan solo impaciencia, y aquella pendiente bajaba y subía y soplaban el viento y más allá yo podía ver otras montañas y notar cómo la montaña se alzaba detrás de mí.

Otra vez buscando ciervos, por todos los rincones. Al acercarme a la línea de matorral y árboles que separaba los dos claros, aflojé la marcha y me agaché con el rifle bajo. Las sombras se extendían hacia mí, como una gorguera de protección. Pasé bajo unas ramas de pequeños pinos grises y me encontré a Tom sentado con la espalda apoyada en un tronco, oculto en las sombras.

De ciervos, ni señal, dijo en voz baja.

Me senté recostado en un tronco a tres metros de él. Cada cual con su rifle de través sobre los muslos. Más allá unos cuantos árboles y después el intenso amarillo del claro extendiéndose hacia abajo, tan grande como para ser una región en sí mismo. En el centro una cresta con afloramientos de roca. A mano izquierda un pliegue que descendía hacia un bosquecillo de pinos de azúcar. Campo abierto en amplias curvas a ambos lados, y arriba a la derecha una línea de matorrales, tras los cuales se ocultaba un cortafuegos.

Ventosa, aquella zona, más fresca con la sombra, vibrar de cigarras. Grandes libélulas merodeando por las márgenes. Pequeñas mariposas blancas brincando en el aire justo encima de las secas briznas de hierba.

El día que naciste yo estaba allí, dijo Tom. Tampoco hubo señal.

Señal ¿de qué?

Ningún tipo de advertencia. Si acaso, parecías una cosa insignificante. Me tomé una cerveza, y cuando empecé a aburrirme me largué.

¿Cómo era mi madre?
Pregúntaselo a tu padre.
Nunca me lo dice.
Ya.

El claro inferior un gran disco ardiente, y nosotros girando en uno de sus bordes, inclinados hacia arriba. El calor que desprendía.

No se trata solo de que hayas hecho una cosa, dijo Tom.

¿Cómo?

El problema es que tú nunca vas a seguir las normas.

¿Y eso qué quiere decir?

No quiere decir nada. Eso es lo malo. Ya no queda nada que nos mantenga unidos.

No entendí lo que Tom trataba de decirme. Ahora sí lo entiendo. Y ojalá pudiera hablar ahora con él. Tom fue mi mejor oportunidad. Mi padre, lo mismo que mi abuelo, demasiado distorsionados. Pero aquel día no dije nada, me lo quedé mirando, aquel rostro familiar, ojos flotando tras los cristales de las gafas, aquella cara de muchacho.

Yo ayudaría, dijo. Eso lo sabes bien. Si hubiera algo que yo pudiera hacer por tu familia, yo echaría una mano.

Gracias.

Bueno, disfruta de tu última libertad. Estarás sentado como ahora, pero esos troncos serán barrotes y el viento olerá a orines y a mierda, a sudor y a vómito, y en vez de tierra habrá cemento debajo de tu culo. Y no tendrás un rifle. Nadie pudo prever lo que eres, pero todos lo descubrirán cuando volvamos. Y a partir de entonces, cada vez que alguien te mire, verás lo que piensa de ti.

Contemplé la llanura ardiente y los afloramientos en el centro, surgidos de la tierra y quebrados. Restos diseminados a un lado y a otro, desprendidos de la roca principal hace tanto tiempo que estaban recubiertos de líquenes. Claro que eso es como lo veo yo ahora. En su momento vi el claro, el afloramiento de roca, y no pensé nada, no tuve la menor sensación de nostalgia, de tiempo, de declive que pudiera convertir los restos esparcidos en piedras rotas, en momentos así no tenía más pensamientos que los que pudiera tener un lagarto. Qué desperdicio, ese chaval que yo era entonces. Ojalá pudiera recordar exactamente lo que Tom me dijo, porque es posible que hubiera algo más, algo que me sirviese ahora, pero lo que recuerdo mejor es lo que dijo a continuación.

Te pudrirás durante treinta años. Y cuando salgas te estaré esperando. Lo

notarás antes de oírlo, la bala en tu espalda. Acuérdate, cuando salgas, de que eso es lo que te espera.

Lo recuerdo bien por la impresión que me causaron sus palabras, porque no era propio de Tom, no encajaba con lo que yo recordaba de él.

Tom echó a andar hacia el claro, el calor, el sol y la hierba crecida, y se desvió hacia la izquierda, cuesta abajo, camiseta de camuflaje y tejanos, agachado, avanzando con tiento, concentrado en la cacería.

Y eso hice yo también. Había nacido para cazar. Salí al sol y seguí el borde del matorral cuesta arriba, pegado a él a fin de permanecer a cubierto, mi brazo derecho sometido a pinchazos y arañazos. El claro inferior como un rueda, y Tom y yo recorriendo su circunferencia en direcciones opuestas.

Tom se dirigía hacia los pinos de azúcar de más abajo, pero yo no vi nada allí excepto sombra y aquellas piñas que incluso desde lejos se veían gigantescas. Tom cada vez más menudo y casi invisible con el oscuro matorral al fondo, reconocible solo porque se movía. Lo que esperábamos encontrar era un enigma. Podíamos ver ya el claro entero y había mucho espacio al pie de aquellos árboles, ningún ciervo podía esconderse allí. Girábamos alrededor de un enorme vacío.

Yo estaba cerca del cortafuegos que había detrás de los matorrales, y entonces me adentré en ellos dejando el claro y a Tom, tratando de encogerme entre las ramas que se me pegaban. Avanzando de costado, el rifle al frente en mi mano izquierda. Los arañazos un placer, un alivio después del escozor de los verdugones y las ampollas y la avena venenosa, y enseguida sufrimiento. Noté que iba en aumento con el calor, que invadía cada vez más extensión de piel. Brotando en mi vientre y en mis costillas, arañazos también a medida que la camiseta se me subía, una oleada de placer y dolor. Todo seco, reseco, y yo hacía horas que no bebía agua. Mareado, un temblor en la parte alta de la cabeza. Pensé que quizá me había extraviado y que el cortafuegos no estaba donde yo creía, que me había metido en un matorral seco e interminable.

Cada vez era más intrincado, más denso, como ocurre siempre. Y, claro está, pensé en serpientes y me entró pánico. Atrapado, sin poder avanzar, tratando de abrirme paso a rodillazos, volviendo la cabeza todo el tiempo a un lado y a otro, la piel ardiendo por la avena, el sol inclemente y sin aire que respirar. No veía por dónde estaba pisando.

Duración. Lo que nos ofrece la naturaleza es duración, la promesa de que cuando nos vemos atrapados y muertos de miedo y quisiéramos estar en cualquier otra parte, ese momento se prolonga y crece y no hace sino empeorar. El mundo inventado por motivos que no nos tuvieron en cuenta,

pero a nosotros se nos olvida y por eso lo subestimamos.

El pánico me hizo dar media vuelta, como suele ocurrir. Intenté volver por donde había venido, tirando ahora del rifle, pero el camino que había abierto antes se había vuelto más intransitable aún, cada rama y cada espino acelerados en su crecimiento, y al poco rato tuve que desviarme y allí no había ningún camino y ni siquiera sabía qué dirección estaba siguiendo.

El miedo no permite brújula. El mundo gira y se ladea y no hay modo de sujetarlo. Atrapado y también perdido, serpientes por todas partes. Nuestro primer temor, la serpiente bíblica, con nosotros desde el principio, fuente de todo miedo, la forma externa de eso que sentimos culebrear en nuestros corazones.

Cambié una vez más de dirección, rumbo al cortafuegos, virando y extraviado en otro matorral, abriendo camino con el rifle. Arañado y en carne viva y consumido de calor y de miedo hasta que la mano que empuñaba el rifle tocó aire, vacío, y entonces moví las piernas con energía, atravesé las últimas matas y salí expulsado, libre por fin, al cortafuegos.

Noté su presencia antes de verlo, sentí cómo lo identificaba y la tensión en mis músculos, y ya estaba bajando la palanca para cargar un cartucho. El ciervo se encontraba a un costado, no más de treinta metros carretera arriba, los cuartos traseros apretados y la cabeza baja para beber de la fuente, el sol detrás de mí y todos los pelos de su cuero pardogrisáceo visibles al último sol del día. Un enorme ciervo de tres puntas, iluminado por el ocaso, tal como yo lo había imaginado el día antes pero en carne y hueso, poderosa cornamenta inconfundible, grandes ojos negros y un alma.

Sus ojos me miraron un instante apenas y luego giró y se propulsó por aire y matas, sus finas patas y pezuñas dobladas hacia atrás, un ondular de músculos, bella simetría y potencia, y yo encajando ya la culata del rifle en mi hombro, apuntando sin hacer uso de la mira, solo por intuición, y apreté el gatillo con muy poca fe mientras él desaparecía en el matorral y solo quedaba a la vista una parte del lomo, y enseguida el retroceso del rifle, una explosión, olor a azufre y un tremendo impacto en la mitad trasera del ciervo como la mano de dios, un golpe terrible que empujó sus ancas con violencia y lo sacó del matorral, achatando músculos y astillando huesos. Su mitad posterior lanzada contra el suelo, y el resto cayó después, entre chillidos. Una voz casi humana. Gritando con la cabeza hacia atrás, voz clamando de dolor y confusión y rabia. Aguda, no rugido ni bramido de bestia, sino humana y asustada.

Se arrastró hacia mí hincando las patas delanteras, la cabeza gacha y el

pecho alzándose como si fuera a ponerse en pie, pero luego la mitad de atrás le fallaba. Como si fuera de plomo, un peso que se viera obligado a arrastrar. Gritó una vez más, no comprendía lo que había pasado. Quería dar media vuelta pero no podía, sacudidas de cabeza hacia el costado, pero cada esfuerzo lo acercaba más a mí.

¿Dudó Caín? En el campo junto a su hermano, cubierto con las pieles de las ovejas trasquiladas de Abel, y Caín convertido en labrador, su cosecha juzgada deficiente por dios. Rabia mientras avanzan por los surcos que él ha plantado, en la mano lleva una piedra y sin pensarlo dos veces se pone detrás de Abel y descarga esa piedra contra el cráneo de su hermano. Hasta ahí lo fácil.

Pero Abel vive todavía. No ha bastado con un golpe. Tiene la boca abierta de dolor, los ojos cerrados y el pelo sucio de sangre allí donde la piedra ha hendido la carne y aplastado el hueso. Yace de costado en la tierra, manos y pies entumecidos pero aferrándose todavía al suelo, ese intento de escapar reptando, el más antiguo de los instintos. Y Caín allí de pie con la piedra en la mano.

La rabia ha desaparecido. Un sentimiento de lo más frágil, una tapadera y un engaño en sí mismo, una traición. Siente que ha caído en la trampa, pero ya es demasiado tarde para volver atrás. Tiene que arrodillarse junto a su hermano, ver la cara de su hermano mientras le golpea de nuevo, y esta vez Caín está indefenso porque ahora sabe quién es. Y es precisamente en ese momento cuando podrían surgir dudas. Puede que transcurra mucho tiempo antes de que esa piedra vuelva a caer, y es ahí donde podemos conocer a Caín. La inercia de su vida, todo fuera de control, un cúmulo de malentendidos y de reconocimientos tardíos, en eso somos descendientes de Caín. Todo lo que pertenecía al instinto aparece repentinamente cargado de consecuencias, la conciencia traicionando a nuestra naturaleza animal.

La Biblia no tiene nada que ver con dios. La Biblia es el relato de nuestro despertar de un sueño, una rememoración atávica de cómo conocimos la vergüenza en el paraíso y decidimos que éramos diferentes de los animales, y Caín fue el primero en descubrir que una parte de nosotros jamás despertará. Esa parte seguirá obedeciendo al instinto, es algo que nunca cambiará. Y uno de nuestros primeros instintos es matar. Los diez mandamientos son una lista de los instintos que jamás nos abandonarán.

Di un paso atrás mientras el ciervo se arrastraba. Haciendo fuerza contra el suelo con sus patas delanteras, intentaba girar pero solo conseguía

acercarse más a mí. Su intenso aliento muy cerca, los ojos girando en sus órbitas, el olor que despedía, y de repente aquel grito otra vez, los ojos velados y la cabeza en alto, el gemido agudo de todo dolor habido y por haber, ilimitado e inaguantable. El descubrimiento de que medio cuerpo no le respondía, medio cuerpo perdido, mutilado, nunca más volvería a estar entero. Incapaz de huir, reptando hacia su fin.

Olor a cuero y sudor y sangre y miedo. Sangre incrustada de polvo, roja y luego marrón, patas traseras enganchadas y arrastrando. El cortafuegos estrecho, denso matorral en trance de invadirlo y ninguna vía de escape a un lado ni a otro, para él como para mí.

El ciervo cada vez más cerca. Impelido por el pánico, las pezuñas en frenética actividad, aquella cornamenta de blancas puntas lista para destriparme. Yo tenía que retroceder más deprisa, pero estaba como paralizado. La vegetación reduciendo cada vez más el espacio en aquel largo pasadizo.

En la frente como un caballón, músculo y venas bajo la piel, ruido seco de las mandíbulas al entrechocar. Cascos parejos, óseas cuñas gemelas golpeando el suelo como si lo arrancara. Intentó una vez más levantarse, agachando el largo pescuezo, embistiendo, aquel amplio pecho separado finalmente del suelo al extremo de las patas delanteras, pero cayó otra vez.

Expulsando largamente el aire, resoplidos a ras de polvo, y estaba allí como empantanado. Intuí que una parte de él quería parar, quedarse allí tumbado y esperar la muerte. Esa parte sabía que era el fin. Yo no había sentido nada disparándole al furtivo, pero ahora era diferente. Aquí podía ver lo que experimentaba el animal, la catástrofe, el callejón sin salida, sin esperanza de recuperación, el final de una vida. Y ese final yo lo sentí. Cazamos los animales más grandes porque son los más próximos a nosotros.

Pero el ciervo volvió a empujar con las patas delanteras y alzó la cabeza y reptó hacia mí, cada vez más cerca, y yo tropecé y caí de espaldas, despatarrado en el suelo a unos pasos de él, traté de alejarme haciendo presión en el suelo con las manos y los talones, pero lo tenía casi encima, se movía más deprisa, estaba pasando ya por encima de mi rifle, que desapareció bajo su cuerpo, y a todo esto repartiendo cabezazos, blandiendo sus astas.

Así lo veo todavía, su pelaje pardogrisáceo al sol que ya se ponía, cada uno de los pelos, creados todos a la vez, un paisaje de músculo, hueso y sangre bajo el pellejo, ondas antes del fin. El sonido de su respiración, aquellas densas exhalaciones, y el calor y el olor haciendo mella en mí, había olvidado su sufrimiento, olvidado que estaba malherido, olvidado cuanto

estaba sucediendo en ese instante, cómo se afanaba en su intento de escapar, y entonces chilló otra vez, un grito interrumpido por inhalaciones de aire, y movió la cabeza de atrás adelante como si eso pudiera librarlo del dolor, extirpárselo del cuerpo, y aquello fue superior a mí. Rodé hacia un costado, me puse de pie y eché a correr como un poseso por el cortafuegos sin mirar atrás hasta que me sentí a salvo, un centenar de metros más allá, y ya no lo tenía cerca.

Pero naturalmente ambos estábamos todavía en aquel cortafuegos, y yo sin el rifle. Las sombras alargadas, medio cortafuegos desaparecido y la brisa arreciando, el último calor del día. Los dos en aquella pendiente.

Solo podía caminar otra vez hacia él, y era una incógnita lo que sucedería cuando nos encontráramos. Fue entonces cuando apareció Tom un poco más arriba, él iba armado pero yo no y no había más testigos. Me pregunté si la bala en cuestión se dispararía entonces, los sucesos de nuestras vidas acelerándose con impaciencia.

Tom se quedó mirando sin más. No hubo vítores ni celebraciones por el primer ciervo que yo abatía. Dudé, temeroso de los dos, Tom y el ciervo. El ciervo seguía arrastrándose hacia mí, la cabeza le caía y la volvía a levantar. Vegetación densa a ambos lados del cortafuegos e incluso brotando en la parte central, maleza surgida entre las huellas. El ciervo enganchándose allí, frenado, y al principio pensé que se le habían enredado las patas, pero al acercarme vi mi rifle enganchado entre las patas de atrás del animal, y la parte que asomaba por un lado le impedía avanzar.

El arma sucia de sangre y tierra y el ciervo venga a tirar, pero lo único que hacía era rotar lentamente sobre sí mismo, atrapado en mitad del cortafuegos. Ya no iba cuesta abajo sino hacia un lado, la cabeza pegada al matorral y el dorso apuntando hacia mí. Las ancas bajas, no le respondían.

Yo no sabía qué hacer. El ciervo estaba atrapado sin remisión. Sus patas traseras y el rifle enredados en la maleza que brotaba del camino y la cornamenta enganchada en el matorral. Con las patas delanteras seguía dándose impulso, pero no hacía sino ahondar en el suelo y levantar polvo. Resoplando por el esfuerzo, tragando aire a bocanadas.

Tom a solo quince metros y el ciervo entre los dos.

¿Qué hago para recuperar el rifle?, le pregunté.

No es problema mío.

Ya, pero ¿habías visto una cosa igual?

No. Contigo todo es una novedad. Eres obra del diablo, de todas la más íntima.

¿Por qué no le pegas un tiro?

Ni hablar. No, yo me quedo aquí mirando.

El ciervo había empezado a cavar. Se mecía sobre el terreno, su parte frontal moviéndose hacia el frente como si pudiera levantarse, otra vez al suelo y vuelta a lo mismo. Olor a miedo, un olor palpable, algo rancio y exasperante, daban ganas de morderle el pescuezo y acabar de una vez con él.

Mi rifle sepultado bajo su vientre y solo la empuñadura y la palanca asomando por el otro lado, trabadas en un matojo.

Empujé la grupa del ciervo con una bota y noté cómo el pellejo resbalaba sobre el músculo de debajo. Carne muerta, pero algo debió de sentir porque sacudió la cabeza para liberar sus astas de la maleza.

Me arrodillé y pasé un brazo por encima para coger el rifle por la palanca. Estaba aterrorizado. Él meneó la testa y los cuernos me pasaron cerca, caí de culo. Cuernas con una gran horquilla en la parte superior, marrón oscuro y acanaladas. Los ojos en blanco, de miedo y rabia. No me alcanzaba, no podía doblarse lo suficiente. Sus pezuñas resbalando en la tierra, un intento de echar la cabeza un poco más hacia atrás.

Pude ver el orificio de bala en un costado del muslo, un pequeño agujero irregular en la gruesa musculatura, y luego otro más grande al final del lomo, el orificio de salida. Le había atravesado la espina dorsal y el músculo que la cubría. Hueso blanco, sangre, carne más oscura.

El olor a ciervo tan diferente a todo, una hediondez procedente de glándulas próximas a los tendones de Aquiles, efluvios para marcar el territorio. Un olor como a almizcle, abrumador.

Me incliné hacia abajo, pegado a él, y alcancé el rifle, pero no había forma de moverlo. El ciervo pesaba mucho. Me golpeó la cabeza con sus astas, apenas un roce.

Huecas. Así me parecieron sus cuernas. Sin la menor sustancia. Una cosa imaginaria y surgida del aire. Nada que temer de un animal, astas hechas de una materia que yo podía partir con las manos. En vista de lo cual me incliné de nuevo, así la palanca e intenté sacarlo de allí debajo.

El ciervo jadeante, golpeando la tierra y resoplando, y allí no se movía nada de sitio. Opté por tirar de una pata, pero cuando la solté volvió a la posición anterior. Muerta, sin sensibilidad, atrofiada, los nervios cercenados, pero prendida todavía al cuerpo por tendones como muelles. Intenté agarrar ambas patas y tirar, pesaban mucho, y el ciervo gritó otra vez, la lengua torcida de dolor, y yo ya no pude más.

Me eché de espaldas en la tierra del camino y me quedé tumbado. El cielo

de un azul intenso, una bóveda sobre nuestras cabezas, un vacío que todo lo absorbía, hasta el último sonido, el último dolor y pensamiento. Me costaba respirar, estaba muerto de miedo. Ciervo y yo allí tirados.

Tienes que acabar con ese animal. Fue mi padre quien lo dijo.

Levanté la cabeza y le vi de pie al lado de Tom.

No puedo sacar el rifle.

Tienes que acabar con él de una vez.

El ciervo meciendo constantemente la cabeza, un gemido grave de fondo, sonido de miedo, dos humanos algo más arriba y yo en el suelo detrás de él. Una proximidad inverosímil en aquel entorno, como si nosotros nos encontráramos de repente ante nuestros dioses, todo cuanto imaginamos materializado en un instante, todo tan real. Y sin manera de huir, las patas tiesas. El pescuezo plano y bajo, escondiéndose del cielo.

Me acerqué a rastras hacia el cañón del rifle que asomaba e intenté tirar de él, pero estaba inmovilizado contra el suelo por el peso del ciervo y no se movió.

Entonces intenté moverlo a él. Le agarré las pezuñas del lado de cuesta arriba y las levanté todo lo que pude girándolas hacia el lado opuesto, pero el animal pesaba tanto y sus patas estaban tan rígidas que ni siquiera logré ponérselas en vertical. Las tenía a la altura de mi hombro y estaba empujando con fuerza, como un buey el yugo para tirar del arado, pero el ciervo empujaba con sus patas delanteras en sentido contrario, no quería que yo lo hiciera girar. Como si, mirando hacia el lado de abajo del cortafuegos, tratara de huir de los hombres.

Solté sus patas y me quedé allí de pie jadeando y él miró otra vez cuesta arriba, como si quisiera ir hacia mi padre y Tom. Nada de lo que hacía tenía sentido.

Dispárale, dijo mi padre.

No puedo, dije. No puedo sacar el rifle.

Le estaba hablando a Tom. Dispárale, Tom.

De eso nada.

Que le dispaes de una vez, coño.

No. Este puto lío es cosa vuestra. Yo no tengo nada que ver.

Mi padre asió el rifle de Tom por el cañón, pero el otro se negó a soltarlo. Los dos hombres cara a cara, casi como bailando, las cuatro manos en el rifle que permanecía erguido como una aguja señalando al cielo. Lento girar de la danza, a sacudidas, una brújula dominada por algún misterioso imán pero siempre vertical. Una aguja que se moviera sobre la superficie de la tierra en

busca de algo, de un elemento que sabíamos que faltaba, algo no descubierto aún pero cuya presencia se hacía notar.

Mi padre con los ojos cerrados, un zahorí de sus propios pasos de baile, la boca abierta no tanto en un gesto de determinación como de incredulidad, aguantando, pero Tom tenía los ojos abiertos y le dio una patada en la rodilla.

La aguja inclinándose al apartarse mi padre momentáneamente hacia un lado, no señalando ya, perdida toda adivinación, y Tom le atizó otro puntapié en el mismo sitio y mi padre soltó el rifle y cayó en el polvo. Tom retrocedió unos pasos.

No te me acerques, cabrón, dijo Tom.

Tú no sabes, dijo mi padre. Tú no sabes nada.

Sé todo lo que necesito saber.

Tú no sabes lo que es esto.

Ya, bueno, lo siento mucho por ti. Con lo buena persona que has sido, siempre haciendo lo correcto, ¿cómo es posible que te pasen a ti estas cosas?

Pues sí, he hecho lo correcto. He sido un buen padre.

Y aquí tenemos la prueba.

Mi padre en el suelo, no lejos del ciervo, y entonces se levantó y descargó una patada contra la cornamenta del animal, un puntapié haciendo bascular toda la pierna desde el costado. La cabeza del ciervo dio una sacudida, las astas bajaron, el animal intentando encarar a mi padre, pero este volvió a atizarle desde el costado.

El ciervo apuntaló las patas delanteras, un amplio movimiento sobre el polvo, y luego alzó el pecho y meneó aquellos cuernos al extremo de su ancho pescuezo. Pero mi padre fue muy rápido, movió la otra pierna y le dio con la bota en la cabeza.

Pero ¿qué coño haces?, preguntó Tom.

Si tú no me das el rifle, no queda otra salida.

Qué idiotez. Nadie mata a un ciervo a patadas.

Espera y verás.

Mi padre se agachó como un luchador profesional y se situó cerca del ciervo, con las manos a punto, y le agarró las astas cuando el animal intentaba cornearlo, luego agarró las dos grandes horquillas y descargó el pie entre ambas, una coz directa al hocico.

Un fuerte bramido, como si el ciervo se hubiera convertido en otra clase de bestia, mítica y brutal, medio gigante, y a continuación dirigió sus astas hacia arriba y mi padre volvió a caer de espaldas en el polvo.

Pisadas de otros gigantes acudiendo al rescate, como si el ciervo hubiera

llamado a los suyos, un estruendo entre los matorrales, una convocatoria, ruido de ramas al partirse, y de pronto aparece mi abuelo sosteniendo su rifle en alto. Una bestia, él también.

¿Por qué está vivo todavía, ese ciervo?, preguntó.

No lo está, dijo mi padre. Morirá de un momento a otro. No te metas. Y se puso de pie otra vez, ahora blandiendo su cuchillo.

Ese ciervo es de tu hijo. Le corresponde a él matarlo.

¿Así que ahora hay reglas?

Reglas las ha habido siempre.

Menuda empanada mental. No sé cómo no me he enterado hasta ahora de que eras así.

Él va a matar a ese ciervo.

¿Y cómo quieres que lo haga? Su rifle ha quedado atrapado debajo.

¿Cómo ha ocurrido?

¡Y yo qué coño sé! Mi padre se volvió hacia el ciervo y se agachó cuchillo en mano y le cogió los cuernos con la mano libre.

El ensordecedor estruendo del 308 de mi abuelo, un disparo al suelo. Los oídos sordos de golpe y un olor a azufre, evocación del infierno a nuestros pies, y el ciervo que se retorció y chillaba con voz aguda, de puro terror.

Mi padre, por instinto, se lanzó hacia el matorral y yo le imité, lo mismo que Tom. Los tres queriendo ponernos a cubierto.

Tiene que matarlo él, dijo mi abuelo. Él lo ha cazado. Eso no se puede cambiar.

Obligación. Es lo que dios nos exige. El orden de las cosas. Sembramos lo que podemos, pero dios consideró inadecuadas las ofrendas de Caín. Y Caín no podía hacer otra cosa. Supongamos que no fuera posible complacer a dios. Ninguna ofrenda es suficiente, pero se nos exige una a pesar de todo.

Aquel ciervo era lo que mi familia exigía, y aun así no bastaba. No hubo celebración. Pero mi abuelo quiso asegurarse de que la pieza la cobrara yo.

Rodeé al ciervo desde más abajo en el camino. Él volviendo la cabeza, cavando con las pezuñas en un intento de encararme. Fatigado, sangrando, más cerca de una cierta comprensión de los hechos.

Avancé a cuatro patas, los hombros a escasa distancia del suelo, y cuando estuve tan cerca que mi cara rozaba casi el lomo del animal, el ciervo a todo esto agitando cabeza y astas, empeñado en mirarme, di un salto y me lancé sobre él pasando los brazos alrededor de su pescuezo.

Un pescuezo todavía vivo, que se sacudía, que se alzaba de la tierra. Todos los animales al servicio del hombre, creados para él, pero es mentira. El ciervo peleaba por mantener su dominio, bramaba y agitaba la cornamenta y sacudía el cuello intentando librarse de mí. Lo que entendí fue que quería vivir. Del cazador furtivo, en cambio, nunca habría podido compadecerme, el gatillo reclama que uno lo apriete, el gatillo hace que nos olvidemos de lo que significa matar. Pero yo notaba en mis manos el pulso del ciervo, el pánico que lo invadía, la aterradora pérdida, la imposibilidad de que las cosas pudieran ser justas, la tragedia de la propia muerte, tan incomprensible, y la voluntad que nos mueve a negarla. Al matar, yo ponía fin a todo. Y lo que destruyera no podría volver a existir. De eso yo era consciente, y eché mano al cuchillo.

Mi hombro izquierdo golpeando una y otra vez el suelo, el ciervo a punto de tirarme, yo agarrado a él con el brazo, y me habría soltado de no ser porque mi abuelo estaba mirando. Ya no sentía deseos de matar. Habría retrocedido en el tiempo hasta antes del disparo, habría dejado que el ciervo saltara a los matorrales y huyera. Sentía remordimientos, por más que entonces no acertara a definirlo así, tampoco tenía la menor posibilidad de entender ese concepto. Estábamos aquí para matar. Eso era algo inmutable.

La ley familiar y la ley del mundo. Y eché mano de mi cuchillo porque mi abuelo estaba allí para hacer cumplir la ley. Pero yo ya no era el mismo. A partir de aquel momento, cobrar una pieza sería doloroso para mí. Sería forzado, algo que yo no deseaba. Lo cual me haría humano. Matar por obligación, matar incluso cuando yo no quisiera hacerlo.

Pasé el filo de mi cuchillo por la garganta del ciervo. No cortó bien. Tuve que hacer un movimiento de sierra mientras el ciervo chillaba como un ser humano y se debatía y forcejeaba y no quería morir. E incluso cuando dejó de emitir sonidos, con sangre por todas partes y la garganta cercenada y rebosante, supe que todavía intentaba gritar, y me alegro de que no pudiera verle la boca ni los ojos, solo los pelos tiesos de su pellejo, cuando todavía luchando se vino abajo y se estremeció en el suelo.

Bañado en sangre. El animal sin dejar de sacudirse. Yo venga a serrar, ahondando más y más con el filo hasta que noté que tocaba hueso, que tocaba columna, y entonces solté el cuchillo y le sujeté el pescuezo hasta que dejó de moverse.

Ningún animal se merece ese trato, dijo Tom.

Todo animal recibe el mismo trato, dijo mi abuelo. Seguía con el rifle pegado al hombro, el dedo en el gatillo, el cañón apuntando al suelo un poco más arriba de donde estábamos el ciervo y yo, como si fuera a disparar otra vez en cualquier momento.

Nosotros nunca hemos tratado así a un ciervo, dijo mi padre. Jamás. Ni una sola de las veces que hemos venido a cazar aquí.

Lo hemos hecho, todas y cada una de las veces.

No es verdad.

Tú crees que puedes quedar impune. Crees que estás a salvo. Crees que es posible la ética.

Ya empezamos con la filosofía.

Mi abuelo sonrió. Mirando a mi padre. Una sonrisa diferente de cuantas yo le había visto. Y luego dio media vuelta, sonriendo aún, y me apuntó con el rifle. Ahora toca destriparlo, dijo.

Pensé que iba a apretar el gatillo. Me quedé inmóvil, puro instinto, y otro tanto hicieron Tom y mi padre. Esperaron. Pasara lo que pasase, estaba claro que no iban a interferir.

Pero no ocurrió nada. Mi abuelo simplemente esperó, apuntándome todo el tiempo, y entonces yo saqué el brazo que tenía debajo del pescuezo del ciervo. No me había dado cuenta de que una de mis piernas estaba encima del animal, el talón clavado en su estómago como si lo tuviera metido en un

estribo. Me aparté del ciervo y caí de rodillas en la tierra.

El ciervo con los ojos todavía abiertos, no parecía que estuviese muerto. Solo aturdido, como en un compás de espera, su rostro era aún el de algo vivo, algo que asimilaba el mundo.

Me situé rápidamente delante de él, de espaldas a los hombres. Pude sentir el rifle de mi abuelo dirigido hacia mí. Levanté el cuchillo e introduje la punta en el centro del vientre del animal, piel blanca, cuidando de rasgar solo la superficie. Si lo hincaba más corría el riesgo de cortar el saco estomacal verde claro, y entonces saldría bilis.

Yo estaba situado de cara al oeste, en la parte baja del cortafuegos, y el sol descansaba chato sobre el horizonte, quemándome la cara, y ya no soplaba brisa. No sé adónde podía haber ido. Tiré ligeramente del cuchillo y la piel se rasgó, y los pelos blancos no tenían sangre. El cuchillo bajo, paralelo al corte, mi puño apoyado un poco más abajo en aquel vientre, impidiendo que saliese nada, y al separarse el pellejo unos centímetros las tripas asomaron a la brecha, frágiles membranas, resbaladizas y encharcándose a la luz, pero yo estaba medio cegado por aquel sol y me preocupaba no ver si la punta del cuchillo tocaba una membrana, de modo que deslicé la mano izquierda por debajo, acariciando las entrañas con los dedos y buscando más abajo del músculo, el filo del cuchillo incidiendo un poco más arriba.

Ritual. Cuya función es convertir lo horripilante en una cosa normal. Yo me estaba adaptando a la operación, la encontraba sencilla, no sentía absolutamente nada por el ciervo, por esa vida a la que había puesto fin. El acto de matar una cosa del pasado, aun siendo tan reciente, una cosa protegida. Y los hombres serenos también. Nadie decía nada, estaban allí de pie, observando lo que habían visto hacer un centenar de veces y que ellos mismo habían llevado a cabo el día en que se convirtieron en hombres.

Un sonido de desgarrar al atravesar músculos y pellejo, romper todo lo que había estado unido, la hoja del cuchillo afilada y por tanto capaz de deslizarse por aquella superficie. Era como abrir cuanto había estado escondido dentro, las interioridades de cada uno de nosotros. Un hombre no es tan diferente de un ciervo. Abriendo paso hasta el esternón, el costillar, la falda, fin del corte.

Limpié el cuchillo en el pelaje del ciervo y lo envainé de nuevo. Luego abrí el vientre separando el músculo con ambas manos, oscura caverna de calor y vapor y paredes de sangre y hueso, y debería haber salido todo hacia fuera, pero el vientre del ciervo estaba mirando cuesta arriba y no fue así.

Le agarré las patas traseras y puse un pie encima de la culata de mi rifle, para que no se moviera. Levanté aquellas patas hacia lo alto y luego empujé

con todo mi peso sobre ellas, y esta vez el ciervo no pudo volverse hacia mí. Conseguí girarlo, primero jamones y tripa y pecho, luego me adelanté para agarrar las patas delanteras y hacerlas girar también, tirando al mismo tiempo de la cornamenta para bajarle la cabeza.

Me arrodillé, de espaldas al sol, ante mí el ciervo y los hombres, y al abrir de nuevo aquella caverna todo se volvió iridiscente a la última luz. La bolsa estomacal su víscera más grande, de un verde grisáceo con reflejos nacarados, el hígado de un rojo muy oscuro en láminas dispuestas de la manera más inverosímil. El intestino un conjunto de tubos amarillentos. El diafragma rielaba, la más fina de las paredes. Todo resbalando hacia mí, derramándose sobre mis rodillas. Un hálito desbordado.

Con el cuchillo corté el diafragma dibujando una curva abierta, fina pátina bajo la que se escondían pulmones, corazón y costillas, luego corté el esófago y entre los intestinos busqué el colon, tubo rígido, lo saqué a la luz, lo corté y pasé las manos a lo largo a fin de verter las bolitas oscuras hasta que quedó plano, liso y vacío.

Corté las venas y la arteria que alimentaban el hígado, me envainé de nuevo el cuchillo y luego metí los brazos allí dentro y lo saqué todo, un suave desplazarse de materia blanda, apartando membranas con los dedos, pero lo extraordinario era que apenas había nada enganchado allí. Aquellas tripas vivían separadas del resto, en su propio mundo. Tenía la cara pegada al pellejo del ciervo y su olor y su sudor se mezclaban con esos vapores, mientras mis brazos tiraban de aquel otro vacío independiente de él.

Mis manos resbalando en las paredes interiores, palpando, y al final todo quedó liso y entonces eché las rodillas hacia atrás y lo dejé caer todo a tierra.

Reserva el hígado, dijo mi padre. No dejes que toque el suelo.

Me aseguré de que aquellas láminas rojas quedasen flotando en lo alto del amasijo que se había convertido en un ser completo, su propia criatura. Algo sacado tal vez del océano, viscoso y protegido nada más que por membranas, llevado no se sabía cómo a esta seca pendiente de abrojo y espino. Intestinos como tentáculos.

Lo dejaría allí mismo y poco a poco iría secándose, la superficie se arrugaría, se iría desinflando, y vendrían coyotes y hormigas y demás y lo devorarían todo, pero antes me tocaba comer un trozo del hígado. El primer mordisco me correspondía a mí. Levanté la vista y vi a los tres mayores, esperando. Teñidos de un rojo dorado por la puesta de sol, el rostro ya no blanco, el paisaje corrido hacia ellos. Mi abuelo ahora con el rifle al extremo de un brazo, no apuntándome como antes. Cara arrugada e ilegible, ido, sin

alma, esperando y nada más.

Corté un pedazo con el cuchillo, un trozo grande como mi puño. Tenía que llenar la palma de una mano. ¿Cómo conocía yo esa norma?, ¿era una norma siquiera, o quizá un descubrimiento repetido, ineludiblemente, en cada uno de nosotros?

Me arrodillé ante aquel ciervo, ante los mayores, y me llevé a la boca el pedazo de hígado crudo. Todavía caliente cuando lo mordí, cedió enseguida, una pasta caliente con sabor a sangre. Noté que me daban arcadas pero reprimí las ganas de vomitar, mastiqué, tragué, mordí otra vez y pensé en el muerto, pensé que estaba comiéndome su hígado y noté cómo me subía la bilis, la convulsión en el pecho y en la garganta, pero aguanté y volví a tragar y pude notar el sabor de todo hombre y todo animal, pude notar que estamos hechos de las mismas cosas olvidadas y antiquísimas, cosas de cuando los primeros seres vivos emergieron del magma. Sabor a agua de mar y a placenta en mi boca, recordatorio del lugar de donde procedemos. ¿Por qué no lo había hecho después de matar al furtivo? Era lo mismo. Todo era lo mismo; debería haber probado su hígado y después el corazón.

Me metí el resto en la boca de cualquier manera y me obligué a zampármelo. Destinatario de veneno. Pensé que aquel sabor no me abandonaría nunca.

El sol se había puesto, un crepúsculo rojizo, los hombres esperando. Me quedaba por comer el corazón.

Diafragma deshaciéndose en restos, pulmones de aspecto esponjoso, un matiz naranja en el rojo dominante. Como si nuestra respiración fuera espuma, otro recordatorio marino, de nuestros orígenes. Y el corazón colgando allí, tieso y espejado de blanco, mil y un pequeñísimos dibujos parecían encaramarse por su superficie, cada hebra de músculo y sangre y grasa.

Agarré con una mano aquel corazón duro y correoso, del mismo tamaño y forma que un corazón humano, idéntico. La otra mano empuñando el cuchillo y hurgando hacia arriba en busca de las grandes arterias y venas para luego cortar, lianas en un bosque cercado. Cercenándolo todo, más sangre, sangre sin fin, corriendo caliente sobre mis dedos. Saqué el corazón, lo sostuve a la intemperie y lo puse boca abajo para que escurriera al suelo, la sangre espesa y densa formando un charco en el polvo.

Dominación. Tener un corazón en la mano, todavía caliente, y pegarle un mordisco. Prueba de que todo fue creado para nosotros, para nuestro uso. Una aseveración que ha resonado, repetida, a lo largo de los tiempos.

Hiné los dientes en la pared de aquella víscera, y era tan correosa y resbaladiza que tuve que empujármela hacia la boca. Mis dientes no eran lo bastante afilados y hube de mover la cabeza, rasgando el músculo. Luego tiré el cuchillo y agarré el corazón con las dos manos, convertido de nuevo en una bestia, mis ojos cerrados y mis fauces en acción, sabor a sangre y a carne en mi boca.

Ya eres un hombre, dijo mi abuelo.

Ya eres un hombre, dijo mi padre.

Solté el corazón, que rodó por el suelo, y mastiqué hasta que pude tragar, sintiendo que mi vida empezaba en aquel preciso instante. Once años y todo un hombre ya, la pechera completamente empapada de sangre. El sol acostado, sombras cada vez más oscuras y el gran abrazo de la noche, un conectarse todas las cosas.

La bestia es lo que hace al hombre. Bebemos la sangre de Cristo para poder ser animales otra vez, para degollar y beber sangre, bañarnos en sangre, devorar carne, recordar quiénes somos, desandar el camino y volver. Nos tranquilizamos a nosotros mismos. Los Mandamientos algo imposible, no podemos sino fracasar, por eso necesitamos confirmar cada domingo que eso que somos no se ha perdido todavía.

Tragué aquel corazón y alcancé la plenitud. Una generación completada, podía plantarme ya ante mi padre y mi abuelo. Pero aún había otra cosa que hacer. La dominación no estaba completa. Lo que hacía de aquel animal un macho tenía que ser extirpado también, y esa era la parte más difícil, sobre todo con tan poca luz, la noche se nos echaba encima.

Cogí el cuchillo del suelo, me arrodillé ante su entrepierna y tiré de una pata para abrirlo bien. Seguí el corte hacia abajo desde el vientre hasta llegar al ano. Así sus pelotas, tiré con fuerza y di un tajo, lancé los testículos al matorral, conminándolo al olvido. Desollé la piel de la cara interior de sus muslos y le arranqué la vaina del pene, dejando tan solo aquel muñón interior, delgado y ratuno sin el pellejo.

Moscas por todas partes, pequeños satélites a la luz en declive, aquel sonido enervante que me provocaba una sensación de urgencia. Ahondé con el cuchillo a través del músculo hasta el hueso de la pelvis. Tenía que localizar la vejiga pero con cuidado de no pincharla, la orina estropearía la carne.

No acababa de entender por qué tenían la vejiga tan escondida. ¿A qué plan, a qué motivo respondía eso? Seguí cortando pero sin conseguir dar con ella. Metí los dedos con cuidado, apartando carne, entre los huesos, un lugar trastocado al palparlo, y busqué a ciegas confiando en que fuese pequeña y pudiera sacarla por el agujero que había abierto para el pene. Pero era grande, estaba llena y todavía caliente.

Mi cara pegada al ciervo, moscas cebándose en mis mejillas y en mi cuello, y ya no veía lo que hacía, cada vez más oscuro y mis manos hurgando dentro, pero al final conseguí apartar las membranas que rodeaban la vejiga y noté cómo se aflojaba en la palma de mi mano.

Hice un corte fino alrededor del ano y saqué todo aquello por el agujero resultante: colon, vejiga y pene, que hube de empujar hacia su propio agujerito con una mano mientras tiraba con la otra, viendo desaparecer la fina cola de rata.

Transporté todo el trofeo cuidadosamente con ambas manos y lo tiré a los matorrales, lejos de la carne. Después volví a por los pulmones, retiré el amasijo espumoso y lo fui lanzando a puñados al matorral, buscando entre las costillas por si quedaba algún resto.

Bueno, dijo mi padre.

Sí, dijo Tom. Habrá que traer la camioneta.

Se alejaron los tres por el cortafuegos, espectros empequeñeciéndose, manchas más oscuras que la propia oscuridad reinante. Me quedé a solas. Pasé las manos por el interior de las paredes, pero estaba todo liso y empezaba a secarse. Las manos se me encogían según iba secándose la sangre, como una segunda piel más ceñida.

De pie junto al ciervo levanté la vista, el cielo de un azul muy oscuro, las primeras estrellas, la polar baja y brillante. Yo ya era un hombre. Aquel cortafuegos y la pendiente un lugar sagrado, el sacrificio y los rituales llevados a cabo. Pero era aún mejor que eso. Ojalá pudiera volver a aquel momento. Mi antiguo yo, mi otra vida, consumidos: una especie de inocencia, un nuevo comienzo. Lo que todos deseamos, ¿no? ¿Y cuántas veces llegamos a experimentar eso en la vida? Un momento siempre tan fugaz.

Todo estaba entero. El lugar donde me hallaba el único lugar, el ciervo tendido en el suelo mi ciervo, el mío, y yo acababa de hacer lo estipulado, mi obra concluida, y sin más luz que la de aquel azul oscuro y las estrellas, ningún indicio de otros humanos aparte del cortafuegos, un tajo abierto en el matorral, pero si era capaz de borrar todo aquello de mi mente, podía pensar que estaba en cualquier época y que la ladera y el firmamento me pertenecían. Recuerdo que extendí los brazos aquella noche y tuve la sensación de que podía extenderme hasta el infinito. Si cerraba los puños y tiraba hacia dentro, podía combar montañas, derrumbar sierras. Todo aquel mundo a mi alcance.

La noche era mía. Los mayores seguirían el cortafuegos hasta la bifurcación y luego hasta los pinos y la camioneta. Volveríamos al campamento y colgaríamos mi ciervo boca abajo al lado del furtivo, y yo le despellejaría los perniles e introduciría el puño entre la piel y la carne. Todo eso a la luz del farol, y cenaríamos muy tarde y yo me dormiría agotado de cansancio. No había hecho siesta ni pegado apenas ojo la noche anterior. Me tumbé de espaldas en la tierra y al momento noté que me quedaba dormido, el

sueño una especie de recinto que todo lo atenuaba, pero entonces oí arrancar el motor de la camioneta, muy lejos y amortiguado.

Al ponerme en pie sentí un mareo. Sin comer, sin beber, sin dormir. Y los esfuerzos que había hecho peleando con el ciervo, cortándole el pescuezo con mi cuchillo. El hombro dolorido de tantos golpes contra el suelo. Y luego la plaga de la avena venenosa, extendiéndose por todo mi cuerpo. Me rascaba sin parar, pero eso solo empeoraba las cosas.

Alcancé a ver brevemente las copas de unos árboles iluminados por los faros. Árboles que estaban más arriba en la ladera, por encima de los claros. El rugido del motor muy tenue. La colina una especie de arco que me tapaba la vista y amortiguaba el sonido, distorsionándolo hasta el punto de que la camioneta parecía estar alejándose. Y entonces vi luz blanca otra vez en las copas de los árboles pero más arriba, cosa que me extrañó.

La zona talada que daba al cortafuegos estaba en los claros, no más arriba. Los faros deberían haber mirado en la otra dirección. Deberían haber barrido el espacio más arriba de donde yo estaba e iluminado la loma por detrás, y el sonido aproximándose.

Pero ¿qué hacéis?, dije en voz alta. El sonido de la camioneta ya no era constante, sino momentáneo, interrumpido, se desvanecía.

Se marchaban sin mí. Mi padre, mi abuelo y Tom regresaban al campamento y me dejaban allí solo, con mi ciervo.

Busqué el rifle, lo encontré todavía enganchado, lo saqué de allí y me lo pasé por los tejanos para quitarle la tierra y la sangre adheridas. Enfilé después aquel cortafuegos, no había luna, estaba muy oscuro, el camino de un negro ligeramente más claro que el de la oscuridad. Si parpadeaba, la imagen permanecía un momento detrás de mis párpados. Aunque no tenía posibilidades de alcanzarlos, corrí porque no podía hacer otra cosa.

Afanándome cuesta arriba, las piernas ardiendo, me las arañaba en los arbustos del margen, y luego virando hasta llegar al punto más alto del arco, donde la montaña descendía hacia dentro y el camino se nivelaba, y vi el blanco de los faros más lejos aún, en otra cuesta, leve iluminación de matorral y un guiño de rojo.

Introduje un cartucho en mi 30-30 y disparé hacia donde había visto las luces de cola. Ni siquiera lo pensé. Apreté el gatillo y nada más. Así de furioso estaba. Y el retroceso me magulló el hombro. No lo había notado al dispararle al ciervo, pero esta vez sí, quizá porque faltaba la emoción de matar. Me quedé sordo de golpe y noté un olor a azufre. La camioneta siguió adelante como si tal cosa.

Me quedé allí de pie, jadeando. No oía otra cosa que la electricidad estática invadiendo mi cabeza.

Varado en aquella ladera, abandonado por mi familia. La oscura mole de la montaña meciéndose bajo mis pies. El matorral como una malevolencia a mi alrededor, observando y a la espera.

Estaba tan furioso que no pude moverme. Paralizado de pura incredulidad.

Pero la camioneta no volvía. Se había perdido de vista tras otro pliegue y cada vez hacía más frío. Yo solo llevaba puesta una camiseta, y el ciervo tendido en mitad del cortafuegos y eran varios kilómetros hasta el campamento.

No sabía qué hacer, pero regresé en busca del ciervo. No había otra alternativa. Tendría que cargar con el venado fuera como fuese.

Lo encontré en el camino, una sombra en medio de otras sombras en aquella noche sin luna. Me arrodillé ante la cavidad con cuidado de no pisar el montón de entrañas. Busqué a tientas mi cuchillo, tuve que arrastrarme como un ciego, mis dedos cribando el polvo hasta que toqué el filo. Me lo limpié en los tejanos y luego busqué sus cuartos traseros. El tendón de Aquiles y la bolsa almizclera, una cosa acre y exasperante, y hundí el cuchillo en el hueco entre hueso y tendón, un hueco natural cubierto únicamente de piel fina. Limpié ambas patas de esta manera y luego busqué las delanteras. Se las partí a la altura del codo hasta que asomó el hueso y luego metí cada pata de delante en una de atrás, formando una especie de mochila. Los huesos que asomaban resbalaron y quedaron enganchados en los tendones de Aquiles.

Envainado el cuchillo y con el rifle en una mano, me tumbé al lado del ciervo, la espalda contra su vientre, y me pasé las patas enganchadas por encima de los hombros, y luego tiré de pescuezo, cabeza y cornamenta hasta que quedaron colgando sobre mi pecho. Por último me incorporé y desde la posición de sentado intenté ponerme de pie.

El ciervo pesaba más que yo. Unos cincuenta kilos, calculé, y eso sin las tripas en su sitio, literalmente un peso muerto. Duro, inflexible y real. Avancé un paso cuesta arriba, luego otro, las piernas me temblaban, la espalda se me hundía con la carga. No podía caminar así dos o tres kilómetros.

Pero lo intenté. Seguí adelante, encorvado, haciendo esfuerzos, poniendo una pierna y luego la otra. La cabeza y las astas del ciervo me golpeaban el pecho, una bestia de nuevo cuño, amalgama de hombre y animal, compartiendo el mismo respirar y la misma sangre. Animal destripado, pero su pellejo y pezuñas y cornamenta protegían como un escudo la desnudez y debilidad del hombre. ¿En qué me convertiría? Si lograba recorrer toda la

distancia hasta el campamento, ¿me saldrían pezuñas?

Estaba convencido de que aquel animal podía devenir yo. Lo presentía. Era un niño, y por tanto no estaba mermado todavía por los límites de la existencia. Todo parecía posible. Metamorfosis. Deseo, voluntad y desesperación lo bastante fuertes como para modificar el físico y encontrar una forma más verdadera. Mis piernas más delgadas en las pantorrillas, los pies endurecidos y encogiéndose, mis muslos fortaleciéndose y girando sobre la articulación. Un caballón de lado a lado de mi cráneo y el hueso asomando, mi cuello más ancho para contrarrestar el peso. En mis brazos el pelo cada vez más basto y espeso y apelmazado, la piel endureciéndose para ser pellejo. Todo sonido amplificado, más próximo, diminuto y exacto, el olor de cada planta perfectamente diferenciado, la vista encontrando luz en las sombras. Todo pensamiento aniquilado, sustituido por el mundo. La inmediatez y enormidad de ese mundo, convertirse en una parte de él, por fin, nunca más extirpado. La maldición de la humanidad es perder el mundo, el pensamiento es la pérdida de la inmersión.

Ni dudas ni indecisiones, solo instinto. Yo era algo completamente diferente del ciervo. Y la noche para mí no era inmediata. Yo no conocía cada sonido y cada movimiento, no era capaz de oler la mayor parte de las cosas que traía el aire. No tenía pellejo que me protegiera.

Si hubiera podido transformarme, habría podido cargar con aquel peso. Pero seguía siendo humano y débil y empecé a flaquear y caí de costado al suelo, encima del ciervo, mi improvisada mochila de carne todavía tibia.

Aparté de mí la testa y la cornamenta, me liberé de sus patas y me puse de pie sin saber qué hacer. La noche negra, negra de verdad, en el cielo brillaban estrellas pero su luz no alcanzaba el suelo. Una separación de distancias imposibles, este mundo de abajo hurtado a la luz.

Agarré la cornamenta con ambas manos y empecé a tirar, arrastrando al ciervo por el suelo, cuesta arriba. Caminando hacia atrás, doblado por la cintura, tirando con todas mis fuerzas, errando por aquel planeta oscuro en compañía de un cadáver pesado y flácido.

El infierno diferente de lo que pensamos, repleto y bullicioso, tormentos por doquier y llamas, figuras saltando aquí y allá para distraer y entretener. No, el infierno será solitario. Cada uno de nosotros arrastrándose por una interminable extensión oscura y monótona. El infierno una tarea interminable. Incapaz de mover aquel cadáver ni un palmo de terreno más, dolor atroz en la espalda, y sin embargo esto me llevará la noche entera y luego una confusión de noches y el tiempo perdido, transcurrir de años y de vidas y por último

tiempo geológico, la superficie cambiando bajo mis pies, crecer y formarse y desplomarse montañas y yo todavía tirando y cada momento insoportable, cada momento excesivo. El infierno es tiempo negándose a correr, y la enormidad de lo que todavía queda por transcurrir.

El cuerpo que arrastramos en el infierno es el propio, lo que hemos sido y el peso de ello, vamos tirando marcha atrás sin ver hacia dónde vamos, lo mismo que cuando vivíamos. Sin rumbo claro, a ciegas, carente de sentido. Y nuestro sufrimiento no se traduce en nada, nada quiere significar. Continuar arrastrándose sin más.

El cadáver enganchándose en raíces y matorros y piedras, atrapado. Yo teniendo que levantar y tirar pero ya sin espalda y los muslos ardiendo, y cuando el peso vuelve a deslizarse otra vez lo hace ofreciendo más resistencia, el suelo un guardián que le impide el paso.

La vista será el primero de los sentidos que desaparecerá en el infierno, por ser el máspreciado en vida. Lo conservaremos apenas el tiempo suficiente para ver las estrellas allá en lo alto y conocer la distancia. Pasaremos incontables noches creyendo que quizá se acercarán, creyendo que podríamos alcanzarlas. Acabaremos dependiendo de ellas en busca de consuelo y, sin querer, empezaremos a considerarlas una meta. Ellas nos ofrecerán una huida, otro lugar, pero luego parecerá que pierden brillo y se vuelven difusas, y esto durará tanto que ya no seremos capaces de recordar si las estrellas fueron alguna vez más nítidas, pero nuestro anhelo por ellas no habrá menguado y luego, de repente, ya no estarán allí, no habrá claridad alguna y no sabremos si todavía somos capaces de ver o no. Desearemos frotarnos los ojos, hurgar allí e intentar que resuciten, pero no tendremos las manos libres.

Nos centraremos luego en el sonido, el arrastrar este cuerpo por terreno escabroso. Y como no tendremos nada más, haremos un mundo de ese sonido. Un raspar de pellejo sobre tierra era todo lo que yo podía oír en aquel monte, un peso general y absoluto, pero luego el sonido se separa y se mueven piedrecitas en el suelo y ruedan y rechinan sobre afloramientos de roca, pequeños caballones como una espina dorsal prominente, arañando el pellejo, un sonido de desgarrar, y no podemos saber qué es lo que arrastramos, si un animal de pelo como cerdas o nuestro propio cuerpo, pues el sonido de desgarrar pertenece al miedo y no se deja conocer. Pezuñas hollando el suelo, eso deberíamos ser capaces de oírlo, la huella que dejan, pero la tierra son millones de granos y cientos de piedras pequeñas y de vez en cuando una mata de hierba y un rozar con raíces y matorros, tantos sonidos a la vez que

nos perdemos. El propio sonido un paisaje del averno, sin escapatoria posible, y ahora marchamos por dos mundos que se van separando, el del tacto y el del sonido, sin indicación acerca del cuerpo que vamos arrastrando, y que tal vez no es el nuestro.

Tacto. Peso físico y esfuerzo, y la noche interminable cada vez más fría, todo el calor desvaneciéndose y el sol nunca volverá a salir. Un mundo amortiguado, ciego y sin sonidos, pero no distante. Dolor y nada en qué concentrarse salvo el dolor. El fracaso del cuerpo, rechinar de hueso contra hueso, músculos escindidos, nervios que iluminan nuestro oscuro cielo. Tenemos la sensación de ver un poco otra vez, pero es por dentro, puntos luminosos de rechinar y desgarrar que corren en líneas muy delgadas, impulso y pauta, rojo entramado de dolor, y verlo nos aparta de ello, limita lo que sentimos, y aunque pensamos que es posible manejarlo, todo se torna oscuro de nuevo y ahora conocemos cada pauta, cada pista, pero solo sentimos la oleada, no vemos nada en absoluto. Dolor. La sensación de dolor, siempre nueva. Y no hay ningún otro sentido. Gusto y olfato no importaron mientras vivíamos, y tampoco en el infierno. Los hemos olvidado. Y aunque seguimos andando hacia atrás, arrastrando este peso, ya no lo sabemos porque nos hemos extraviado dentro de nosotros mismos, cada infierno personal y contenido.

Noche fría, aire maloliente a mi alrededor. Podía notar cómo se adelgazaba a medida que descendía la temperatura. Necesitaba protegerme de él. Arrastrar el ciervo era la única forma de generar calor, pero mis fuerzas flaqueaban. Empecé a dar tirones cortos, incapaz ya de mantener un movimiento ininterrumpido.

El ciervo era demasiado grande. Yo lo agarraba de la cornamenta y tiraba hacia mí, pero el resto era un peso amorfo que se prolongaba, la mitad de atrás del animal no podía verla, se fundía con el suelo, hundía brotes en la tierra y se anclaba. Carne convertida en raíz y enroscándose a la roca de debajo. No había modo de sacarlo de allí. Crecido de la oscuridad, un sol negro.

Aquella noche un día que no me era posible ver. El pescuezo del ciervo tenso al tirar yo de él y su cuerpo alargándose para acortarse a continuación. Yo no disponía de referencias, mis pasos no iban a ninguna parte. Eternidad.

No lo conseguiría. Tiritando de frío, pegajoso por el sudor que se iba enfriando, mi camiseta demasiado fina. Solté las astas del ciervo, un sonido a hueco que podría haber surgido de alguna otra parte, o de ninguna, y mi cuerpo inclinándose. Dejé el rifle apoyado en aquel improvisado armero, para no perderlo, y desenvainé mi cuchillo. Tenía que cortarlo por la mitad, librarme de la parte que había echado raíces, y cuanto antes mejor.

Me arrodillé junto a él y empecé a cortar pellejo y carne del borde inferior de su caja torácica, allí donde el animal era más delgado. Tensando la carne y tirando luego hacia arriba con el cuchillo.

Gruesos músculos en el lomo, ofreciendo resistencia hasta que el filo tocó hueso. Me incorporé y salté por encima de él, la oscuridad me había vuelto ágil como un diablillo o un demonio, y le pateé la espina dorsal. Tenía el lomo correoso y recio como una raíz, no había forma de partirlo, de modo que me arrodillé y, empuñando el cuchillo con ambas manos, el filo hacia arriba, lo hundí por la parte de abajo y empecé a desgarrar músculo a medida que iba subiendo.

Se movía en la oscuridad, cambiaba de forma, no quería que yo lo cortara. La pendiente deslizándose bajo nuestros pies, más empinada cada vez, y yo

agarrado a aquel cuchillo, abriendo un boquete.

La noche ahora gélida, el sol no iba a salir nunca, carne cercenada y espesándose y cercenada otra vez, parecía que no estaba haciendo progresos. El lomo del ciervo una cosa interminable, así que debía de estar abriendo agujeros a lo largo del mismo. Hasta que por fin llegué al hueso y entonces posé la mano sobre su espina dorsal y no encontré carne en ninguno de los dos lados y pude palpar los discos vertebrales uno junto al otro.

Dejé allí la mano, mi único punto de referencia aquella noche, y así pude introducir la punta del cuchillo en un hueco entre los discos. Todo cuanto podemos saber alojado en hueso. Cada imagen, cada recuerdo, pensamiento y contacto conectados por y fácilmente extraíbles. La mecánica de lo que entendemos por alma. El infierno un lugar donde todo es desmantelado, puesto al desnudo, reducido a sangre y hueso y la carne muerta, restos de nosotros yaciendo en la oscuridad para no recomponerse jamás. Moviendo mi cuchillo de lado a lado y notando cómo se separaban los discos, la brecha que iba formándose, profundizando en esa médula que nos conecta al mundo o que tal vez lo crea.

No sabemos de dónde sale la vida. Espina dorsal y cerebro conectados a una bomba y a oxígeno, pero no basta. Podemos ensamblar infinitamente estas cosas otra vez y no sacar de ello ni un solo pensamiento, aunque tal vez sea esa nuestra misión en el infierno, tratar de construir lo que hemos dado por sentado. Palpar el suelo a tientas en busca de la pieza que falta, un pedazo de carne desechada que nos proporcione una chispa.

Seguí acuchillando aquellos discos y metí el filo hasta que todo estuvo cortado y roto y solo quedaron unos flecos de carne para sujetar una mitad con la otra. Me puse a serrarlos a toda prisa, y cuando el cuchillo tocó el suelo, me sentí libre.

Cogí rápidamente el rifle y tiré de aquellos cuernos antes de que el ciervo pudiera recomponerse otra vez o echar raíces con su mitad de arriba. Pesaba menos ahora, con medio cuerpo solo, cuando volví a arrastrarlo por el suelo. Aun así, tuve que utilizar las dos manos mientras caminaba hacia atrás, el rifle apalancado entre sus astas.

Virando hacia el matorral, el costado en carne viva, desviándome otra vez, los talones hincados en tierra, el sonido del medio ciervo como una lona, así de grueso era el pellejo. Venga a tirar en completa oscuridad, y el sonido que producía lo llenó todo. No un sonido continuo sino intermitente, paso a paso, demorado y cargado, breve, y él pesaba cada vez más, como si hubiera conseguido expandirse o aumentar de densidad. Cerca de treinta kilos,

calculo, un peso muerto, pero sensación de algo más, y yo no recordaba que el cortafuegos fuese tan largo. Todavía faltaba para llegar a la bifurcación en la parte superior de los claros. Primer hálito de la madrugada subiendo hacia mí por el camino, aire frío pero ya no inmóvil.

Todo calor desaparecido, y esa brisa viniendo a reclamar el poco que pudiera quedar aún. Mi espalda encorvada y rígida. Por un momento me pareció ver sus ojos, una luz verdosa en el fondo de ellos, visión nocturna que conservaba algo de luminiscencia, tan tenue que quizá solo fueron imaginaciones mías, un visto y no visto, pero luego apareció otra vez, como una difusa y lejana galaxia de estrellas, verde o quizás azul, y había dos galaxias, ambos ojos puesto que yo sujetaba sus astas de forma que miraba hacia mí, como si fuéramos a encontrarnos y yo lo atrajera siempre hacia mí al tiempo que retrocedía.

Los dos flotando en el espacio como satélites alrededor de un centro no descubierto aún, y la falda de la montaña tambaleándose debajo de nosotros. Rotación más rápida, y yo sin ver otra cosa que aquellos dos universos brillantes y tenues como sueños, amuletos del infierno pensados para desviar la atención, promesas del inframundo. Fijados a un gran peso que estaba acabando conmigo.

Y es que crecía otra vez, otra vez intentaba echar raíces, invisibles en la oscuridad, gruesos brotes largos hincados en la tierra mientras nos arrastrábamos cada vez más despacio, todo ello disimulado por su estratagema de distracción, pero entonces capté la trazadora, la rápida órbita de una mosca. El sonido que produjo repentino y demasiado fuerte. Me pregunté si habría estado allí todo el tiempo. No tenía modo de saberlo. La mosca visible ahora, y otras más dibujando arcos como estrellas fugaces de un azul verde a juego con la luz en lo más profundo de los ojos del ciervo, una luz etérea, promesa de cielo, una treta perpetua en el infierno.

Sin claridad no hay moscas. Otro truco más. Se suponía que dormían por la noche. Los ojos grandes, hechos de un sinfín de pequeños espejos de luz. El ciervo se había convertido en aquello que se cebaba en él. Los ojos que parecían suyos no lo eran.

Muerto de miedo, solté la cornamenta y el rifle y corrí por aquel oscuro canal escorándome hacia el sotobosque: encinos, chamizo, arbusto coyote, yerba de ciervo, todos los inventos del Hades. Dedos rugosos y aglutinados y puntiagudos gravitando hacia mí. Yo tenía once años nada más, y los terrores que era capaz de imaginar no conocían límite pero estaban más cerca de su origen. Aquel ciervo un demonio capaz de conjurar a otros demonios y

deformar el mundo.

Desenvainé el cuchillo y hendí el aire a ciegas, giré en redondo, acuchillé cuanto me amenazaba por detrás en aquel oscuro camino. Lo más terrorífico, que el filo no encontrara nada donde hincarse. Apuñalando el vacío, densas sombras que me echaban el aliento a la cara y se desvanecían.

Se podría decir que desde entonces, en todos estos años, no he hecho otra cosa, que nada ha cambiado, este momento eternamente en suspenso, repitiéndose. Pero entretanto el mundo ha seguido moviéndose a incrementos en una sucesión de actos, como si todo condujera a alguna parte.

Volví a donde estaba el ciervo, despacio, midiendo mis pasos pues no veía el suelo que pisaba, tanteando como si estuviera al borde de un acantilado, el mar allá abajo, los brazos extendidos y el cuchillo a punto todavía. El terreno era más empinado de lo que yo recordaba, cada paso una caída y después murmullo de tierra y piedra y mis dedos sin encontrar nada.

El ciervo a la espera. Aferrado al planeta, horadando la roca, costillas, espinazo y carne injertándose en forma vegetal, rígidas paredes celulares, ahondando en la tierra, cavando, injertando en forma mineral, paredes endurecidas cobrando más dureza aún, fallas abriéndose paso justo debajo de donde yo me encontraba. Se me agotaba el tiempo.

Tenía que cortar aquel pescuezo. No había otra salida. Cortar el pescuezo, coger las astas y el rifle y echar a correr.

Un boquete vacío y mellado en la garganta del ciervo, tajo hasta el hueso. Un músculo grueso detrás. Me arrodillé de nuevo ante aquel altar, todo altar de la otra vida un espacio de sangre y carnicería, igual que en esta vida. Corté el pellejo, trinchando la carne y todo lo que yo no podía ver. Esperando a que el filo tocara piedra, la metamorfosis. Pescuezo convertido en piedra que abrazaría mi cuchillo y lo alojaría eternamente allí, me agarraría la mano para no soltarme nunca. La sensación de mi propia carne cristalizándose, sangre volviéndose sólida, atrapada en ese acto para siempre. ¿Qué significa cuando nos convertimos en piedra?

Profundicé en aquel pescuezo lo más rápido que pude hasta que oí cómo el metal tocaba hueso y entonces desplazé el cuchillo, cortando todo lo que podía estar allí escondido. Luego agarré la cornamenta y tiré con fuerza hacia atrás. Un sonido de desgarró. Tiré de nuevo, retorciendo, y luego hundí el filo entre las vértebras y serré hasta que el corte fue completo.

Ciervo decapitado. No pude evitar mirar los ojos del animal, y vi que había aún galaxias enteras, galaxias hechas de una materia que no se desvanecía, una luminiscencia más allá de la sangre. El ciervo no disminuido.

Tuve buen cuidado de no dejar que su cuello abierto tocara el suelo. Mientras lograba mantenerlo en alto, el ciervo no echaría raíces otra vez. Sostuve los cuernos con una mano a la altura de mi hombro y dejé que sus ojos otearan al cielo. Yo sabía que no debía mirarlos más.

Jamás habría imaginado que aquella cabeza con su pescuezo y sus astas iba a pesar tanto, hube de encorvarme para subir por aquel cortafuegos, pero el peso era excesivo para una sola mano. Peso muerto de carne, nuestros cadáveres mucho más pesados de lo que suponemos.

No estaba seguro de qué hacer. Me quedé allí de pie, doblado y jadeante, el hombro me ardía, pero levanté el cañón del rifle hasta colocarlo de través sobre mis hombros y eso me permitió agarrar la cornamenta con las dos manos.

Si alguien me hubiera visto en medio de la oscuridad, habría parecido que intentaba ponerme su cabeza y cuernos, colocar ambas cosas en el lugar de mi cabeza, doblado por la cintura y convertido en una bestia cualquiera, escondiéndome del género humano.

Jesús en el desierto. Cuarenta días en el páramo, volviendo atrás, negando la civilización. Sus pies endurecidos hasta convertirse en pezuñas, las orejas peludas, un caballón creciéndole de lado a lado en la cabeza y hoyos para los cuernos, el hueso desarrollándose, y se inclina sobre las patas delanteras y encuentra más cómodo andar así. Delicado de pies, ahora puede avanzar por las piedras, listo para saltar y correr a la menor amenaza. La piel de la espalda tornándose pellejo, una protección contra el sol inclemente. En el fondo de sus grandes ojos galaxias en formación, una luminiscencia, visión nocturna, como un segundo día.

La historia de nuestra transformación ha sido censurada, borrada de la Biblia que ahora tenemos. ¿Dónde está Pan, mitad cabra, con torso de hombre y cuernos de macho cabrío? ¿Dónde están las sirenas, mitad pez? ¿Dónde la medusa, con su cabeza de serpientes? Son historias que forman parte de nosotros, no se las puede borrar. La Biblia no estará completa mientras no sea devuelto lo que fue borrado.

Jesús se escondía. ¿Y qué tenemos nosotros que esconder si no la bestia? Pezuñas y cuernos y el mundo como era antes, un paisaje animado. Jesús como uro, el toro, gruesos pitones oscuros, testa baja bramando por un desierto de piedra. O echado sobre el vientre, los dedazos de los pies terminados en punta, la lengua asomando para oler, plaquetas a lo largo del lomo, ojos como cuentas.

Olor a ciervo en mi persona. Y olor a sangre también. Doblado de cara a la tierra invisible a mis pies, caminando por aquella oscuridad.

Nuestra espina dorsal procede de los peces, el primer vertebrado. Y nuestros brazos y piernas son aletas. Esa es la verdad. El pez pulmonado está más próximo a nosotros que a la mayoría de los peces. Respira aire, camina por terreno seco, se mete en la madriguera a esperar la lluvia, vive tanto como nosotros. Jesús en el desierto volviendo a sus orígenes, debió de ver cómo sus brazos y sus piernas se encogían para ser otra vez aletas lobuladas, debió de notar cómo volvía a crecerle la cola para completar el espinazo. Debió de esconderse bajo tierra y soñar con agua.

La espera y el deambular y la migración, todo eso olvidado. Subí por

aquel espinazo de monte, encorvado y afanándome con mi trofeo a cuestras, y no me detuve. Podemos volver a eso. Un pie delante del otro aunque no nos queden fuerzas, aunque necesitemos dormir y necesitemos agua y comida. Poder seguir a pesar de todo.

La tierra podría haber sido plana. Si alguien la creó, ¿por qué no podía tener cualquier forma? Por eso la gravedad y las cuestras empinadas están pensadas como una tortura, un ponernos a prueba. Aquel monte se elevaba ante mí y mis pasos no eran del todo firmes, resbalaba un poco hacia atrás, los arbustos me arañaban el rostro hasta que me desviaba, y entonces me arañaban por el otro lado y tenía que enderezar de nuevo el rumbo. No veía nada. El ciervo mirando hacia lo alto y todo iluminado por él. Si el mundo evolucionó, entonces es esto. Si lo creó alguien, entonces su forma es el averno.

El sonido de mis pisadas y nada más. Un lento caminar, y pasado un rato pudo parecer que las pisadas eran de otro, un sonido inconexo. Escuché el caminar de esa otra figura por el cortafuegos. Siempre cerca y a la vez lejos. Un fantasma que podías olvidar para acordarte de él otra vez. Cada paso independiente, forzado, llevando algo. Sin inercia. Un sonido hecho tan solo de voluntad.

El infierno una cámara de eco, sonidos sin origen alguno. Nuestro anticipo en vida es el sentido del yo, que nunca es constante, carece de solidez, no hay forma de localizarlo. Como una sombra proyectada sobre el matorral y cambiando constantemente de tamaño, y la luz que produce esa sombra algo que estuviera más allá del ámbito de lo que podemos ver. Sabemos que la sombra está ahí pero no la encontramos nunca.

Un sonido de roce, eso fue todo lo que oí al principio. Pero luego un golpe sordo justo debajo, mi peso tocando tierra, una prueba. A mi lado, como si anduvieramos en tándem. Y acto seguido separándose un poco y hacia atrás. Mi piel, asimismo, una cosa independiente, inflada por la avena venenosa y derramándose sobre mi propio perímetro corporal.

El arma un anaquel sobre mi cogote, acero frío, y las astas del ciervo sin vida. Sus vértebras superiores contra las mías, ser bicéfalo mirando en direcciones opuestas, tierra y cielo, nuestros ojos laterales. Imposible sorprender a semejante guardián. Un solo juego de pulmones, una sola respiración.

A ratos la sensación era de tener latidos dobles. Una especie de reverberación cada vez que el corazón sacudía mi pecho. Onda sinusoidal tensándose hacia fuera, algo que ver con el golpe sordo de cada pisada,

ningún sonido grave contenido, siempre yendo más allá.

Arriba en los claros el camino se empinaba todavía más, yo hincando los dedos de mis pies como pezuñas. Curiosas pantorrillas, demasiado gruesas. No hay pantorrilla en un venado, es solo hueso y tendón, y músculo en la parte de arriba. Nuestras proporciones están mal, los pies demasiado largos y giratorios.

Topé con matorral, toda una pared espesa y sin salida, exuberante, y supe así que estaba en la bifurcación. No veía absolutamente nada, ni siquiera cuando pestañeaba en busca de contornos, pero giré hacia la derecha y entonces noté bajo mis pies la joroba en el centro del camino, la hierba corta que la cubría, y me moví hacia la rodada que había al lado.

Seguí aquel surco, cargado con la doble cabeza. Los codos en alto, los hombros ardiendo, tan menudos en comparación con los de un ciervo. Grandes extensiones de músculo, capaces de saltar, pero que ahora yacían más atrás en el camino, desconectadas. Un par de patas delanteras y hombros y costillar y parte de espinazo vagando por su cuenta, tomándose un descanso acostados en el camino. Y más abajo otro par de patas, incapaces de tirar o arrastrar, tan solo empujando carne hacia el suelo, yendo a ninguna parte.

No podía arriesgarme a que me adelantaran, tenía que seguir. Mis pasos inseguros en aquel profundo surco tallado por el agua. Piedras grandes al descubierto, agolpándose en la costura, y mis pies resbalando en aquellas paredes. A oscuras, no podía saber cuán profundo era. Podía estar siguiendo un canal que ahondara en la montaña hasta que sus laderas estuviesen por encima de mi cabeza, si no más, y no darme cuenta. Sumergido y creyendo que me hallaba todavía en la superficie.

Pero la cuesta se volvió menos empinada, las paredes bajaron y el surco se colmó. Una curva somera de terreno, olor a pinos de azúcar y murmullo de aire en sus copas, el camino ya no era un canal, y con la puntera de mi bota toqué una de aquellas piñas enormes y luego pisé otra, que crujió al aplastarla. Estaba donde mi abuelo había recolectado sus piñas.

Tenía que descansar un momento. Me puse de rodillas en la blanda alfombra de borrajo y hierba y me incliné hacia un lado para apoyar la culata del rifle en el suelo y me dejé caer de cabeza. Aparté las piñas y me acurruqué en posición fetal, primera y última formas. Respirando por la boca. El suelo frío, todo el calor del día evaporado ya.

Era aquí donde habían tomado la decisión de abandonarme, sabiendo que yo seguramente no conseguiría volver, sabiendo que el ciervo se echaría a perder en el cortafuegos. Me pregunté qué habrían dicho. Tal vez nada. Tal

vez habían montado en la camioneta y arrancado sin más.

Yo no les conocía y ellos tampoco a mí. Toda forma familiar puede perder la familiaridad. Una de las trampas de este mundo consiste en sentir que uno pertenece a algún sitio.

Necesidad es todo lo que tenemos. Me levanté de aquel suelo porque había cogido frío, y caminaría de nuevo porque el campamento era el único refugio a mano. Volví a subirme aquella cabeza y el rifle a los hombros e intenté orientarme en plena oscuridad.

El camino ya no estaba claro. Noté que mis pies pisaban hierba, el terreno se volvió irregular y al poco rato me había perdido. Aquello no era un camino. Agucé los oídos, como si el camino pudiera hablarme, intenté buscar alguna brújula interior, algún indicio de si me había desviado hacia la derecha o hacia la izquierda. El aire arremolinándose en torno a mí, siempre una confusión, siempre despistando. Es en el aire donde el diablo hace sus diabluras.

Claro que el diablo no existe. Nos gustaría que sí. Queremos que mande alguien. El infierno es anarquía, cada uno de nosotros manda en todo y en nada y no oye jamás ninguna otra voz. El aislamiento más horrible que el propio castigo.

Si me equivocaba de dirección estaría doblemente perdido, daría media vuelta y sería incapaz de desandar el camino. Tiré hacia la izquierda pero avanzando medio agachado, arrastrando la testa del ciervo y el rifle, pasando la mano libre por la hierba, tanteando en busca de una hondonada, un sitio donde la hierba estuviese pisada.

La palma de mi mano un zahorí en busca de algún trastorno, una huella en el vacío. Los ojos cerrados, como si eso pudiera ayudarme. Cerrados a la oscuridad. Intentando retroceder a un conocimiento anterior del aire y del terreno.

Y el aire por fin se hundió, mi mano bajó con él, la hierba aplanada formó una huella somera. Me alcé de nuevo, demasiado cansado para levantar la cabeza, sujetando las astas con una mano, pesadas y rozando el suelo, mi rifle en la otra. Alguien que avanzara penosamente, solo y a oscuras, en un lugar seco poblado de zarzas y maleza, llevando un arma de fuego y una cabeza cortada. ¿Cómo no iba a ser un paisaje infernal? Y tenía duración, además, eternamente en aquel camino, subir la cuesta y cruzar en sentido transversal y desviarme repetidas veces para acabar entre espinos.

No sé qué aspecto tendría el diablo si realmente existiera. Yo creo que tendría mi cara, aunque sé que el resto adoptaría una forma diferente, y esa

forma no sería la de una bestia sola sino la combinación de todas aquellas que nos dan miedo, extrañas y corolarias. Sería imposible ver al diablo entero, siempre habría una parte cambiante y oculta. Él no se deja esbozar.

Mi abuelo era la forma más próxima que yo conocía, su cara la mía pero deformada y sin alma, su cuerpo siempre cambiante y jamás visto entero, terrorífico y capaz de cualquier cosa. Se le parecía bastante.

Tirité de frío en aquel camino y fui acercándome cada vez más a él, portando mi carga como si de dones se tratara. Una cabeza cortada para aplacar al demonio y eludir un día más la aniquilación.

Y mientras caminaba sucedió una cosa extraña. Me entró la certeza de que podía ver. El mundo iluminándose muy tenuemente, una luz interna que yo podía arrojar al vacío, y luego de un azul oscuro discernible, y comprendí que era por la luna, oculta todavía tras las montañas pero tiñendo de blanco una parte del horizonte, perfilando sierras y picos al fondo del valle.

El camino ahora visible, todas las formas del aire alejándose, todo más delgado, ya no daba miedo. Apreté el paso tratando de entrar en calor, desesperadamente helado, castañeteo de dientes y mis hombros doblados hacia abajo y estirados. Sabía dónde estaba, ya no me quedaba mucho.

Cayendo hacia delante, a trompicones, el camino despejado, el terreno más llano y cada vez más espacio entre los árboles que esperaban en la ladera, la quietud que transmitían, una gran calma, una serenidad. Crecidos en paralelo, conociendo todos la misma curvatura de la tierra. El mundo otra vez presente. Montaña desocupada, sin demonios.

La luna una cosa estacionaria a medida que se movía. Sólida y cercana. Luz suave, indirecta, y todo al descubierto, los helechos de la presa y uva silvestre encaramándose por todo aquel terraplén, formas cambiantes, grandes hojas en montículos y espaldares llenando todas las brechas y todos los huecos, como una manta para tapar hojarasca y rodadas.

Yo era allí el único demonio, mi cargamento una forma de blasfemia en la noche plácida, correteando encorvado bajo aquel peso. Dándome prisa, casi corriendo, y entonces miré por encima del hombro, sensación de que me seguían, alguna otra parte de mi yo, demasiado vulnerable a la luz, necesitado de protección.

A la carrera, los cuernos rebotando en mis muslos, el hocico clavándose en la rodilla, el rifle firme en mi otra mano. Pasando bajo pinos ponderosa, las pequeñas formas oscuras de sus piñas en lo alto con un fondo de cielo blanquecino. Subiendo cuestas y doblando recodos y cruzando llanos, más orografía de la que recordaba yendo en la camioneta, el terreno agrandándose,

pero yo acortaba distancias.

El roce de mis botas un sonido fuerte y sin embargo me sentí capaz de correr más que nada ni nadie y esprinté hacia el campamento, el último trecho más empinado de lo que recordaba, y finalmente llegué al espacio despejado que había antes de nuestro bosquecillo.

Una vez allí me detuve, dejándome caer de rodillas, tiré la cabeza de ciervo y me tendí en el polvo del camino con el rifle, como había hecho la víspera, esperando y atento a cualquier indicio de mi abuelo. Respirando por la boca, sin aliento, la sangre atronando por dentro, pero esperé hasta que mis latidos se hubieron calmado. Él no tenía ninguna relación con el suelo. Ese era el problema. Aquellas piernas como palillos, tan silenciosas, aguantando toda la mole, capaz de moverse por cualquier parte. No sabías qué estabas viendo u oyendo hasta que ya era tarde.

El calor me abandonaba de nuevo y no pude encontrar nada, la piel resbaladiza de sudor y enfriándose. Frente a mí la arboleda donde estarían durmiendo los mayores y el muerto esperando. Me puse de pie con la cornamenta y abandoné el camino para bordear el arroyo. Más allá, el prado era como otra luna, luminoso y blanco.

El muerto colgado sin su saco, sombras como franjas en su cuerpo. Colgando de sus pelados tobillos sin sangre. Pude verle y luego no y después sí otra vez, conforme se balanceaba entre aquellos árboles.

El sonido del agua un camuflaje del que se aprovechaba. Yo no podía oír sus movimientos, solo el arroyo, sin tregua. Sonido que cobraba fuerza según me acercaba, dominándolo todo hasta que ni siquiera pude oír mis latidos o mi respirar. Árboles rotando sobre sus bases en el suelo, como si todo estuviera sujeto a una enorme esfera. Un murmullo grave, producían, redoble de tambores de piedra, pero no podía ser más que el agua, un salto más largo a una poza más profunda.

El mentón muy pegado al pecho, las copas de los árboles sus referencias y él deslizándose a placer entre ellos. Era la tentación, el demonio siempre se ha movido así, sin mirar nunca de frente. Sombras rodeando a Jesús por los cuatro costados, y tuvo que aprender que no había más sombra que la suya.

Sostuve en alto la cabeza del ciervo al penetrar en la arboleda, portándola al frente como un escudo, ninguna bestia tan aterradora allí como pudiera serlo yo. Aquellos ojos luminiscentes, galaxias muertas que conservaban un poso de luz, y el muerto ya no podía escabullirse, viró y se agitó y no pudo ir a ningún lado, prendido de sus ganchos y contenido hasta que me planté delante de él y la esfera dejó de moverse bajo mis pies y los árboles

arraigaron de nuevo.

Mis trofeos, los dos, equivalentes, sin diferencia alguna, y no me los iban a quitar. Dejé caer al suelo la cabeza astada y el rifle al lado. Aflojé una soga e hice bajar otro gancho.

Los mayores podían oírme, y mi abuelo era capaz de moverse con la rapidez del diablo, pero yo sentía una extraña fortaleza interior, casi como si fuera invencible, después de lo pasado en mi travesía. Ni siquiera miré a mi espalda, simplemente cogí aquel gancho y la cabeza del ciervo y busqué un sitio por donde empalarla. No había cuartos traseros ni tendones de Aquiles, todo abandonado en el camino. Y violar uno de aquellos ojos no era posible, de modo que le di la vuelta, la cabeza entre mis rodillas, moví la mano para engancharla por la boca y luego di un tirón fuerte para que el gancho quedase anclado en el cuello. Dejé caer otra vez la cabeza astada y caminé hacia la camioneta para levantar la soga hasta que mi trofeo quedó más o menos a la altura de los tobillos del muerto, muy cerca de este, cabeza mirando hacia abajo y como si asintiera. Ahora podrían interrogarse el uno al otro y reflexionar sobre su destino final. El hombre mirando al firmamento, el ciervo al suelo desde arriba.

Mi padre despertándome de un puntapié, oscuro todavía. Había descubierto mi escondrijo detrás del tronco caído. Levanta, dijo. Sombra familiar que después de mi experiencia reciente se me hacía extraña.

Yo extenuado y hecho un ovillo en mi saco de dormir, no quería despertarme. El aliento espeso. Pero me clavó otra vez la bota en el costado y yo me incorporé. Bueno, dije.

Acompáñame, dijo él.

Echó a andar. A contraluz de una pequeña lumbre, contornos amarillos de él y una caverna formándose arriba en los árboles. Como la cúpula de cualquier catedral. La luna baja en el otro lado del cielo, poniéndose ya, difuminándose a la luz de la fogata. Sin vitrales. Sin ventanas siquiera. Arcadas huecas.

Mi columna una vara nudosa, pero me levanté y me puse la chaqueta y el gorro y las botas y lo seguí por entre sombras y hojarasca, negras charcas y hondonadas, mi rifle en una mano. Las copas de los árboles secas, todo el color blanqueado. Mi piel volviendo a la vida.

Tom junto a su parrilla, lo veo ahora como una especie de Efesto, trabajando a oscuras, sin farol, trabajando siempre con hierro al rojo y carne chisporroteante, una fragua que ya no era solamente de metal. Mi abuelo en su losa de mármol todavía, pero al pasar me pareció ver un ojo entreabierto. Mi padre parado más allá del fuego, frente a nuestro altar de los ganchos.

Muerto y ciervo del mismo color, amarillo claro, astas y tobillos del mismo material sin sangre. Casi tan inertes como el plástico pintado que cuelga en cualquier iglesia.

No puedes tener a un hombre colgado al lado de un ciervo, dijo mi padre.

Eso es todo lo que me queda del ciervo. El resto tuve que dejarlo en el camino.

No son lo mismo.

Sí que lo son, dijo mi abuelo a nuestra espalda. Al volverme lo vi ya levantado, llevaba puestos sus calzoncillos largos, un amasijo de carne holgadamente envuelto en tela sucia y amarillenta a la luz, su toga. Como si estuviéramos allí para que él nos juzgara.

No empieces, dijo mi padre.

¿Dónde está la diferencia, a ver? Tu hijo ha matado a un hombre y a un ciervo, y tú y él los habéis colgado ahí. Tú colgaste al hombre con tus propias manos, le espetaste los tobillos como a un animal.

No son lo mismo.

¿En qué se diferencian?

Yo no pienso seguir escuchando, terció Tom. Vino hacia nosotros espátula en mano, la pequeña fogata detrás de él, parte integrante de él. Brillantes puntos de grasa en su brazo desnudo. Al ciervo nos lo comemos. Al hombre lo enterramos. Ahí tiene la diferencia, monstruo de los cojones. Estaba apuntando a mi abuelo con la espátula, como si fuera un arma blanca.

No queda nada que comer, dije yo. Me obligasteis a dejarlo casi todo en el camino.

Mi abuelo sonrió. Lo mejor de la juventud, dijo. Esa absoluta falta de sentido del humor.

¿Qué quieres decir?, pregunté.

Baja ahora mismo esa cabeza, dijo mi padre. No quiero verlos ahí colgados los dos juntos. Arrugas en la cara de mi padre a la luz del fuego, sombras finas a todo lo largo de las mejillas. Una figura endeble. No podía exigir absolutamente nada. No influía en nada, y así había sido siempre.

Es mi primer ciervo. Tengo derecho a colgarlo ahí.

La secuencia del brazo de mi padre demasiado rápida, como una sombra que se me vino encima y me cruzó la cara, lanzándome al suelo. La piel ardiendo y los huesos de mi cara vibrando por el golpe. De rodillas pero sin haber soltado el rifle.

Tiene razón, dijo mi abuelo. Le corresponde colgar ahí su primer ciervo. Siempre hemos seguido esa norma. Si no la seguimos, también podemos comernos al hombre y enterrar al ciervo.

Y de repente eso fue lo que vi. De rodillas en tierra y con la sangre bombeando todavía en mi mejilla, pude ver a Tom cortando unos trozos del muerto y friéndolos en la parrilla. Una iglesia pero de un tipo diferente, el cuerpo de Cristo más literal, no un icono de madera o de plástico sino carne de verdad, y nosotros cuatro comiendo de ella cada día. Alimentándonos también de venado, sin encontrar la menor diferencia.

Usted es un monstruo, no hay duda, dijo Tom.

¿Qué norma dice que haya que comerse al ciervo y no al hombre?, dijo mi abuelo.

Todas las normas del mundo, joder.

¿Y decían las normas que este chico podía matar a un hombre?

No.

Ah. ¿Entonces?

A veces pienso que me inventé a mi abuelo, que en realidad no existió. Su voz es la mía ahora, y no encuentro separación entre las dos. No veo qué era él entonces y qué yo ahora. Estoy infectado de sus opiniones.

Estáis majaras, dijo Tom. Los tres. Y cuando volvamos todo el mundo se va a enterar. Disfrutad de vuestra última locura, porque hoy nos largamos de aquí.

Hoy no nos largamos, dijo mi abuelo. Hoy vamos de cacería, luego echaremos la siesta y después a cazar otra vez, como hacemos siempre. Y nos marchamos mañana, según estaba planeado. Y hasta que nos vayamos, esa cabeza de ciervo se queda donde está.

No vamos a ir de cacería, dijo mi padre. Tengo que enterrar a ese hombre. Y lo voy a hacer ahora mismo. Esto ha ido demasiado lejos. Esa cabeza de ciervo se puede quedar ahí colgada el tiempo que te dé la gana, pero no con el hombre al lado.

Mi padre fue hacia las cuerdas y se puso a trabajar a oscuras, de espaldas a la lumbre. Yo oía respirar a los hombres más arriba de mi cabeza, el crepitar de la leña en el fuego.

Soga mordiendo corteza y el muerto cayó de repente ante mis ojos, una sola pieza en movimiento, una losa, no un desplomarse ni un doblarse sino tan caída a plomo y dura sobre los hombros y luego los tobillos descendiendo lentamente hasta quedar unos centímetros por encima del suelo. Como si una parte de él se negara a retornar a la tierra, siempre algo como de otro mundo en aquel muerto. Sonrisa astuta y cabeza gacha, capaz de cualquier cosa.

Entonces ¿vas a reconocer que la muerte de este hombre significa algo?, preguntó mi abuelo.

No pienso decir nada, contestó mi padre. Y contigo no me hablo.

Bueno, ¿y enterrarlo qué significa?

Esas son cosas que no se preguntan.

Son solo preguntas y nada más. ¿Qué tal si le cortamos la cabeza y lo enterramos con la del ciervo? ¿Cambiaría eso algo?

Tom se acercó al fuego y cogió un palo largo y grueso que ardía por un extremo. Rojo entramado de ascuas dentro de las llamas. Lo sostuvo en alto y se lo quedó mirando. ¿Importaría algo si le quemara a usted los ojos con este palo?, preguntó. ¿Cambiaría eso algo?

No es a mí a quien habría que quemarle los ojos, dijo mi abuelo, y luego

me señaló a mí. Si la muerte de ese hombre significa algo, entonces tiene que haber consecuencias.

Vosotros dos, dijo mi padre. Mataos de una puñetera vez, hacedme el favor. No quiero escucharos nunca más.

¿Qué significado tiene enterrarlo?, preguntó mi abuelo. ¿De qué servirá?

Mientras nosotros estábamos distraídos, el muerto miraba a todas partes. Miradas furtivas. Planeando la fuga. Cruzar de un salto el arroyo, meterse entre los árboles y los helechos y huir por el prado. Cabeza de ciervo y cuerpo de hombre, los pies girando y batiendo la tierra, brazos agitándose inútiles a los costados, pero aquella testa con su cornamenta y sus grandes ojos siempre mirando, viendo todas las formas. El cuerpo sacudiéndose debajo pero la cabeza estable y deslizándose sobre el suelo.

Mi padre caminó torpemente hasta los tobillos del muerto, los bajó al suelo, arrancó los ganchos. El muerto libre al fin, y yo esperaba que mi padre echara a correr, pero se incorporó y le agarró de los tobillos y empezó a arrastrarlo hacia la camioneta. Los brazos del hombre abiertos y los nudillos engarfiados, ligeramente separados del suelo, inmovilizados en aquella posición, tratando de agarrarlo todo, sin cuello, un Jesús orangután pálido y putrefacto y a la espera. No se dejaría meter fácilmente en ninguna tumba, de eso estaba yo seguro.

Bueno, pues volvamos a la cama, dijo mi abuelo. Bostezó y se rascó las costillas. Cuando ya estamos cerca, pasamos de largo. Cava ese hoyo e intenta no pensar en nada.

Vete a tomar por culo, dijo mi padre.

Vale, dijo el abuelo. Dio media vuelta y echó a andar con cuidado sobre las agujas de pino y las piñas, descalzo, tambaleante. Se sentó a la mesa. Primero desayunar, después me iré a tomar por culo y aprovecharé para cerrar un rato los ojos.

Tom lanzó su tea al fuego y regresó a la parrilla. Muy bien, dijo. Pero a ver, ¿piensa hacer preguntas enjundiosas? ¿Como qué sentido tiene comer huevos? ¿Qué es un huevo? ¿Qué relación hay entre el huevo y el beicon? ¿Existe alguna regla que diga que el beicon se come antes que los huevos? ¿Y si el beicon es el huevo? ¿Tiene el huevo alguna consecuencia?

Ayúdame a levantarlo, dijo mi padre. Me lo decía a mí, que esperaba junto a la trasera del vehículo.

Me puse de pie, pero yo no quería tocar el muerto. No me veía capaz de coger aquellas manos.

Ya mismo, dijo mi padre. Muévete de una puta vez.

En sombras, mi padre, la camioneta tapando el fuego. Con el rifle en ambas manos me fui acercando, oculto yo también. Hacía frío y no había amanecido del todo.

Venga, dijo mi padre.

El muerto una sombra azulina y pálida sobre el suelo más oscuro, aquellas manos suspendidas en el aire y abarquilladas, advirtiéndonos, intentando explicar la enormidad de algo pero paralizadas a media advertencia, sin sangre ni sonido ni tiempo.

Deja el rifle en el suelo y agárralo de las manos.

Yo estaba petrificado, tan tieso como el muerto.

La puta que me parió, dijo mi padre. Soltó los tobillos del hombre, rodeó el cuerpo en tres zancadas rápidas, me agarró del brazo y tiró de mí hasta los pies del muerto. Pues cógele los tobillos, dijo.

El muerto reclamándome. No estaba claro dónde quedaba el suelo ni si la gravedad nos tenía boca arriba o al revés. Parecía que él estuviera encima con aquellos brazos suyos extendidos al frente, lo que significaba que era yo quien estaba tendido en el suelo, el mundo inclinado noventa grados, pero solo había aire detrás de mi espalda. Me sostenía en la nada y el muerto se me venía encima. Su cabeza gacha porque de un momento a otro iba a saltar sobre mí.

Cógele los tobillos. La voz de mi padre, fuerte.

El descendimiento de la cruz y el posterior entierro de Jesús. Lo malo es que se va a levantar, hay como una premonición de que pasará eso, y la premonición te tiene allí clavado. No puedes moverte ni respirar.

Maldita sea, dijo mi padre. ¿Estás subnormal o qué?

Tu hijo sabe, dijo mi abuelo desde la mesa. Sabe que la muerte de ese hombre significa algo, sabe que habrá consecuencias. Sabe más cosas que tú.

¿Y si cavaras un hoyo?, le gritó mi padre. ¿Y si cavas un hoyo y te metes dentro y a la vuelta te echamos tierra encima? Me encantaría hacer eso. No lo dudaría ni un segundo.

Puedes enterrar lo que quieras, dijo mi abuelo. Hay cosas que no se dejan sepultar.

Ahórrate el discurso.

¿De qué servirá este sepelio? ¿Querrá decir que tu hijo no le mató? ¿Querrá decir que el hombre no está muerto?

¿El beicon nació del huevo?, intervino Tom. ¿Tuvo el beicon alas alguna vez? ¿Será un pterodáctilo, el beicon?

Mi padre se arrodilló a oscuras junto al muerto y lo tomó en brazos, lo

levantó como si fuera una tabla fofa, brazos y piernas no del todo rígidos, y giró para meterle los pies primero por encima del portón, pero aunque este estaba bajado no consiguió subirlos lo suficiente. Se quedaron enganchados.

¡Aaaah!, gritó mi padre, y se agachó para darse impulso y levantar un poco más aquel cuerpo, y acto seguido empujó al muerto plataforma adentro, entre las piñas del abuelo, deslizándolo sobre el acanalado suelo metálico. El cadáver pálido y correoso y desgarrado, una luminiscencia diferente. Las manos colgando rígidas todavía, por el borde de la plataforma, pero mi padre levantó el portón trasero y las remitió de un portazo.

Sube, me dijo.

Bravo, exclamó mi abuelo. Estás a mitad de camino de nada.

Mi padre adusto. Al montar en la cabina me lo encontré encorvado sobre el volante. Todo esto es por tu culpa, dijo. O sea que vas a arrastrar ese cadáver hasta el claro de arriba y enterrarlo como es debido.

¿El claro de arriba?

Lo que oyes. Mi padre encendió el motor, y el ruido me sorprendió, tan fuerte y desagradable y vibrante, como si luchara contra el frío. Ve a por la pala, dijo. A no ser que quieras cavar una tumba con las manos...

Bajé y fui hasta la lumbre, observado por mi abuelo y por Tom, cogí la pala que utilizábamos para montar campamento, una pequeña y plegable, excedente del ejército. Tardaría una eternidad en cavar una fosa con aquello.

Pero monté en la cabina y mi padre hizo un giro de ciento ochenta grados y enfiló la pista, salvo que no se veía calzada alguna y él no encendió los faros. Condujo a oscuras. El fuego y su luz quedaron casi inmediatamente atrás, y no había otra claridad por la que guiarse pues la luna se había puesto y apenas había unas tímidas estrellas en un lado del cielo.

El sonido de la camioneta nos aisló del resto del mundo. Juntos en aquella cabina a la espera de acontecimientos. Y sin embargo mi padre solo podía guiarse de oídas. El pedregal para saber que estaba arrimándose a uno de los lados, ruido de pequeñas ramas partiéndose bajo las ruedas y luego otra vez el sonido más suave de tierra y piedrecitas y piñas aplastadas, como pequeñas granadas blandas haciendo explosión. O quizá conducía de memoria, tan identificado ya con aquel recorrido.

A mi lado una silueta oscura, una forma que yo no conocía. No podía verle, y casi me pareció como si siempre hubiera sido así. Mi abuelo lo había borrado.

Descendiendo entre tinieblas, la compresión del motor en aumento y yo con la mano aferrada al tablero, sin poder ver lo que había debajo. Y detrás el

muerto deslizándose hacia nosotros, los brazos extendidos.

De mi padre sé que era una persona ética. Quería que todo fuera correcto. De haber podido nos habría reconstruido a todos, nos habría fundido para crear un nuevo molde. Por eso mismo no tenía ninguna oportunidad. Por eso había sido borrado y ahora no logro recordarlo más que como una sombra a mi lado, especie de recordatorio de quien yo quizá debería haber sido pero difícilmente podría haber llegado a ser. Uno no puede deshacer su propia naturaleza, y los éticos siempre nos vemos impotentes ante la realidad de lo que somos.

Jesús tuvo un sepelio pagano. Una cámara con espacio para la otra vida, cerrada por medio de una gran piedra. Un entierro de desierto, como se venía utilizando desde hacía mil años. No el principio de ninguna historia. Los demás se levantaron también de entre los muertos, para beber de sus cálices dorados y conducir cuadrigas y desfilar por ahí con alhajas y sirvientes. La muerte un lugar bullicioso. La única diferencia fue que Jesús movió la piedra.

Jesús quebrantó la ley, violó la separación entre vivos y muertos. Una colisión de nuestros dos mundos, y no podía ser sino catastrófica. Jesús introdujo a los muertos en nuestras vidas, los puso a vagar por la tierra, liberó los espectros y los demonios que ahora tememos, invadió el mundo de los vivos con todos los personajes de la otra vida, todos los personajes del infierno, liberados del pagano país del Hades. Sin río ni barquero que nos separe, y ahora al caer la noche los sentimos por todas partes, su respiración no pulmonar.

Dios lo quiso así. Envío a su único hijo como invasión del ultramundo en el nuestro. Es la historia de Jesús. Tras miles de años de mundos independientes, al final hubimos de admitir que el país de los demonios estaba dentro de nosotros, de ahí la historia de Jesús moviendo aquella piedra, abriendo la puerta, inundando nuestras vidas con todo lo que somos, enviado por dios, que no es otro que nuestra propia voluntad. Jesús es el reconocimiento del demonio que todos llevamos dentro, un reconocimiento del animal que anida en nosotros, la bestia. Un reconocimiento que queríamos y necesitábamos.

Mi padre aún creía en nuestra bondad. Creía que podíamos hacer las cosas bien y de este modo mantener a raya a los demonios, de ahí que estuviera destinado a luchar y sufrir sin tregua. Siguió conduciendo a oscuras, hundiéndose en cavernas y comprimiéndose en rodadas y promontorios, el roce a un lado y a otro, misteriosos pedregales flanqueando la carrocería de la camioneta.

Yo me agarraba sin saber qué iba a pasar. Podíamos despeñarnos por el borde de algo y encontrar la muerte tras la caída. Parte del terreno a nuestro alrededor era casi llano, pero antes de llegar a los claros superiores

tendríamos que pasar por varios taludes, desniveles interminables de roca y aire, y yo no tenía manera de calcular dónde estábamos. Me había quedado sin referencias, igual que aquel viaje de antaño en barco al inframundo.

Lo enterrarás tú, gritó mi padre entre el ruido del motor y los arañazos. Tú lo enterrarás y que no se hable del asunto nunca más.

Creo que, aun con once años, yo ya sabía entonces que nada desaparece por más que lo entierres.

El terreno todavía oscuro incluso cuando el cielo adquirió un azul de cañón de arma, duro y casi negro, incluso cuando las estrellas empezaron a desvanecerse y pude ver los árboles recortados contra el firmamento, sombras rugosas formándose en el cielo y disipándose para formarse otra vez, apariciones repentinas, todavía sin referencia.

Cavarás hasta que te sangren las manos, chilló mi padre. Lo vas a pagar.

Seguí bien agarrado mientras avanzábamos a tumbos en el final de aquella noche. No están claros los frutos de ese pago. Lo que está hecho hecho está. Todo acto permanece. ¿De dónde sacamos eso de que se pueda pagar por nuestros actos? Eso es creer en un cierto orden, una cierta contabilidad.

Mi padre continuó sin desviarse un palmo de aquella calzada que no podía ver, siguió sus vueltas y revueltas mientras las formas cobraban vida en lo alto e iban quedando lejos, dejó atrás todo cuanto podía pegársenos o seguirnos, a excepción, claro está, del muerto, a quien teníamos justo detrás.

El cielo más azul, menos negro, y además de las oscuras ramas que nos pasaban por encima empecé a distinguir las algodonosas formas del matorral a los costados, el contorno del terreno, de la montaña que se elevaba a nuestra izquierda. La alta sierra que se prolongaba hasta la cumbre de Goat Mountain, afilándose una vez allí, alcanzable, y un poco más abajo el claro superior, un trecho pelado de hierba que descendía abruptamente hacia pinos. El espacio abierto más elevado, con vistas a todo lo demás. El muerto disfrutaría de un panorama de rico, como es de rigor entre los muertos. Nosotros no creemos en la muerte.

La calzada visible ahora como dos pálidas sendas con una oscura joroba en medio, y el matorral y los árboles desaparecidos del lado en que yo viajaba. Miré hacia abajo, un precipicio a la nada, un borde del mundo. El crepúsculo llegó justo a tiempo. Grandes rocas y peñascos como apariciones azules tenues y cambiantes, surgiendo de abajo. Una sensación que recuerdo ahora, que no ha menguado ni se ha desvanecido, aquel abismo inmenso y cómo tiraba de nosotros.

Mi padre no levantó el pie del acelerador y no se arrimó tampoco al lado

de montaña sino que siguió adelante, los neumáticos a unos centímetros del borde, y yo debí de aguantar la respiración y desear que la camioneta no se apartara del camino hasta que torcimos a la izquierda y nos alejamos de aquel vacío en dirección a los árboles, tan a oscuras y casi ciegos como a nuestra llegada.

Permanecí en la cabina, sujetando el rifle. No quería tocar al muerto.

Mi padre pasó por delante y me abrió la puerta. Lo vas a hacer, dijo. Lo vas a hacer ahora mismo. Yo te sujeto el rifle, porque vas a necesitar las dos manos.

Yo no quería renunciar a mi rifle.

Bájate de una vez.

Era incapaz de moverme. Aquella montaña el lugar menos apropiado. Pero mi padre me agarró de la pechera y me sacó a la fuerza. Me sostuvo de pie en el polvo y me arrebató el rifle. Alto, mucho más alto que yo entonces, cerniéndose sobre mí, un gigante que no entendía nada. No me pareció débil. Sin mi abuelo cerca era más fuerte, cada generación socavando a la siguiente.

La pala la llevo yo también, dijo. Me empujó y tuve que ir atrás y bajar el portón trasero. Las manos del muerto avanzando hacia mí. Había luz suficiente en el azul amanecer como para ver aquella forma enjuta, flaca y pálida. Con la cabeza remetida y los brazos en alto, parecía un niño pidiendo ayuda, pidiendo que lo levantaran.

Tocando a los muertos. Se supone que los muertos no se tocan. Por eso inventamos esa otra vida cómoda para ellos, a fin de que no se nos vengán encima. Confiamos en tenerlos distraídos, atareados. El entierro es una esperanza.

Cógelo de las muñecas y sácalo de ahí.

No puedo.

Tú le mataste, así que ahora lo entierras tú.

No puedo tocarlo.

Mi padre introdujo un cartucho en el 30-30. El sonido fue tan fuerte que de repente me di cuenta del silencio reinante. Unos pocos pajarillos, algún que otro trino y nada más. El cielo, cambiando de azul muy oscuro a uno más claro, no emitió sonido alguno.

Mi padre me puso el extremo del cañón en el cuello. Eres mi hijo, dijo. Estoy aquí para ayudarte. Trato de entender qué demonios eres y trato de impedir que te conviertas en eso. Pero como no le agarres las muñecas ahora mismo, apretaré el gatillo.

El metal frío en mi cuello, y un hueco que yo no podía sentir pero la bala

recorrería ese hueco y me abriría el cuello con rapidez inusitada, y estaba seguro de que mi padre apretaría el gatillo. La cosa había ido demasiado lejos.

Agarré pues al muerto por las muñecas, frías y casi todo hueso, y noté en los antebrazos sus dedos curvados, sus uñas igual que cualquier pico, garra, asta, esa parte de nosotros que no está hecha de carne, la parte que quisiéramos negar, el recordatorio. Tiré de él y me dio miedo que se partiera por la mitad, pero no, se deslizó entero y no se quejó nada, y volví a tirar y siguió deslizándose hasta que yo empecé a caminar de espaldas y el muerto a punto de caer, casi todo su peso fuera del vehículo, y como no podía dejar que me cayese encima, salté hacia atrás y lo solté mientras él se daba una costalada.

El sonido amplificado en aquel recodo, al abrigo de los árboles. El muerto todavía astuto, esperando el momento propicio para actuar. No como el ciervo, que echaba raíces en la tierra, sino más tramposo.

Todo había empezado no muy lejos de allí, cuando era un hombre vivo sentado en aquella roca. Arrastrado luego cuesta abajo por mi padre. Y arrastrado después por mi abuelo a través del prado contiguo al campamento, y arrastrado de vuelta por mi padre para quedar colgado de ganchos por segunda vez. Nuestras vidas una repetición, no solo nosotros sino todos los que hubo antes, incluido Jesús, que arrastró su cruz, imagen del sufrimiento, imagen de una vida humana. Siempre es igual, todos arrastramos un peso y raspamos con él la superficie de la tierra. La Pasión, se ha venido en llamar. Jesús un ejemplo de nuestra autocompasión.

No te quedes ahí parado, dijo mi padre, como han dicho todos los padres, autoridad generación tras generación, esclavos en todos los caminos.

Cogí aquellas dos manos, sus uñas-garras arañando la cara inferior de mis muñecas, y tiré del muerto y me costó menos arrastrarlo que al ciervo aunque pesaba más, incluso destripado. Él no podía volver a la tierra, su conexión había sido cercenada. Sin raíces con las que escarbar, imposible encarnarse en roca o planta. El ciervo en cambio elemental, hecho de la misma materia que las estrellas y los árboles. Pero el muerto un lastre cada vez mayor, como si el peso se fuera acumulando, un agujero negro.

Yo hincando los talones en aquella cuesta de tierra sembrada de borrajo y hojas y ramitas, enganchándonos en una piedra de debajo y al siguiente paso deslizándonos otra vez. Siempre a tirones, todo movimiento abreviado, mis afanes convertidos en apenas centímetros de avance, él por su parte expandiéndose y contrayéndose y patinando otra vez hacia abajo. No veía yo cómo iba a poder llegar así hasta el claro de arriba.

El muerto con los talones unidos, en perfecta formación, meciéndose a un lado y a otro, saltador de trampolín surgiendo de las profundidades o todavía en pleno descenso.

Maldita sea, dijo mi padre, y me arrebató una de las manos del muerto y se puso a tirar con fuerza cuesta arriba.

Me afané por mantenerme a su altura, tirando con la mano derecha mientras con la izquierda me aferraba a la colina, doblado por la cintura y clavando los dedos de los pies.

El muerto acumulando ahora todo su peso, resistiéndose, remiso a aquel entierro, oponiéndose a una segunda muerte. Sacado de la superficie de la tierra y enviado a la oscuridad, la boca llena de tierra y toda luz extinguida. Granos compactándose poco a poco encima de él y sin manera de atravesar aquel medio, aguadilla perpetua y ahogado para siempre y perdido. A partir de que Jesús invadió el mundo con los muertos, hemos estado intentando impedir que los nuevos muertos se levantaran, el entierro cristiano ya no una cámara sino una barrera, una simple capa gruesa de tierra.

La luz que empezaba a inundar el cielo un cruel recordatorio, una falsa promesa. Solo al final se nos muestra el principio. El sol saliendo detrás de aquella loma. Nosotros quedaríamos a la sombra. Pero ya no había estrellas y el cielo era de un azul lechoso, sin profundidad o distancia. Ese azul una mentira también y ni siquiera una promesa, y todas las otras cosas desprovistas del azul.

Marrón de agujas de pino, cada hato de tres finas lanzas curvándose y sujetas mediante una envoltura de marrón más oscuro. Mi cara allí pegada. Un toque de naranja en la parte inferior de cada lanza. Necesitaba concentrarme en algo que no fuera el peso del muerto y el esfuerzo.

Hojas abarquilladas y secas, como costras a punto de saltar, toda la gama de marrones claros. Helechos y hierba sanjuanera. Frambuesas silvestres reptando por el suelo, de un verde extraño. Por todas partes conos masculinos, delgados, marrones y resacos, caídos de las ramas bajas de los pinos, derramado su polen amarillo verdoso, como bengalas usadas del 4 de Julio.

Aquel otro mundo, de otra gente, perdido y muy remoto. Él y yo solos, más los dos que estaban en el campamento, ningún otro ser humano. La vida que heredé era eso, y yo no tenía poder para cambiarla. Solo había el entorno, la vida humana nada más que un rumor. Dos plantas pueden injertarse y crecer juntas, compartir agua y nutrientes, pero dos personas no.

Arrastramos aquel cuerpo pendiente arriba, clavando nuestras botas en el terreno, y lo que yo tenía era interminable. Bellotas gordas y relucientes, las

coronas cubiertas de amarillos pelos polvorientos. Encinos mexicanos, o de las barrancas. Es todo lo que mi padre me enseñó. No a vivir con otros ni a ser alguien sino a cómo mirar, y solo aquel paisaje de chaparral y encinas y pinos, un lugar perdido ya para mí, y hay veces en que deseo sacudir mi pequeña vivienda como si fuera una jaula y salir de allí y volver corriendo al lugar que me corresponde, pero no puedo hacerlo, como es lógico. El muerto se lo llevó todo consigo.

Ascendimos demasiado aprisa. Arremetiendo con todo, sin aminorar el paso, cuanto había de suceder determinado solamente por la inercia. Estábamos locos por dejar atrás algo que no podía dejarse atrás. Dondequiera que terminásemos, seguiríamos estando allí. Por lo visto no fuimos capaces de entender que aquello que debíamos temer estaba dentro de nosotros. Los griegos sí lo entendieron, hace ya dos mil quinientos años, pero se nos ha olvidado.

Aquella montaña un ser vivo, y nosotros subiendo por su falda hacia los pinos grises que había en la parte baja del claro superior. Me ardía la garganta y tenía la piel brillante de sudor. El latir de la sangre incluso en el fondo de mis ojos, las piernas en llamas. Pero no nos detuvimos. En condiciones normales nos manteníamos pegados al suelo, atisbábamos sigilosamente entre los árboles en busca de venados en las cuevas despejadas de más arriba, pero esta vez no hicimos más que subir y subir resoplando hasta salir a campo abierto con aquel peso detrás.

La cuesta muy empinada, casi vertical, afloramientos de roca oscura, anaqueles de hierba y el mundo tan inclinado, enroscándose sobre nosotros. Mi padre nos arrastró a mí y al muerto por un cauce central, sobre rompesacos que casi parecían trigo pero que se enganchaban en los hocicos y las orejas de los animales y se pegaban a los cordones de nuestras botas, pálidas barbas puntiagudas.

Atravesamos lateralmente la ladera resbalando por aquel precipicio hasta una roca que sobresalía y se elevaba lo suficiente como para ver desde allí la cumbre de Goat Mountain. Todo lo demás quedaba debajo, una buena vista de los lugares donde habíamos estado y al fondo del valle las montañas del otro lado, montañas por doquier y ningún asentamiento humano, solo las delgadas cicatrices de unas pistas forestales.

Las piernas me temblaban al estar de pie, no quedaba fuerza en ellas. Bueno, dijo mi padre. Este es tan buen sitio como cualquier otro. A la vista de donde le disparaste, pero qué coño. Me da igual si nos pillan.

Vi la piedra donde había estado el furtivo, un poco más abajo de la sierra.

Estaba en sombras, y desde donde yo me encontraba no pude ver sangre, pero sabía que aquella era la piedra, estaba a menos de doscientos metros.

El llano donde nos habíamos detenido no mucho más grande de lo que uno necesitaría para plantar una tienda. El muerto tendido de espaldas todavía, brazos arriba, sin importarle el sitio. Allí le parecía bien. Era un muerto complaciente, por lo general, pesado como un saco de ladrillos pero con pocas exigencias. Pero estaba allí en medio, justo donde yo iba a tener que cavar. Había unos cuantos gusanos sobre la curva blanquecina de su vientre, salían del orificio de la bala. Moviéndose por allí a la buena de dios, un gusano siempre sin rumbo, pululando a ciegas, soñando con aquellos ojos de mil y un espejos, una herencia.

Las piernas se me doblaban y me senté en el suelo, pero mi padre me hizo levantar de golpe.

Nada de descansar, dijo. Agárralo de las manos y lo arrastraremos un poco más arriba, así podrás cavar.

Hay gusanos, dije.

Ya sé que hay gusanos. Quizá deberías mirarlos bien.

Mi padre remetiÓ una bota bajo la espalda del muerto y lo giró, la cara desaparecida, y entonces me di cuenta de que no le había mirado por última vez. Necesitaba ver aquella cara. Pero todo lo que teníamos era una oquedad con cientos de pequeños gusanos blancos reptando los unos sobre los otros a la caza de carne. No más moscas iridiscentes, ya no era bonito, desprovisto de sonido y chato. El futuro que nos espera a todos, aprender a oír la masticación del gusano, ser devorados lentamente por todo lo que se retuerce, esperando una segunda vida que solo tuvo lugar una vez, cuando Jesús movió aquella piedra, y no va a repetirse más.

Mi padre me dejó allí con el cadáver y la pala, pero se llevó el rifle. Echó a andar monte arriba hacia unas matas y luego roca vista y trepó por el espinazo de Goat Mountain, grandes cachos de roca mellada a modo de vértebras subiendo hasta la ancha y pelada cumbre, la cabeza del monte, una gruesa placa pensada para embestir, tachonada de afloramientos que bien podrían haber sido cuernos. Mi padre cada vez más pequeño, alejándose hasta que pareció una hormiga encaramada a una de las vértebras grandes, perdiéndose de vista en una grieta para emerger de nuevo, la bestia más grande la altura de la cabeza.

La amplia pendiente donde yo me encontraba sería el hueso pélvico, y me pareció un lugar idóneo para enterrar al muerto, justo allí de donde había nacido. El macho cabrío una de las formas favoritas del diablo, el diablo mitad hombre, mitad macho cabrío, capaz de engendrar sin descanso, incesantemente, toda forma híbrida, y cuando haya poblado el mundo con suficiente cantidad de sombras propias, entonces se levantará. Este espinazo se pondrá en movimiento, se desgajará de las cuestas inferiores y todas las piedras pequeñas resbalarán hacia abajo. El diablo sacudirá esa enorme cabeza liberándola también y luego su pelvis se inclinará hacia arriba y aparecerán unas patas debajo y esta pendiente quedará suspendida en el aire a decenas de metros de altura y el muerto enterrado aquí y agarrándose para no caer.

Pero nadie sabe cuándo se levantará el diablo, ni a santo de qué. ¿Acaso no tiene ya todo lo que quiere? No sé qué sacaría con hacerlo.

El terreno hecho de roca. La pala floja y pequeña, no se hincaba más de cuatro o cinco centímetros, una sacudida en los huesos, tarea imposible. Retiré la hierba seca y el poco de tierra y guijarros sueltos, creando una costra en el monte, nada más. Me arrodillé en el centro de la costra, mi confusión en aumento. El día cada vez más claro y mi padre lejos ya en aquel espinazo y el aire más caliente.

El muerto no colaboraba. Boca abajo, sesteando, pegado a aquel monte y nada preocupado por la colonia que tenía en la espalda. Soñando con su cuadriga y sus cuatro caballos, bridas y riendas doradas y pulseras de oro a

todo lo largo de sus brazos. Atravesando la tierra a gran velocidad, pero esto es desierto y habrá grandes dunas de arena y al intentar coronar una de ellas a galope tendido, las ruedas se atascan, las pezuñas se estancan, y la cuadriga va hundiéndose poco a poco en arena, por más que él fustigue a sus caballos. Pero a lo mejor cuando te mueres ya no tienes estas pesadillas. Puede que no haya presión ni pánico.

El muerto estaba de bruces. La cabeza no relajada y vuelta hacia un costado sobre la mejilla, como alguien que durmiera, sino mirando hacia abajo. La roca como espacio abierto, vetas de piedra más ligera como aire curvándose en torno a piedra más densa, y ese era el mundo que el muerto contemplaba tal vez. En el centro un gran lago de movediza lava, y a todo lo largo del perímetro hay playas e islas, marismas y montañas que duran un día o un instante y se disuelven otra vez, paisajes de inverosímil belleza jamás vistos directamente sino desde la densidad y el espejismo sin aire, y en ellos aguardan las colonias de demonios para salir por fisuras y canales, disparados hacia la superficie, deslizándose por el magma hasta que poco a poco se van acercando y finalmente quedan atrapados en jaulas de dura piedra, eternamente, a un paso de su deseo, nacidos solo de la voluntad de Satanás, hecho de roca también él, semisumergido, aquel que es capaz de revertir y superarlo y no seguir negando. Todas las cosas le son obedientes. A nada teme y puede adoptar cualquier forma. Él solo mira hacia abajo. Sabe que lo que acontece más arriba carece de importancia.

Ensanché aquella costra. Qué podía hacer si no. No hay pala que pueda cavar en suelo de roca, del mismo modo que el núcleo del hombre no es accesible al tacto ni al entendimiento. Solo podemos trabajar en los bordes, mordisquear nuestra propia piel, de modo que empuñé aquella herramienta con las dos manos y la utilicé a modo de cuchillo para ahondar, de hinojos ante un sacrificio, y cada cuchillada era apenas una caricia y lo que arrojaba a un lado era poco menos que nada.

Clavándome las rodillas a través del pantalón, las manos con ampollas, el aire cada vez más denso. La roca sobre la que estaba trabajando era oscura y ondulada, erosionada en tiempos pretéritos y vuelta a sepultar.

Una de las montañas próximas sumergida del todo, sepultada bajo una placa y medio quemada para regresar después a la superficie. La roca medio transformada y ahora expuesta a la luz, mostrándonos el inframundo. Imaginaos, una montaña entera deslizándose lentamente y cayendo al horno para luego salir lo bastante rápido como para no derretirse.

Nada de lo que nos rodea ha estado inmóvil jamás. Todo ello moviéndose

ahora, y todo ello perecerá por el fuego. Es un error preguntarse cuándo podría resurgir Satanás. Lo está haciendo ya, las piedras pequeñas van cayendo por toda esta sierra formando pedregales, ese espinazo y la cabeza del macho cabrío, nombrados ya, se van soltando, pero puede que nosotros solo oigamos caer una roca por la noche, quizá otra roca el año siguiente, y probablemente no veremos nada.

A él no lo veremos levantarse, tampoco lo verán nuestros hijos ni los hijos de estos ni cien generaciones después, pero llegará una que sí lo verá surgir y deambular por el mundo y esa generación ya no podrá ver Goat Mountain como es ahora, todas las señales borradas salvo unos cuantos montículos sin conexión. Nadie pensará que una vez formaron parte de una montaña.

Retiré todo lo susceptible de crecer y la capa superior de suelo que lo sustentaba. Ya solo quedaba lo que el muerto tapaba con su cuerpo, de modo que me puse en el lado de arriba y metí la puntera bajo sus costillas para darle la vuelta como había hecho mi padre, pero yo no tenía tanta fuerza. El muerto era correoso y sus extremos no se movieron de sitio. Las costillas volvieron a su posición.

De rodillas en el lado de abajo, me incliné sobre el muerto, una mano en su axila y otra en su cintura. Los gusanos estaban cerca, correteando por allí, y no me gustó nada, pero no podía hacer otra cosa. Mi cara a unos centímetros de la de él y un olor diferente del que yo había imaginado. Su olor de antes se lo habían llevado los gusanos, ahora olía como a pan, o a la masa húmeda del pan, a levadura, una cosa densa. El cuerpo transformado en pan y sustento, la Comunión. Olor a podrido también, desde luego, pero quizá me había acostumbrado a eso, había vivido en ese olor, aparte de que con los gusanos la situación había cambiado, y además percibí un deje como a leche, leche en un balde, olor a ubres. Como si el muerto hubiera de ser nuestro sustento y aquella fuese su última voluntad. Sus intenciones para con nosotros nunca habían estado claras.

Lo hice girar hacia mí. Blando y pesado, su carne una masa pastelera, y fue como estar sentado a una gran mesa, los gusanos escondidos ahora junto a mis rodillas y su vientre tan cerca, y miré su cara y vi que él me estaba observando con gesto benévolo. Expresión más abierta imposible, boca floja y ojos clavados en los míos, traspasándome, y total relajación, no más trucos, solo sinceridad. Le preocupaba lo que pudiera pasarnos cuando él ya no estuviese allí.

Me quedé mirando aquellos ojos, no podía apartar la vista. Los ojos muertos tienen una vida diferente, ya no hay temor, todo es reserva y

valoración. Una desnudez. Una aceptación.

En ese momento supe que debía darle una buena sepultura. Necesitaba un féretro que protegiese al muerto de la tierra, para que aquellos ojos pudieran continuar siempre mirando y limpios. Lo mejor hubiera sido dejarlo donde estaba, a la intemperie, o mejor aún colgado otra vez boca abajo para que pudiera mirar al cielo con aquellos ojos que no tenían límite, que quizá alcanzaban a ver las estrellas, pero también necesitaba estar protegido. La idea de que algo pudiera destruirlo me resultó insoportable.

Es difícil saber qué quieren o qué necesitan los muertos. Nunca le había oído la voz. Todo cuanto rodeaba al muerto era un rumor. Si yo hubiera estado allí para conocerlo en vida, en aquel momento habría sabido qué hacer.

Háblame, dije. Dime lo que tengo que hacer.

Fue entonces cuando salió el sol, y quise interpretarlo como una señal, pero ¿señal de qué? Calor en mis cabellos y yo allí de rodillas, esperando. El muerto y yo en aquella estrecha repisa de la empinada pendiente, a nuestro alrededor todo huidizo, pero por más que esperé el muerto no dijo nada. Noté cómo el sol iba descendiendo hacia mi cuello y mi pecho, demasiado fuerte y luminoso para mirarlo, y cómo prendía los verdugones de avena venenosa que tenía por todas partes. Empecé a rascarme, el mentón remetido igual que el muerto y mis ojos entornados, mientras que los suyos permanecían muy abiertos.

Me dolían las rodillas y finalmente me puse de pie y cogí la pala, me agaché y empecé a clavarla en la zona donde había estado el muerto. Pinchar y tirar. Un sonido inconexo, de la roca y la pala, como si saliera de unos palmos más allá y hubiera otra persona cavando además de mí. Pala plegable, poco recia, inservible, mellada y herrumbrosa en los bordes y utilizada en alguna guerra, enterrando vivos además de muertos.

Seguí cavando porque no sabía qué otra cosa hacer. Intenté no mirar más al muerto, aunque él se ponía en medio todo el rato, cuando no eran las manos eran los pies. Traté de ahondar un par de centímetros en toda la zona, seguí machacando la roca de debajo hasta que oí las pisadas de mi padre, tosco deslizarse de sus botas cuesta abajo.

Iluminado por el sol, con mi rifle en la mano, descendiendo rápido por el claro, como si le fuera imposible dar un paso en falso. Casi me había olvidado de él. Miré al suelo y comprendí que lo que había cavado no iba a ser de su gusto en absoluto. Lo que yo había hecho no tenía pies ni cabeza.

No he podido hacer otra cosa, dije. Es todo roca.

Mi padre bajando aún a toda leche, no podía oírme, resbalando y luego

unos pasitos rápidos para frenarse al llegar a mi altura. Respirando a jadeos.

Eso no es ninguna tumba, dijo.

Es todo roca.

Le debes una sepultura a ese hombre, y has tenido tiempo de sobra.

Estábamos uno a cada lado del cadáver y el muerto no hizo ningún comentario. Necesitábamos al abuelo. Él nunca dudaba, nunca parecía encarar un momento en que las cosas no estuviesen claras o no hubiera salida.

Mi padre me arrebató la pala. Luego me pasó el rifle para que lo sujetara, y yo me alegré de recuperarlo. Aquel peso tranquilizador, acero viejo.

Mi padre empezó a pinchar la montaña, y la montaña se resistió. Unas cuantas chispas, pedernal, como si hubiera encontrado allí una mecha, pero al poco rato incluso las chispas desaparecieron con el sol y solo hubo aquel sonido de metal golpeando piedra.

Muy bien, dijo por fin mi padre. Sudando, la camiseta húmeda en el pecho y la frente mojada. Muy bien.

Tiró la pala y se agachó con los brazos apoyados en las rodillas. Mirando el cadáver. Yo quería un entierro, dijo. Mientras caminaba por ahí arriba he llegado a sentir un rayo de esperanza. Pensaba que podríamos superar todo esto. Dar a este hombre una buena sepultura y volver a casa.

Mi padre débil, otra vez. Sin ira, solo tristeza. Ahora me compadezco de él y pienso que ojalá pudiera volver atrás, pero en su momento no me gustó nada. Me quedé allí de pie, aparte, en aquel trecho de tierra pelada, y si antes había llegado a sentirme próximo al muerto, no me pasó igual con mi padre.

No quedan muchas opciones, dijo al fin. Pero tenemos que acabar con esto.

Entonces mi padre se incorporó, agarró al muerto por los tobillos, corrió hacia un lado y lo lanzó. Fue todo tan rápido que casi no pude verlo. No me dio tiempo a despedirme, a mirarle la cara por última vez. Pasos de costado en la pendiente y mi padre agarrando al muerto y lanzándolo por los aires, y aquel cuerpo pálido fue deslizándose hasta detenerse unos cuatro o cinco metros más abajo, enganchado en algo, frenado.

Maldita sea, dijo mi padre, y bajó hasta allí y metió ambos brazos debajo del muerto y lo empujó y el muerto dio varias volteretas de costado, rodando cada vez más y más rápido, piruetas sobre un escenario inclinado, y luego cayó de cabeza, el cuello hizo de bisagra y el resto del cuerpo siguió su trayectoria, una vuelta de campana, aterrizando de mala manera, y fue entonces cuando la parte de arriba se soltó, no sé cómo, y salió volando sin cintura ni piernas. Se había roto por la mitad a la altura de la caverna, libre ya

de todo lo que podía preocuparle, y su cabriola tuvo la elegancia del saltador de trampolín, los brazos extendidos y juntos y la barbilla remetida, esperando el momento de la inmersión. Completa su tarea en este mundo.

Nuestro campamento en el extremo inferior del costillar, donde el macho cabrío respira. Nada que ver con el paraíso. Aquella pendiente expandiéndose y contrayéndose. El enorme corazón hecho de piedra escondido en alguna parte detrás de nosotros, bajo aquel monte.

Cuando volvimos, mi abuelo estaba en su losa con los brazos abiertos y la boca abierta también, como si fuera a devorarlo todo, a ingerir el mundo que reclamaba como creación propia y que a nosotros nos era ofrecido en préstamo. Sonido de algo resquebrajándose en su interior, un moverse continentes, seísmo audible incluso con la camioneta en marcha.

Tom lo más lejos que podía, sentado al otro lado de la pila en una vieja silla plegable, de cara a nosotros y al abuelo, despierto. El rifle sobre las rodillas.

Mi padre apagó el motor y mi abuelo dejó de respirar, por un momento casi pareció que no volvería a respirar jamás y solo se oía el agua, pero de repente tragó otro enorme cacho de cielo y las turbinas que tenía dentro empezaron a rechinar de nuevo, mascando roca y árboles y nubes y devolviendo cada cosa a aquello de lo que estaba hecha para crearla de nuevo.

¿Listo?, preguntó Tom en voz alta.

Sí, dijo mi padre. Se acercó a la mesa y yo detrás de él con mi rifle, mirando alternativamente a mi abuelo y a la cabeza de ciervo que ahora colgaba en solitario. Aguantando el acoso de uno y del otro. La cornamenta más voluminosa a falta de cuerpo. La cabeza mirando al suelo pero los ojazos todavía animados. Tenían algo que no se podía matar.

¿Dónde?, preguntó Tom.

En el claro de arriba.

¿Qué? ¿Cómo vas a enterrar a un hombre en el claro de arriba? Si es un precipicio con cuatro hierbajos.

Ya.

¿Ya qué? ¿Cómo cojones lo habéis enterrado?

Mi padre en el lado de la mesa que no le tocaba, el de abajo, donde se ponía siempre Tom. Tom levantándose y yendo de acá para allá, el rifle en ambas manos, como un soldado mecánico. Era típico de él, centinela de nada,

esperando algo pero siempre desprevenido, asustado desde el momento en que yo apreté aquel gatillo y con el miedo aún en el cuerpo, creyendo que quizá todo era un sueño, que nada había sucedido. En ese sentido era como la mayoría de la gente. Siguiendo adelante, día tras día y año tras año, indignado pero sin hacer nada.

Bueno, vamos a almorzar, dijo mi padre. Ni siquiera levantó la vista. No estaba haciendo una sugerencia. Porque a los Toms se los puede ignorar. Tom no utilizó el rifle, se limitó a colgárselo del hombro con aquella vieja correa elástica, otro excedente del ejército. Luego abrió una de sus cajas y empezó a sacar pan, fiambre, queso, mostaza, ketchup, encurtidos, porque esa era su ocupación.

No lo habéis enterrado allí, dijo después.

En cierto modo sí, dijo mi padre. En fin, asunto concluido. Un entierro al aire libre.

O sea, sin tierra que lo cubra.

Exacto.

Esa clase de entierro.

Sí.

Pues vaya, qué bien.

Nadie lo verá.

¿Ah, no? Tom puso el fiambre en la mesa en un plato de papel, círculos perfectos de carne rehecha. Luego se inclinó sobre la mesa y acercó la cara a la de mi padre. Oye, dijo. Larguémonos ahora mismo, ¿eh? Antes de que tu padre se despierte. Yo diré que fue él. Aunque no sea así, bien podría haberlo sido. Es a él a quien tenemos que vigilar. Tom me miró a mí entonces, y ya no parecía tan seguro.

Barba crecida en sus mejillas y su cuello, cerdas negras. Cabeza descubierta. El pelo oscuro pegado al cráneo. Y aquellas gafas gruesas con su fina montura metálica, los ojos grandes y asustados.

Tom, dijo mi padre en voz baja. También él con la barba crecida, la cara sucia, una arruga de arriba abajo de la mejilla, llena de mugre y sudor. Los dos mirándose a escasa distancia, la humanidad conspirando contra sus dioses, contra el destino, conferenciando en petit comité a lo largo de los siglos, como si pudieran esconderse.

Nos largamos y listo, susurró Tom.

Es mi padre.

Salva a tu hijo. Con eso es suficiente. Alguien no va a salir bien parado. Eso tenlo por seguro.

Tom, lo que dices no tiene sentido.

Te equivocas, aquí soy el único con un poco de sentido común. Escucha bien, porque esta es la primera vez que oyes decir algo sensato.

Mi padre meneó la cabeza y cerró los ojos. Se llevó las manos a la cara y se frotó la frente. El agua en la pila un peso constante y al lado el arroyo como si fuera de plomo, bajando por aquel trecho de tierra y llevándosela consigo. Todos nosotros resistiendo el tirón.

Volveremos a casa mañana, dijo por fin mi padre. Tal como habíamos planeado. Y aquí no ha pasado nada. Si nos enteramos de quién era ese hombre, le mandaremos algo a la familia. En plan anónimo. Y a otra cosa mariposa.

Ríos de plomo o mercurio, pesados, de un gris plata, bajando por aquella montaña, arterias y venas. La sierra entera el macho cabrío enterrado, pero hecho no de sangre y carne sino de mercurio y piedra. Ahora no consigo localizar el origen de esa presión, pero siempre me ocurría al sentarme a aquella mesa. Quizá era solo pánico ante lo poco que nos unía a los cuatro.

Piénsalo bien, dijo Tom. Lo que estás decidiendo ahora es el resto de tu vida.

Decidido está, dijo mi padre. No puedo hacer otra cosa. Él y tú me decís que haga cosas que no puedo hacer.

Tom se agachó para coger algo del suelo, algo que no pude ver, pero cuando se enderezó tenía en la mano una piedra, y Tom le lanzó la piedra a mi abuelo que dormía. Levántese y ande, cabrón, dijo. Parece que al final vamos de cacería.

Un ronquido abortado, medio pulmón subiendo hasta la garganta y vuelta atrás. Chasquido de labios a continuación, como si masticara comida de sueños, primeras imágenes de lo que el mundo podría ser y luego un bostezo descomunal.

Los otros inmóviles, esperando. Los árboles más costillas que columnas, aquel lugar menos catedral que caverna, y a mi abuelo nada lo contenía. Era a la vez más pequeño y más grande que la montaña.

Dobló las rodillas en el aire, llevaba solo el calzoncillo, sus piernas todo hueso envuelto en piel blanca y flácida, sin carne debajo, y las llevó hacia adelante para quedar sentado en el colchón. Tantos kilos movidos por la fuerza de algo insignificante. Calzoncillos aparte, mi abuelo desnudo, aquellas tetas colgando, rosadas, listas para dar de mamar a lo que se pusiera por delante.

Parecéis ciervos, dijo. Ahí quietos, observando, a punto de echar a correr.

Chorradas, dijo Tom. Yo no le tengo miedo.

Mi abuelo sonrió.

Tom apartó la vista y luego se sentó y empezó a hacer un emparedado. Mi padre y yo rompimos nuestra inmovilidad y nos pusimos con nuestros emparedados. El agua espesándose a nuestro lado, más lenta. Carne rosa y queso amarillo, pan blanco, ketchup rojo. Todos conscientes de cada movimiento de mi abuelo, primero ponerse el pantalón y las botas, la camisa y la chaqueta después, tambalearse hacia la letrina y al cabo regresar con aquella mirada hueca y sentarse en el banco, lado de arriba, junto a Tom, y pasar las piernas por encima. Alcanzó su cuchillo, lo hincó en la madera como habíamos hecho nosotros, grandes filos curvos en pie, y por un momento podríamos haber sido todos iguales, pero solo un momento.

Veo que has decidido no usar la cabeza del ciervo, dijo mi abuelo. Entonces ¿ese hombre ha recibido una buena sepultura?

Mi padre me miró de reojo y no respondió. Los dos en el lado de abajo de la mesa, compartiendo banco, aguantando mecha.

Algo ha ido mal, dijo el abuelo. Siento curiosidad.

Yo me concentré en masticar. El pan se me pegaba como goma en el velo del paladar.

Bueno, ¿qué?, insistió.

Mi padre siguió comiendo.

¿Es que ha resucitado? ¿Qué problema ha habido? ¿Le habéis perdido la pista?

Mi padre se sacudió las migas de las manos, cogió su cuchillo, se lo envainó y luego se puso de pie. Salgo a cazar dentro de cinco minutos, dijo. Me da igual que alguien no venga.

Tom agarró su cuchillo y miró al abuelo. Luego lo envainó, se puso de pie y fue hacia la camioneta. Yo ya estoy listo, dijo. El rifle colgado ya del hombro, y vi que llevaba también la cantimplora.

¿Qué te ha parecido, eso de enterrar tu pieza?, me preguntó mi abuelo.

No está enterrado.

¿Que no está enterrado?

No.

Mi abuelo sonrió. ¿Y dónde lo habéis dejado, pues?

En el claro de arriba. En dos mitades. Se partió en dos.

Que se partió...

Sí.

Mi abuelo cogió su cuchillo y lo miró. Se le escapaba la risa. ¡Se partió!

Parecía que fuera a zambullirse.

¿Zambullirse dónde?

No sé.

Fríos y menudos los ojos de cerdo de mi abuelo. La risa y la sonrisa una cosa meramente superficial. Los otros tres bufones para su torvo entretenimiento. Sujetando el cuchillo con uno de sus carnosos puños, la punta mirando hacia arriba, torciéndolo lentamente como si hiciera un agujero en el aire, abriendo un resquicio, rasgando un poquito la tela del aire para abrir un poco de vacío invisible que empezara a tirar de todo hacia dentro. Aniquilación. Eso era lo que mi abuelo nos deparaba siempre, y podía empezar por la cosa más diminuta, sin previo aviso. Él tenía una relación diferente con el aire, la luz, el sonido, el peso. Era ágil hasta en los sitios que nosotros no podíamos ver.

Larga curva de aquel filo, biselada hasta un borde casi inexistente. Más allá del bisel una corpulencia lechosa, metal tan bruñido que podría haber pasado por líquido, gris peltre, asociado al mercurio que corría por las venas de aquella montaña, parecida superficie satinada y debajo un peso insondable.

Un truco de mi abuelo para despistar. Los otros tres perdidos, una vez y otra.

El cuchillo de repente desaparecido de la mesa, ya en su funda. Y entonces desplazó su mole inmensa, pasó las piernas por encima del banco y se alejó convertido otra vez en nada, un fardo de lana y franela.

Mi padre había puesto ya el motor en marcha. Sentado con Tom en la cabina. La última batida. Ambos mirando al frente hacia la ladera, más allá del arroyo y las pequeñas ruedas hidráulicas. Esperando.

El ciervo esperando también, lenta revolución de galaxias verdiazules en el fondo de aquellos ojos, libres de toda aniquilación. El siete que mi abuelo había abierto tal vez absorbería todas las cosas, salvo aquellos ojos. Impulso y origen.

Campamento pero no refugio. Era imposible forjarse allí un lugar propio. Lo he comprendido ahora. El arroyo y los helechos y los árboles no eran obstáculo contra el prado de más allá ni la montaña de más arriba. No había separación.

Mi abuelo cogió su calibre 308 y se metió en la cabina, la camioneta venciendo hacia aquel lado, precariamente inclinada, y yo esperé hasta que hubo cerrado la puerta y luego pasé y me subí al guardafangos.

Mi padre puso marcha atrás, dio la vuelta, y salimos una vez más a la pista. Yo no sabía adónde nos dirigíamos. Cada cacería una evasión, un

intento de paralizar todo lo demás.

El aire mucho más caliente tan pronto dejamos atrás los árboles. El sol sacando destellos a la chapa de la cabina, me hizo pestañear. Por la tarde solíamos ponernos en marcha cuando el sol estaba bajo. En aquella excursión todo era raro. Mi padre y yo deberíamos haber echado un sueñecito, pero él todo lo que quería era moverse.

Cada árbol atrapado en su propia sombra densa, inmovilizado. Todas las zonas despejadas arrasadas en blanco, heridas como por un rayo. Saltamontes propulsados como piedras que se calentaran hasta reventar. Libélulas desplazándose sobre alas solares.

Intenté buscar algún ciervo con la mirada, pero allí un ciervo solo podía ser un espejismo. Una sombra estampada en el blanco para desvanecerse casi de inmediato. Abrumador repiqueteo de cigarras, frotando el aire y disolviendo formas, haciendo que fueran casi imposible de ver.

Manzanita blanca, cada arbusto un millar de espejos aterciopelados, flanqueando la carretera, cernidas y separadas de la tierra, titilando entre manzanita verde con hojas casi tan brillantes. Sin otro propósito que confundirnos. La carretera como perdida en aquel laberinto.

Bajamos hasta el pequeño barranco pasada la presa, las hojas de la uva silvestre se habían fundido en un único resplandor. Camisa de farol al rojo lanzada al aire y crecida. Después sombra, y todavía no se habían acostumbrado mis ojos cuando salimos de nuevo a la claridad y pasamos el camino que llevaba al revolcadero. Mi padre conduciendo más allá.

Un cielo sin azul. Todo el azul achicharrado. Ondas de calor por encima de los renegridos brazos de pinos ponderosa caídos, fundiéndose en olas entre un juncal reseco y pardo. Densas matas de juncia por todos lados, resistiéndose a morir, emergiendo entre la lava. Frente a nosotros la carretera un recuerdo de agua, ahora seca pero recorrida por costras crecidas hacia dentro.

Bajando y bajando sin parar, la carretera el principio de lo que luego sería un barranco, nuestro sello dejado en la tierra. Mi padre tomó por el siguiente desvío, una pista poco utilizada, con profusión de cardos morados y verdes en medio del marrón, un camino que conducía a la parte más inferior del rancho, arrasada por un incendio que la había convertido en yermo. Un lugar donde hasta el suelo era rojo y negro como si estuviera ardiendo aún y pudiera hundirse bajo tus pies mientras caminabas. Falsos demonios allí, fragmentos claros y esquirlas gruesas como el dedo de una mano cubriendo toda la superficie, como si todo se pudiera dar, formado bajo presión en tiempos

remotos y ahora una ofrenda y nada más.

Sierras ahorquilladas apuntalándose abajo en el valle, la pezuña de Satanás, punto de apoyo para alzarse. Estábamos los cuatro en lo alto de la horquilla, al borde mismo, un lugar silencioso a excepción del aire que ascendía de aquel suelo recalentado, pelada superficie oscura blindada con roca negra al descubierto.

Esqueletos carbonizados de árboles y arbustos retorciéndose allá abajo. Manzanita formando cestas renegridas que pugnaban por subir, ramas de encina escarbando lateralmente el aire, las puntas blancas, sin verde, sin hojas. Todo como si se arrugara, todavía en movimiento. Nos encontrábamos en la punta de la llama, ambas pendientes enroscándose hacia dentro naranjas y rojas como la superficie del sol dibujada en lo alto. Una inmolación de no ser por el tiempo, y espejismos bullendo todavía.

Un toque de rojo en aquel suelo, fragmentos de piedra roja o de algo transformado, sin vetas ni nada sólido, tal vez era solo el rojo de la manzanita, una pátina pese a estar muerta o durmiente, algo que cambiaba la luz.

Una serpiente, dijo Tom, y entonces la vi, a menos de seis metros cuesta abajo, enroscada detrás de una oscura cepa de arrasada yerba de ciervo. Gorda y fofa allá en el suelo, rombos marrón claro a todo lo largo, cascabeles en alto pero quietos, pensándose todavía, su cabeza alzada apenas lo suficiente como para asomar la lengua y oler.

Al final de una cacería habríamos disparado. Al principio, no. Todos los ciervos habrían huido al momento.

La muy puta cree que puede mordernos, dijo mi padre. Aún no está segura de si valemos la pena.

La piel seca y mate del reptil. Sombra tan negra, tan acusada y fina a lo largo de sus bordes, que parecía estar separada del suelo, sin tocarlo. Aquel grosor una mentira, gruesa en base a nada. Podíamos encontrarla otra vez al cabo de un rato. Y yo empecé a ver la yerba de ciervo de la misma manera, sombreada en su superficie pero sin raíces debajo, toda la negra cuesta una plancha dura, impenetrable, y cada objeto flotando y desplazándose encima.

Sin gravedad. Nada que tirara de las cosas hacia abajo. Cualquier objeto podía elevarse a lo largo de la pendiente o podía caer. Difícil saber hacia

dónde nos inclinábamos. Sin orientación posible, además, el sol justo encima de nosotros. La brújula no habría hecho más que bailar.

Mi abuelo dio un paso hacia la pendiente y pareció quedar en ángulo recto con respecto a ella, se movió rápido y la serpiente se desovilló, larga sogá flácida sin desafío ni cascabel, ni mucha curva tampoco, propulsada casi en línea recta presa del pánico, una S que fue apenas un recuerdo, y el sonido áspero de aquel cuerpo rozando la tierra un recuerdo también, escamas arrastrándose sin tiempo para percibirlo. Sabía a qué tenerle miedo.

Las botas de mi abuelo donde había estado antes la serpiente, y entonces nos miró esperando una reacción, el rostro sepultado en sombras bajo la gorra, corpachón desaparecido dentro de aquella cazadora enorme, el rifle colgado del hombro por la correa. Yo estaba allí de pie bañado en sudor, todo mi cuerpo resbaladizo, y lo miré como si no le conociera.

Los tres contra él, pero nosotros no teníamos ninguna consistencia. Estábamos hechos de nada.

Está como una chota, dijo finalmente Tom. Eso no se lo quita nadie.

Mi abuelo impertérrito, esperando, pero ¿esperando qué?

Tú a lo tuyo, dijo mi padre.

Mi padre convertido en uno de los árboles carbonizados, solo otra forma que tal vez se deslizaría por la superficie de aquella pendiente. Lo que yo vi fue a mi abuelo dando un gigantesco mordisco a una roca y hablándonos entre trozos de piedra aplastados, pero lo que ocurrió fue que se puso de rodillas abriendo la boca en un seco gruñido de dolor y luego giró y se sentó mirando cuesta abajo, ocupando el asiento de la serpiente.

Yo estaba recubierto de avena venenosa, los verdugones que tenía por todo el cuerpo me ardían, era un fuego viviente, inmolación por capas: mi piel, los forúnculos y verdugones, las prendas de ropa, el aire tórrido. Incluso mi sudor, una especie de aceite inflamado.

Creo que iré a ver si ojeo algún ciervo, dijo Tom. Ya que nadie más parece dispuesto a hacer nada.

Allá tú, dijo mi padre, y Tom empezó a bajar por aquella inclinada cuesta dando un rodeo para evitar al abuelo. Pisadas que no dejaban huella. Una superficie imposible de quebrar. Tom vestido de verde camuflaje en un paraje donde no había nada verde, y sin embargo fue engullido por él, verde oscuro contra fondo negro. Desviándose hacia la derecha y la ladera creciendo a medida que él se hacía más pequeño. Mi padre y yo nos sentamos en el borde, más arriba de donde estaba mi abuelo, sin perderlo de vista.

Es inútil, dijo mi padre. Tú no vas a poder cazar nada desde tan lejos con

un 30-30, y yo ni siquiera tengo escopeta.

Mi abuelo con su 308 sobre las rodillas, sentado ahora con las piernas cruzadas.

Tom cambió de rumbo, torció a la izquierda hacia el centro del barranco, donde enormes cantos rodados habían caído o quedado a la vista y le esperaba un gran pinar, los troncos renegridos y más arriba de un blanco grisáceo, centinelas muertos con brazos desnudos y sin cabeza.

Se pone a cubierto, dijo mi abuelo.

¿Qué?, preguntó mi padre.

Está corriendo, se pone a cubierto, esos pinos y los desprendimientos de roca. Tiene dónde resguardarse casi todo el trecho hasta abajo.

Estás chiflado, como te ha dicho él.

Mi abuelo se encajó el rifle en el hombro y apuntó hacia abajo, los codos apoyados en las rodillas en posición de disparo.

¿Qué haces?, preguntó mi padre. Sin alzar la voz, el tono seco, y yo conteniendo la respiración a la espera del estampido. Mi abuelo era capaz de todo.

Le estoy viendo por la mira telescópica. De vez en cuando mira hacia acá, se mueve deprisa. Corre. Si estuviera buscando una presa, no miraría hacia acá.

Solo ha ido a ojear ciervos.

No. Y todavía está cerca. Doscientos cincuenta metros como mucho. En la mira aún se ve grande.

Grande ¿para qué?

Tú sabías que habría consecuencias. Lo has sabido desde el primer momento.

Mi padre se llevó las manos a la boca y sopló, el canto de un búho, su marca de fábrica. Momentos después nos llegó de abajo el sonido hueco de la respuesta de Tom. ¿Lo ves? Solo está ojeando ciervos.

Está bajando hacia el valle. Y luego hará autoestop o continuará a pie, va a dar parte de lo que hemos hecho. Acabaremos todos colgados, los tres, porque tú no hiciste lo que tenías que hacer. Eres débil y te niegas a ver lo que va a pasar.

Mi abuelo apuntando todavía a Tom con su rifle. Y Tom haciendo eslalom entre los obstáculos.

Tú no vas a apretar ese gatillo. La mano de mi padre cogiéndome el 30-30 sin hacer ruido.

Tienes razón. Quien va a apretar el gatillo es tu hijo.

De repente toda la falda de la montaña empezó a moverse hacia mí, las lomas se enroscaban sobre sí mismas, en mi cabeza un sonido de avalancha. La piel de la tierra que se estiraba. Lo llaman fiebre del ciervo. Ceguera, pérdida de audición, el corazón contrayéndose como si se dispusiera a reventar la caja torácica, andanada de sangre bombeando en las arterias hacia piernas y brazos como muñones. El frenesí del acto de matar, más majestuoso todavía tratándose de un hombre y no un animal. La adrenalina. Una oleada interior que nos remonta no ya hasta Jesús, sino a antes de la palabra escrita e incluso de la hablada, antes de que nos consideráramos seres vivos, antes de caminar erguidos, antes de hacer entrada en este mundo como algo que pudiera llamarse «nosotros», es la andanada que sentimos al matar, la marca de Caín antes siquiera de la propia idea de Caín y de la posibilidad de un Abel. Ese tirón que notamos en el corazón es la verdad.

Mi padre encorvado junto a mí, destrozado. Él no iba a impedirlo, de eso no me cupo duda. La cabeza entre las rodillas, el rifle colgando de las manos, apoyado en sus botas. Los ojos cerrados. Sentía también esa andanada, pero como un fracaso.

Ven aquí, dijo mi abuelo, pero yo no podía moverme. Apenas si podía respirar.

No querrás que vaya a buscarte, ¿verdad?

Yo con ambas manos apoyadas en la roca a cada lado para no caerme, e incluso la roca parecía hundirse poco a poco. Mi abuelo nos tenía a los dos paralizados. Escapar de él era imposible. Me lo quedé mirando cuando se levantó sobre aquellos dos palillos y la tierra se balanceó, pero él continuó derecho.

Ahora no sabría qué apelativo ponerle. Imposible nombrarlo. Subió hacia mí como la justicia, como cualquier cosa hecha adrenalina. Lo más próximo que yo pueda experimentar a la creación misma, y entonces me agarró de la cabeza, sus dedos aferrados a los cabellos, y me arrastró por aquella cuesta boca abajo.

Destrozado por costra negra y roca salediza, brillo de diamantes de Lake County surgidos de la nada, tendido sobre la superficie, y nada de ceniza. Nada de ceniza por ninguna parte, desaparecida por la acción del viento, pero un millar de semillas y fragmentos de corteza y piedra, todo renegrido. Arrastrado, y aquello podía durar eternamente, boca abajo para verlo todo, mil y un paisajes y lo que contenían o podían llegar a ser.

Llevado hasta donde la serpiente se enroscara, tirado y luego hecho levantar bruscamente hasta quedar sentado y el rifle entre mis manos.

Dispárale, dijo mi abuelo.

Un rifle que yo nunca había empuñado, una suerte de sacramento, oscura madera aceitada y caja negra, negra mira telescópica. Rodillas levantadas formando una base ancha y mis codos apoyados en ellas, la empuñadura pegada al hombro, todo ello sin pensar, todo aprendido desde que era muy niño. Apuntando primero sin la mira, tal como me habían enseñado, avistando un hito del paisaje, un obstáculo grande, y luego buscar el blanco a través de la mira y desplazar el arma hacia abajo hasta dar con Tom.

Tom en el retículo afanándose por terreno pedregoso, saltando como si le ardieran los pies, acercándose a aquel obstáculo y una roca grande, a cubierto. La mira encogiendo y achatando el mundo. La roca en cuestión podía haber estado menos de dos metros o menos de ocho más allá de Tom. Así era como mi abuelo nos veía siempre, ampliados y de cerca, las distancias desaparecidas y él viéndonos siempre la espalda, huyendo.

Hasta el último detalle del camuflaje de Tom claro y definido, y la mira cerniéndose a su alrededor, sacudida por mis propios latidos.

Dispárale, dijo mi abuelo, y yo contuve la respiración y apreté la culata contra mi hombro, pero no quería matar a Tom. Estaba harto de matar.

Dispara. La mano de mi abuelo en la nuca, lista para apretar, retorcer o partirme la crisma. Los dedos ásperos como escamas.

Calculé la deriva de la mira telescópica y apreté suavemente el gatillo en el momento en que la cruz del retículo coincidía con la espalda de Tom, pero cerré los ojos también, y di un respingo.

La violenta sacudida e insistencia del rifle, un sabor a azufre, y aunque no era el 300 magnum, sí tenía mucha más potencia que mi 30-30, y mi hombro y mi espalda se resintieron de inmediato con el impacto. Lo supe pero no lo sentí. La adrenalina lo enmascaraba todo. Lo que vi fue una nubecilla en la roca que había más allá de Tom, roca pulverizada, polvo, como el choque de un meteoro, un polvo inesperadamente blanco viniendo de una roca renegrida.

Los brazos de Tom se alzaron instintivamente, como si el cielo le cayera encima, y entonces echó a correr, a toda pastilla, doblado por la cintura y con el rifle en una mano.

O le matas o te mato yo a ti, dijo mi abuelo. Hacer un disparo no basta. Mantén los ojos abiertos, y que el próximo sea el definitivo.

Abrí el cerrojo e introduje otro cartucho, pero Tom se había parapetado ya detrás de un pino negro chamuscado y acanalado. Se puso detrás de aquel tronco, sujetando su cañón pegado a la corteza, una excelente manera de apuntarse, y oímos cómo su bala mordía el suelo un poco más abajo de

nosotros antes de oír el disparo.

Dispárale.

Dejad que nos mate, dijo mi padre. Será lo mejor. Poneos de pie y esperad.

Volví la cabeza y vi a mi padre al borde de la pendiente con los brazos extendidos, el 30-30 abandonado a sus pies. Ofrecía un blanco fácil con su camisa blanca.

Tú no te has enterado de la vida, dijo mi abuelo.

Entonces quítamela, dijo mi padre. Ya no seré así.

Un chorro de tierra a mi lado, otra bala de Tom y aquel polvo surgiendo de lo que yo había tomado por roca. Una fumarola. Una vía de entrada.

Apliqué la mano a la corteza del suelo. Plaquetas sueltas. Formadas por el agua y el fuego, lo que se había disuelto se había endurecido otra vez, creación de una roca nueva.

Mi mano saltando de aquel suelo, alcanzada, me habían dado. Un agujero en el dorso, sangre a borbotones, y un dolor indescriptible, atroz, como si la sangre hubiera sido fuego.

Mi padre gritando. ¡Dispárame a mí, imbécil de mierda! ¡Deja en paz a mi hijo!

Mi mano tocando el suelo, y yo no entendía nada. Dos balas exactamente en el mismo sitio. Parecía inevitable que hubiese una tercera, que una nueva bala atravesara el orificio de mi mano y se colara por la fumarola, guiada por algo que escapa a nuestro entendimiento.

Mi abuelo me cogió por la coronilla y me puso mirando cuesta abajo. Concéntrate, dijo.

Todo el dolor acumulado en el cráneo. Filtrándose desde la mano hasta el espacio líquido en torno a mi cerebro, fundido.

Mi abuelo me dio un bofetón. No te duermas, dijo. Ponle ese retículo encima.

Pegué la mejilla a la culata y localicé a Tom a través de la mira. Pude verle cargar su arma, el cañón apuntando hacia abajo, introducir balas por la parte inferior. Visibles sus manos, un pie, parte de un hombro, oscuro como una sombra.

No puedo dispararle, dije. No puedo matar a Tom.

Pues lo vas a hacer.

La cruz del retículo bamboleándose ebria sobre Tom y aquel árbol, la sangre bombeando y mi respiración un resuello. Tom levantó el rifle al tiempo que se apartaba un paso del árbol, expuesto ahora, y yo apreté el

gatillo y pensé que lo mataba. Su cuerpo doblado y saliendo despedido, es lo que yo vería a través de la mira, por algo que yo había hecho, y en su cara una expresión de sorpresa, igual que el muerto, la renuencia a creer.

Pero la bala se perdió quién sabe dónde, se desvaneció sin dejar rastro, como si nunca la hubiera disparado, y entonces pensé que era inmune, que de mí no saldría ninguna otra bala.

Tom hizo fuego. Lo vi por la mira telescópica, y al momento noté la mordedura en una pierna. Miré y vi dos agujeros en mis tejanos, el muslo derecho, sangre ya y un dolor sordo y el mundo apagándose rápidamente.

El negro de aquel suelo convertido en el aire. Mi abuelo abofeteándome otra vez, para que reaccionara. Mi padre chillando, un sonido menudo y amortiguado y lejano y sin sentido.

Mi abuelo susurrándome al oído. Te voy a desollar vivo. Te voy a cortar en tiras hasta tapar todo el suelo desde aquí hasta allá. Desharé hasta la última parte de ti.

Aquel olor suyo, y el calor que emanaba de él. Supe que me haría pedazos con sus propias manos y que me partiría los huesos y le daría igual. En mi memoria él está siempre allí, a la espera, aniquilación y origen.

Desbloqueó el cerrojo y cargó el último cartucho mientras yo sostenía el rifle. Que esta sea la definitiva, dijo.

Y yo levanté el rifle hacia el cielo y apreté el gatillo, y como no tenía la culata pegada al hombro el retroceso me dio en el pecho y caí al suelo.

La mano de mi abuelo apretándome la cara, los dedos casi metidos en mis ojos. Todo esto es por ti, dijo. Por lo que hiciste. Esto es la consecuencia, y vas a terminar lo que te toca.

Sus dedos presionando cada vez más y yo aterrorizado pensando que me quedaría sin ojos, el miedo manteniéndome despierto. No veía nada, pero le golpeé con la mano buena.

Muy bien, dijo él. O le pegas un tiro o te arranco los ojos.

Un dios terrible. Es todo lo que sabemos. Miedo atávico. Dios que nos hacía y nos destruía, pero de ese dios nos hemos olvidado. Nuestros sueños de Jesús nos han hecho blandos.

Mi abuelo me apretó contra la tierra negra, dispuesto a arrancarme los ojos. Eso es lo que sé. Aquella mole, más pesada que la montaña, una gravedad diferente. Todo aquello en lo que no acertamos a creer.

Hundiéndome en la tierra, hacia el averno, y todo yo en llamas. Pero entonces me cogió la cabeza con las dos manos, como si yo le importara. Y le vi sonreír. Mi dolor despertaba su curiosidad. Sin preocuparle las balas que pudieran venir de abajo.

Vas a matar, dijo. Ojos grises y menudos y vacíos en sus centros. Ojos hechos de tiempo, hebras de aquel gris surgiendo de la oscuridad, haces y cordones de luz al principio invisibles, apareciendo en el borde interior y cruzando aquel redondel para luego desaparecer en el borde exterior. El gris una especie de perla y la superficie cualquier cosa menos superficie. Yo me hundía bajo aquellas hebras en otras que había debajo, un mundo de galaxias, haces de cordón gris perla infinitos que solo allí se mostraban. Yo podía caer a través aquel lugar, a través del tiempo, y la caída sería eterna, sin suelo que me parara.

Todo lo terrible es hermoso. Y las veces que lo vemos son siempre demasiado breves. Una bala se hundió en la parte posterior de mi pierna izquierda, invadiendo el músculo, tocando hueso. Sin rasguño, un quedarme sin respiración y sin pensamiento y la embestida de un miedo animal profundo. Cerré los ojos y mi abuelo me incorporó, me zarandeó por los hombros, me clavó una rodilla en la espalda. Yo tenía el rifle en las manos y él introdujo otro cartucho.

Le vas a matar ahora, dijo. Lo buscarás con la mira, notarás cómo se le clava ese retículo en el pecho y luego dispararás. O lo haces o mueres aquí mismo.

Yo ya no podía hablar. Perdía el conocimiento, y mi abuelo impedía que perdiera pie. Apliqué el ojo a la mira y vi un cielo vacío, de un azul blanquecino. A continuación árboles de las montañas al fondo del valle

precipitándose a velocidades inverosímiles, lanzados a la superficie describiendo arcos. Luego suelo negro, blancas formas retorcidas, y mi pierna vaciada y ardiendo, un tipo de munición pensado para mantener viva la llama.

Mi padre se había acercado. No sé cómo pero lo supe. Un aliado. Mi abuelo alzándose como un gran oso para encararlo, y era evidente que aplastaría a mi padre. El cráneo entre sus manos. Caí de espaldas al suelo y él tapó casi todo el cielo, haciéndose más grande por momentos, nutriéndose de nuestro temor, y entonces dirigí el cañón del rifle hacia arriba y lo apoyé en su costado y apreté el gatillo.

El estampido muy cercano, un extraño sonido opaco con el cañón pegado a él, y supe que el disparo no tendría efecto. Mi abuelo demasiado grande, creciendo todavía, hecho de una materia que no nos es dado conocer, algo que va contra todo lo que nosotros podemos ver o sentir y hace posible que exista, algo capaz de dar vida a la misma roca. La bala lo recorrería de punta a punta sin encontrar jamás el blanco. Viajaría durante millares de años y no chocaría con nada porque en alguna parte tendría una sombra inamovible. Esos millares de años devenidos menos de un instante, y la bala esfumándose y volviendo brevemente a la vida para extinguirse después.

En lo alto el cielo oscuro se bamboleaba, y alguna fumarola debió de abrirse porque oí cómo se le colapsaba un pulmón, cómo el aire de dentro se escapaba por su costado, y casi me pareció que podía ser un hombre. Mi propia cabeza iba de un lado al otro, cabalgando olas de dolor y vibración, apagándose, pero aún pude verlo girar y mirarme desde arriba, y tenía la boca abierta en busca de aire. No hubo inhalación, y sí asombro en su semblante. Me miró como si yo fuera dios también, un truco de última hora.

Sus brazos y sus manos cada vez más lejos, tratando de agarrarme. Se tambaleaba hacia atrás, logró enderezarse, se inclinó al frente, y yo supe que iba a caer y que me aplastaría.

Sus ojos de un gris muy vivo, metal bruñido, fijos en mí mientras su mole descomunal se venía abajo. Una caída que asumimos juntos, encontrándonos hacia la mitad de la misma, el tiempo a cámara lenta y la gravedad disminuida. Y lo que sentí fue amor.

Eterna, aquella caída, y yo quedé aplastado entre montañas, inmovilizado contra la tierra negra por el peso de algo más oscuro aún, y me quedé sin respiración. La cara de mi padre extraviada y desesperada, un regreso a la infancia, tirando de aquel corpachón, su mundo entero desaparecido. Tiró de aquel cuerpo hasta que me lo quitó de encima, y entonces lloró a su padre.

Era imposible que mi abuelo se muriera. Al hacerlo quebrantó todas las

normas. Dios al fin y al cabo.

Quisiera dar las gracias a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation y a la Universidad de San Francisco por su generoso apoyo durante la redacción de esta novela, así como a Colm Tóibín, Janet Burroway y David Kirby por recomendarme.

Gracias también a todo el equipo de Harper, en especial a Gail Winston, Jonathan Burnham, Jane Beirn, Mark Ferguson y Maya Ziv; a toda la gente de InkWell, en especial a Kim Witherspoon, David Forrer, Lyndsey Blessing y Charlie Olsen, y a Rob Krait de Casarotto Ramsey & Associates.

Y, por descontado, debo dar las gracias a John L'Hereux y a Michelle Carter, porque este libro recupera el tema del primer relato corto que escribí, hace más de veinticinco años. Esta es la novela que quema los restos de lo que me empujó a escribir en primera instancia, las historias de mi violenta familia. Y se remonta asimismo a mis antepasados cherokee, cuando se enfrentaron al problema de qué hacer con Jesús.